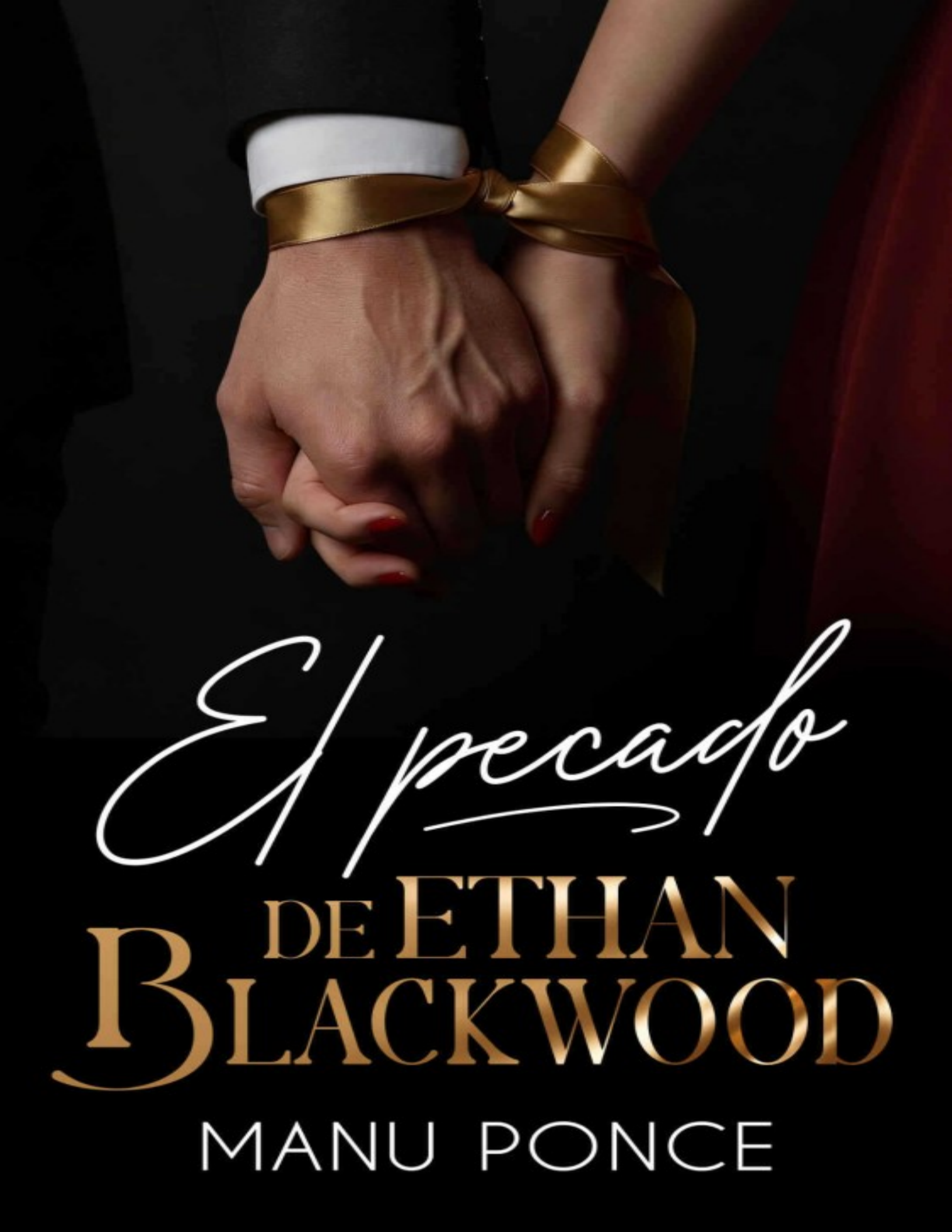


El pecado de Ethan Blackwood

MANU PONCE

El pecado de Ethan Blackwood

MANU PONCE

Primera edición.

El pecado de Ethan Blackwood

©Manu Ponce

©diciembre, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Capítulo 1

El avión vibró al atravesar una bolsa de aire y el cartel de “abróchense los cinturones” se encendió sobre nuestras cabezas con un pitido leve. Instintivamente, miré hacia el asiento de al lado, como no podría ser de otra manera.

Leo dormía hecho un ovillo, con las piernas dobladas y la manta azul de la aerolínea tapándole hasta la nariz. Qué friolero había sido siempre. El cabello castaño claro se le pegaba a la frente y una de sus manitas asomaba por debajo de la tela, sujetando con fuerza la manga de mi chaqueta, como si temiera que pudiera esfumarme de un momento a otro. Siempre hacía eso. Incluso dormido. Sin duda, una prueba más de que nos necesitábamos.

A pesar de que sus ojos estaban cerrados, podía vérselos. Esos ojos de color azul profundo, casi zafiro, imposibles de olvidar, imposibles de borrar. Los mismos ojos que me miraron once años atrás desde el otro lado de una mesa de cristal en un despacho insonorizado de Washington. Los ojos de Ethan Blackwood. Los ojos de su padre.

Tragué saliva y apoyé la cabeza en el respaldo de mi sillón, intentando concentrarme en el ruido constante de los motores, en el murmullo distante de las conversaciones del resto de los pasajeros, en el olor a café que se extendía por el pasillo. Cualquier cosa antes que prestar atención al nudo que se me formaba en el pecho cada vez que intentaba poner orden en lo que estaba haciendo. Volvía a Washington; al lugar en el que prometí no poner un pie más.

Volvía a la ciudad donde todo había empezado y donde, de alguna manera, un día sentí que también se había terminado todo. Al lugar donde un día fue asesinada mi versión ingenua del amor.

Y, sin embargo, ahí estaba, a miles de metros de altura, con mi hijo dormido a mi lado y el alma en vilo.

Cuando Leo llegó al mundo me prometí que nunca miraría atrás. Me prometí que no volvería a repasar mentalmente cada conversación con Ethan y que no volvería a dejar rodar por mis mejillas ni una sola lágrima más por él. Me prometí que enterraría esa etapa bajo capas de trabajo, guardias, informes clínicos y meriendas en el parque con mi pequeño. Me prometí que mi vida sería el "aquí y ahora" de mi niño y que no me desgastaría con los recuerdos de un hombre que me rompió el corazón en mil pedazos.

Pero la vida tiene un talento cruel para obligarte a desenterrar lo que creías sellado para siempre. Y cuando menos lo esperas.

Le pasé la mano por la frente, apartando uno de los mechones de pelo de su poblada cabecita. Sus pestañas infinitas descansaban tranquilas, como todo su ser. Parecía simplemente un niño cansado después de un viaje largo. Solo que había algo más detrás de su aparente cansancio. Que bajo esa manta azul había demasiada puntería del destino concentrada en un cuerpo menudo. Y que ese mismo destino le lanzó un dardo envenenado que, al mismo tiempo, me atravesó a mí. Cerré los ojos un segundo.

Y, como era inevitable, volví a aquel primer día.

Recordé como si lo estuviese viviendo el olor de aquel edificio. A perfume de lujo y a cierre de negocios con muchos ceros. BlackBall Biotech Institute. Incluso el nombre imponía.

Tenía veinticuatro años, el pelo recogido en una coleta que me quedó demasiado tirante y un traje que estrené expresamente para esa oportunidad. "En Estados Unidos toman muy en serio las primeras impresiones, Sara", insistió mi madre en el probador unas semanas antes, colocándome la solapa de la americana como si fuera a salir en la portada de una revista.

La familia Montalbán, mi familia, no escatimaba en nada, mucho menos en lo que consideraban una inversión: mi futuro. Estudiar Medicina ya sonaba lo suficientemente respetable, pero conseguir unas prácticas en una de las mejores empresas biomédicas de Washington… eso era casi un trofeo para enmarcar en el salón de casa.

Pertenezco a un entorno acomodado en el que nunca me faltó de nada y en el que todo me vino rodado. No conocía la decepción ni la tristeza. Ante mí se abrían las prometedoras puertas de un futuro profesional tras terminar con honores mi carrera en una prestigiosa universidad privada de Madrid.

Sara, mi madre (de quien me viene el nombre) era interiorista, mientras que Ernesto, mi padre, se dedicaba a los negocios inmobiliarios. Su buen hacer en su sector le llevó a obtener importantes ingresos que nos proporcionaron a mi hermana Tania y a mí un alto tren de vida. Tania, al contrario que yo, odiaba los libros y consagró su existencia a su verdadera pasión: el ballet.

Me temblaban las manos cuando la recepcionista me pidió el pasaporte y me puso una tarjeta con mi nombre en las manos.

—Sara Montalbán— pronunció, con un acento más que aceptable el día que llegué a Washington—. Departamento de investigación clínica. Pase, la están esperando en la planta doce.

"Me están esperando", pensé, y me empezaron a temblar las rodillas como si fuese una cría de parvulario. Haberme dedicado tanto a los libros requirió un gran sacrificio y mi experiencia de la vida venía a ser algo así como nula.

El ascensor era de cristal y, a cada piso que subíamos, la ciudad se hacía más pequeña bajo mis pies. Reconocí ciertas siluetas que conocía por imágenes, como la cúpula de un edificio gubernamental. Y también descubrí el perfil solemne de Washington al amanecer. Aterricé en la ciudad la noche anterior y todavía tenía el *jet lag* pegado en las pestañas y unas cosquillas de lo más extrañas en el estómago.

No supe que aquel ascensor me llevaba hacia la persona que iba a poner mi mundo patas arriba.

Las puertas se abrieron con un *ding* suave y el logo de BlackBall me recibió en letras metálicas sobre una pared blanca impoluta. Un chaval algo mayor que yo de recursos humanos me entregó una carpeta, exhibió una sonrisa y habló demasiado rápido, pero apenas le escuché. Estaba ocupada intentando recordar cómo se respiraba con normalidad. Y tratando de que mi acento en inglés sonara lo suficientemente convincente, algo que era así, pues lo practiqué en mi escuela privada desde niña.

Y entonces lo vi.

No hubo música ni cámara lenta, eso queda mejor en las películas. Lo que recuerdo al detalle es una sensación clavándoseme en el pecho, una conciencia total de que ese hombre (el que salía de una sala de reuniones con el móvil en la mano y la corbata ligeramente aflojada) no tenía nada que ver con cualquier otro que hubiese conocido hasta la fecha.

Al principio no supe que era el CEO. Para mí solo era un traje caro, una presencia atractiva a rabiar y una mirada que se cruzó con la mía un segundo, apenas un parpadeo, antes de que alguien le llamara por su nombre para recordarle una de sus múltiples responsabilidades, pues un ejecutivo así debía tenerlas.

—Mr. Blackwood, la junta de las diez se ha adelantado.

Ethan Blackwood. El mismo que estaba destinado a volverme tarumba.

Recuerdo el modo en que pronuncié su apellido en mi cabeza, como probando su sabor. Lo hice con total lentitud, paladeando las letras. Sonaba a algo importante, inamovible. Sonaba a un hombre acostumbrado a que todo el mundo se apartara medio metro cuando él caminaba. Sonaba a alguien que conocía muy bien su poder.

Y, aun así, cuando pasó a mi lado, diría que me sonrió. Una sonrisa mínima, quizás pura cortesía profesional, supuse. A mí me pareció un cataclismo. No lo voy a negar.

—Buenos días —me saludó en un español sorprendentemente decente. No sabía que conociera mi idioma.

Tardé un par de segundos en reaccionar.

—Bue… buenos días —balbuceé apenas y quise que la tierra me tragase, ¿habría sonado muy infantil?

Esa fue la gloriosa primera frase que le solté al hombre al que acabaría amando hasta la saciedad antes de que me empujase al abismo de la soledad.

Capítulo 2

La azafata del avión apareció por el pasillo con una sonrisa un tanto cansada, pero cálida, de esas que parecen sostener cualquier situación. Llevaba el pelo recogido en un moño impecable y un pañuelo azul sujeto al cuello, que oscilaba un poco con cada paso. No era la primera vez que se dirigía a mí en aquel larguísimo trayecto que me llevaba a cruzar el charco con mi hijo.

—¿Le apetecería tomar algo? —me preguntó en voz baja, como si temiera despertar a Leo.

Negué despacio. Apenas sentía la necesidad de tomar nada desde que aquella locura comenzó, meses atrás.

Ella miró al niño y su expresión se suavizó aún más, si cabe. Se agachó un poco, apoyando una mano en el respaldo del asiento delantero para mantener el equilibrio sobre sus tacones, y con la otra le acarició suavemente el cabello despeinado.

—Es precioso —susurró—. Tiene una cara de ángel.

Sentí un nudo que se me tensaba otra vez en la garganta.

—Es mi vida —le respondí, intentando que la voz no me temblara. No lo conseguí.

Mary, que ese era su nombre, sonrió, sin percibir la sombra que me cruzó por dentro.

—Qué maravilla tener un hijo así —afirmó—. De verdad. Qué alegría ver niños tan bonitos y tan sanos viajando con sus madres. El mío ya está mayor y echo de menos esta etapa tan tierna.

La palabra *sano* me cayó encima como un peso enorme. No por su culpa, que no tenía manera de saberlo. Pero aun así, algo dentro de mí se desmoronó. Complicado soportar el dolor.

Tragué saliva y asentí, incapaz de añadir nada más. Noté ese calor detrás de los ojos, esa presión que avisa que en cualquier instante las lágrimas te van a traicionar, dejándote en evidencia delante de una extraña, pues al fin y al cabo, no la conocía de nada.

Mary pareció notarlo y reculó un poco, con tacto.

—Disculpe, espero no haber dicho nada que haya herido su sensibilidad… Es que me recuerda tanto a mi hijo cuando era pequeño…

—No pasa nada — le aseguré, forzando una sonrisa que me dolió—. Es solo… el viaje. Estoy agotada. Creo que se me nota.

Ella asintió, comprensiva, sin preguntar nada más, con ese estilo que la caracterizaba.

—Si necesita algo, cualquier cosa, llámeme. Estoy para usted. No lo dude ni un segundo.

Y siguió avanzando por el pasillo mientras yo respiraba hondo, aferrándome a la manta de Leo como si fuera un auténtico salvavidas. Salvavidas, qué palabra tan grande.

Entonces, antes de caer en la trampa de volver a mis peores pensamientos, rememoré mi historia en Washington, esa que las circunstancias habían desenterrado.

Juro que cuando lo conocí no sabía que estaba casado. Y menos que tenía una hija.

Para mí solo era el jefe de todos. Un hombre diez años mayor que yo, con el pelo oscuro ligeramente desordenado, los ojos azul zafiro que parecían analizarlo todo con precisión milimétrica y un hoyuelo en la barbilla que aparecía de vez en cuando, casi a regañadientes, cuando sonreía de verdad. Que no eran muchas veces, las cosas como son.

Los primeros días apenas lo veía más que a distancia. Mi mundo se reducía a mi ordenador, mi mesa en un cubículo más limpio que un quirófano y una pila de protocolos que tenía que leer y entender. En resumidas cuentas, una responsabilidad abrumadora.

No hablaba casi con nadie. Mis compañeros eran educados, pero se notaba que yo era "la chica española de prácticas". Esa etiqueta invisible que me hacía sentir un poco de más en todas partes, incluso a la hora del café, cuando la gente se agrupaba en corrillos y yo sentía no pertenecer, en esencia, a ninguno.

Luego estaba el acento. Aunque mi inglés era bueno, muy bueno, yo misma me reprochaba, en mi enorme perfeccionismo, que si en algún momento (y entre tantísimo lenguaje técnico), no encontraba el término exacto, me veía retrocediendo varias casillas en el juego de parecer competente.

La primera vez que Ethan se paró a hablar conmigo por derecho fue por culpa de una gráfica.

Yo estaba en la sala de reuniones tres, repasando unos datos de un ensayo clínico con mi supervisora, cuando la puerta se abrió y él entró sin avisar, acompañado de dos directivos.

Mis rodillas se volvieron gelatina y la energía en la sala cambió al instante. Es curioso cómo algunas personas son capaces de eso: de alterar la atmósfera solo con su presencia.

Se acercó a la pantalla donde estaban proyectados los resultados y frunció el ceño, algo que le hizo todavía más atractivo a mi vista.

—Este eje está mal etiquetado —afirmó, señalando justo el único detalle que yo también había detectado y que mi supervisora pasó por alto.

Ella empezó a justificar el error con una sonrisa tensa, pero, antes de que pudiera evitarlo, hablé.

—Fue culpa mía —le dije—. Lo detecté, pero no me dio tiempo a corregirlo antes de la reunión. Lo siento muchísimo.

Ethan se giró. Me miró como si no hubiera reparado en que había alguien más en la mesa. Sus ojos bajaron a mi tarjeta de identificación.

—Sara… —leyó, como recordando mi nombre.

—Montalbán —completé, con la voz un poco más firme de lo que me sentía por dentro. Al menos debía intentarlo.

Se percibió un segundo de silencio incómodo.

—Bien visto, Montalbán —me soltó al final—. No dejes pasar esos detalles la próxima vez. Son importantes. Nos jugamos mucho.

Y, por primera vez, el hoyuelo apareció en su más que atractivo mentón.

No fue gran cosa. No hubo frases memorables ni chispas conducentes a fuegos artificiales. Pero a partir de ese día, empecé a notar que se fijaba en mí.

No quiero parecer presuntuosa. Nunca lo he sido. No me gusta la gente así. Si lo digo es porque Ethan preguntaba por los informes que yo había revisado y, acto seguido, me pedía opinión en cosas pequeñas. De vez en cuando, cuando pasaba cerca de mi mesa, hacía algún comentario fugaz, la mayoría de las veces irónico, sobre el clima, el café o el caos en el que se convertían los pasillos a primera hora.

Nada reseñable. Pero para la chica tímida que yo era entonces, esos comentarios suponían el centro del universo.

Tardé unas semanas en conocer el resto del cuadro.

Al principio todo fueron pequeños gestos que intenté ignorar: una taza de café que aparecía en mi mesa por las buenas, un “buen trabajo” susurrado al

pasar y solo para mí, una mirada que se quedaba un segundo de más cuando coincidíamos en la puerta del laboratorio.

Y mi mundo que se tambaleaba. Me repetía que era mi jefe, que no podía permitirme perder la cabeza por él en la que era mi primera experiencia internacional. Pero bastaba con que lo viese entrar en una sala, aflojarse la corbata y fijar esos ojos azul zafiro en las diapositivas para que mi determinación se hiciera añicos. En un nanosegundo más o menos.

Una noche, después de una jornada interminable, se ofreció a llevarme a mi apartamento. Había empezado a nevar y me resultó imposible pillar un taxi.

—No voy a dejar que cruces media ciudad sola con esta nevada —me comentó, como si fuera lo más normal del mundo.

Acepté. En su lujoso coche, la radio sonaba muy baja y el mundo parecía reducido al círculo de luz del salpicadero en el que fijé la vista.

—¿Echas de menos Madrid? —me preguntó.

—Un poco —admití—. Echo de menos el ruido. Aquí todo parece demasiado ordenado.

Sonrió de lado, asintiendo.

—Eso explica cómo hablas con las manos —me hizo ver—. Y cómo alzas la voz un poco más de lo habitual… aquí. Lo sé porque mi madre también es española, de ahí que hable tu idioma. Y también que conozca parte de tus costumbres.

Me ruboricé y miré por la ventanilla, agradeciendo la oscuridad que nos regalaba la noche. Cuando llegamos, paró en la puerta, me deseó buenas noches y subí al apartamento con la sensación de haber cruzado una frontera. No podía dejar de pensar en él. Era superior a mis fuerzas.

Desde entonces, todo se inclinó en una dirección que ninguno de los dos etiquetaba. Las reuniones se alargaban cuando yo estaba, sus correos incluían comentarios que no venían a cuento y hasta empezamos a compartir bromas

privadas. Aprendí a reconocer el brillo de sus ojos cuando algo le divertía, incluso aunque su expresión siguiera seria. Porque lo era.

La primera vez que me besó podría calificarse casi como un accidente.

Habíamos revisado unos resultados hasta tarde, de nuevo un viernes con el edificio medio vacío. Al salir al pasillo, comenté que en BlackBall siempre sentía frío, pese a la calefacción. Él rio por lo bajini.

—Te estás soltando —apuntó—. Hace unas semanas no te habrías quejado de nada.

—Tampoco quiero dar problemas —me defendí—. Lo único es que igual la podríais subir un poco.

—Dar tu opinión no es un problema. Y calentarte tampoco.

Lo dijo mirándome de frente, tan cerca que me tembló hasta el espinazo. Hubo un segundo en el que dudé si esas palabras habían salido de verdad de sus gruesos labios. Y entonces se inclinó. Mis manos se aferraron a la carpeta; mi corazón, a lo que fuera que estaba empezando entre los dos. Esos labios, los suyos, actuaron cálidos y seguros.

No fue un beso largo, pero cuando se apartó supe que ya no había vuelta atrás. Oficialmente, mi vida acababa de volverse del revés.

Después todo se aceleró. Empezamos a quedarnos cada dos por tres hasta tarde, a buscar excusas para coincidir, a enviarnos mensajes que empezaban siendo profesionales y terminaban con algo que ningún manual profesional aprobaría. Mi mundo giraba en torno a Ethan.

Cuando por fin compartimos cama, fue casi inevitable. Una cadena de decisiones pequeñas desembocando en algo enorme. En algo tan grande que me envolvía por completo.

Aquella primera noche descubrí una versión de él que hasta entonces no conocía: menos armadura, menos control, más verdad. Me preguntó mil veces si estaba segura, como si no mereciera que alguien eligiera complicarse la

vida por él. Y eso fue algo que escapó a mi entendimiento. Cualquier mujer habría perdido la cordura por un hombre así.

Yo no pensé en nada. Ni en que fuese el CEO, ni en el qué dirán, ni en su vida fuera del trabajo. No sabía que existía otra vida. Y, aunque me cueste admitirlo, tampoco pregunté. ¿Cómo no iba a haberla?

Tardé más de lo que me gustaría reconocer en conocer la verdad. En conocer esa verdad que se me clavó tan hondo en el pecho que me dejó un agujero sangrante. Me sentí agonizar.

Lo descubrí una tarde, en la sala del café. Yo estaba sola, esperando que la máquina decidiera no tragarse la última de mis monedas, cuando escuché su apellido.

—Con lo que tiene encima, no sé cómo sigue dando el callo así —decía una administrativa—. Entre la esposa y la niña…

La palabra *esposa* me cortó la respiración. ¿Estaba casado?

—Diez años tiene ya la cría —respondió la otra—. Separarse con una niña pequeña no es tan fácil, por mucho que el matrimonio esté fatal. Corren rumores por todas partes.

No escuché más. El café dejó de importarme. Sentí que el suelo se movía bajo mis pies. Eso no se quedaría así. ¿Qué lugar ocupaba en su vida cuando ni siquiera me lo contó?

Aquella noche lo enfrenté.

Habíamos quedado en su despacho después de que todos los trabajadores se marcharan. Cerré la puerta y solté lo primero que me salió de mi madrileña alma.

—Estás casado.

No fingió sorpresa.

—Sí —respondió, sin rodeos—. Tendría que habértelo dicho antes.

Me habló de Elise, de años de convivencia gastada, de discusiones silenciosas, de una relación que se mantenía por pura inercia y por la niña. Entonces tenía diez años, igual que Leo en el momento en el que me encontraba. No le quitó importancia, pero tampoco pidió perdón por su silencio. Lo que sí repitió fue que lo nuestro no era un capricho. Claro, él qué iba a decir. Poco le convenía que se le acabara el chollo.

—No quiero que seas "la otra" —me aseguró—. No es eso. Deseo hacer las cosas bien, pero necesito tiempo. No es tan fácil. No se trata de un huevo que se echa a freír ni de un simple albarán que firmas con los ojos cerrados. Un divorcio encierra mucho más.

Había mil razones para irme en ese momento. Las conocía todas. También sabía que, para entonces, ya era demasiado tarde. Estaba enamorada hasta las trancas de él, como se suele decir.

Tenía varias opciones y opté por la que me dejaba a su lado. Opté por creer en sus palabras.

Creí en sus "solo necesito unos meses", en sus "no quiero seguir viviendo así, echándote de menos por las noches". Creí en sus dedos entrelazados con los míos cuando decía que a mi lado todo se sentía distinto. Me aferré como a un clavo ardiendo a cada frase como a una prueba de que el futuro que empezaba a imaginar con él no me estaba prohibido, pese a las circunstancias.

Sé que no fui justa con su esposa, pero el amor me podía. No puedo argumentar nada más en mi favor.

Con el paso de las semanas, lo nuestro fue a más. Dejé de pensar en Ethan solo como mi jefe. Ahí fue cuando comencé a imaginármelo en contextos que no nos pertenecían: un domingo cualquiera, una cena compartida, una tarde de cine y una vida en la que no tuviéramos que escondernos.

Y justo cuando estaba más segura de no haberme equivocado confiando en él, ocurrió algo que me dio un mazazo en la cabeza.

Un buen día, entré en su despacho sin llamar, con la confianza de quien se siente, por fin, parte de algo. Llevaba una carpeta en la mano y la ilusión de compartir un rato con él.

Lo que encontré fue una niña.

Estaba sentada en el sofá, hecha polvo, con la cara hundida en el pecho de Ethan y los hombros sacudidos por un llanto que se me clavó en la piel como si de una aguja se tratase. Tenía el cabello oscuro y unos ojos azul zafiro idénticos a los suyos, llenos de lágrimas incontenidas.

—No quiero que te vayas —sollozaba, aferrándose a su camisa—. No quiero que te vayas nunca. Por favor, papá, no lo hagas.

Él la sujetaba con fuerza, como si quisiera sostenerla entera con las manos.

—No me voy a ir a ninguna parte, Olivia —le aseguró, despacio—. Escúchame bien: nunca voy a dejar a tu madre. Nunca. Te lo prometo.

Entendí que lo hiciera por su hija, pero no esperé a escuchar nada más.

Si esa era su última decisión, ¿por qué me mintió tanto por el camino? ¿Solo por echarme un buen puñado de polvos?

Retrocedí antes de que nadie me viera. Caminé por el pasillo como si me hubieran vaciado por dentro. No recuerdo cómo llegué al ascensor ni cuánto tiempo me quedé mirando mi reflejo en las puertas metálicas, intentando reconocer a la chica que apostó todo por una vida que no era suya. Por una vida que no le correspondía y en la cual nunca encajaría.

Al día siguiente, no volví a trabajar.

Un par de días después, volaba en dirección a Madrid.

Yo ya me había ido.

Para Ethan, supongo que simplemente desaparecí. Ni siquiera me llamó. Él no sabía que escuché esa conversación y, pese a ello, no me buscó. Un día estaba y al siguiente, ya no. Podría parecer cobardía. A mí, con el tiempo, me ha parecido más bien un reflejo de supervivencia del que no me arrepiento.

El avión comenzó a descender. Las azafatas empezaron a pasar por el pasillo comprobando cinturones. El cielo al otro lado de la ventanilla se había

vuelto de un gris denso, y las nubes se pegaban al fuselaje como si quisieran retenernos algo más de tiempo arriba.

Miré a Leo.

Si algún día le contaba mi historia, no quería que sonara cobarde. No quería que pensara que su madre se dejó engañar sin más por un tipo que la enredó. Pero tampoco podía borrar lo que había sentido ni las decisiones que tomé entonces cuando debí hacerlo.

Lo único que tenía claro, mientras notaba cómo el avión inclinaba el morro hacia el suelo, era que ahora no venía a pedirle explicaciones a Ethan.

Venía a pedirle algo infinitamente peor.

Venía a pedirle que pusiera su cuerpo y su sangre al servicio de un hijo al que no sabía que había traído al mundo.

Mi hijo. Nuestro hijo.

Ajusté un poco la manta sobre Leo y cerré los ojos un instante, inspirando tan hondo como me lo permitieron mis fatigados pulmones.

Washington se acercaba. Y con ella, todo lo que había intentado no recordar durante once largos años.

Capítulo 3

Cuando, finalmente, el avión tocó tierra sentí el golpe seco en el estómago más que en el resto del cuerpo. Me pasaba desde niña. Cualquier cosa que alterase mi estado de ánimo terminaba por reflejarse en ese órgano que debía ser más sensible que los demás.

El piloto dio las gracias al pasaje por haber elegido su compañía, las azafatas empezaron a moverse arriba y abajo y, poco a poco, se fue instalando en la cabina ese murmullo inquieto de las personas deseando salir corriendo como si algo extraordinario les esperase justo al lado de la cinta de equipajes.

Leo se removió en su asiento, frotándose los ojos con el dorso de la mano. La manta azul resbaló ligeramente y dejó al descubierto su cuello delgadito. Había perdido bastante peso.

—Mamá… —murmuró, con voz todavía somnolienta—. ¿Ya hemos llegado?

Le aparté la manta y desabroché su cinturón con todo mimo.

—Sí, cariño. Ya hemos llegado.

Parpadeó un par de veces, desorientado, y a continuación miró por la ventanilla empañada.

—¿Dónde estamos? —´me preguntó—. No se parece a casa.

Ojalá, pensé. Ojalá se pareciera a nuestra casa y todo aquella fuera el producto de una pesadilla. Me obligué a sonreír. Por mi niño, cualquier cosa.

—Hemos venido a un sitio muy chulo para que te cures —le respondí, intentando que la frase sonase a promesa cierta—. A un lugar donde los médicos van a ayudarte mucho.

Él se quedó un momento en silencio, como si estuviera procesando la información que le proporcioné. Luego asintió con esa seriedad que a veces tenía, tan impropia de sus diez años.

—¿Y van a pincharme mucho? —me preguntó un tanto suplicante.

Sentí el nudo en la garganta, otra vez. Y uno muy difícil de deshacer.

—Puede que un poco, sí —admití—. Pero tú ya has demostrado ser el niño más valiente del mundo —le recordé, tratando de animarlo.

Se encogió de hombros, como si el tema de los pinchazos fuera ya parte inseparable del resto de su vida. Y eso era lo que más me dolía. Un niño que se acostumbra a las agujas demasiado pronto. Un niño que ha de convivir con un dolor que yo hubiese dado lo que no tenía por poder aliviar.

Salimos del avión agarrados de la mano, como de costumbre. El aire del *finger* olía a plástico y a metal, y me sugería prisa. Yo arrastraba la maleta de cabina mientras Leo caminaba a mi lado, con el cansancio y la curiosidad marcados en la cara, camuflados en sus ojeras. En la zona de pasaportes, mi peque se empeñó en poner los pies justo en las líneas amarillas del suelo, comenzando lo que decía que era “un juego secreto”. Me aferré a lo que vi. Me aferré a su forma de encontrar diversión incluso en un control fronterizo.

Cuando cruzamos las puertas de salida y sentí el golpe del aire más frío, algo dentro de mí se tensó hasta casi romperse. Washington. Otra vez. Parecía una broma pesada del destino. Poca broma en realidad. Más bien una jodienda de esas de las que no tienen enmienda.

Cogimos un taxi del primer punto al que llegamos, dado que no me sentía con fuerzas para pelear con Apps y demás. Bastante tenía con aguantar el tipo.

—Al hotel directamente, por favor —le dije al conductor, enseñándole la dirección en la pantalla del móvil.

Leo pegó la cara a la ventanilla. Ya volvía a salir a flote su curiosidad infantil. La impresionante ciudad se extendía ante ambos con sus edificios sobrios, sus avenidas anchas y esas luces solemnes. No era Nueva York, pensé. Tenía otra energía. Tenía otro aire más serio, más institucional, más adecuado para decisiones como las que nosotros debíamos tomar.

—Es muy bonito… —murmuró Leo—. Parece un sitio sacado de una peli.

—Sí —sonreí un poco—. A ver si conseguimos que sea una peli con final feliz, ¿vale?

—Todas lo son, ¿no? —me preguntó con ese candor que solo pueden dar los pocos años y la ausencia de decepciones.

—Al menos, esta lo será —le respondí con fingida seguridad.

Leo se giró hacia mí y, sin decir nada, apoyó la cabeza en mi brazo. Cerró los ojos de nuevo. El traqueteo del coche y el cansancio del viaje terminaron de derrotarlo. Y de nuevo se quedó sopa.

El hotel estaba cerca del hospital donde nos atenderían al día siguiente. Había elegido uno bonito, pero no excesivamente lujoso, con un hall repleto de plantas verdes y un olor agradable a madera encerada. No sabía cuánto tiempo íbamos a quedarnos allí, ni cuánto tardarían en confirmarnos si todo este viaje había tenido algún sentido o si fue en vano. Pero al menos quería que, mientras tanto, Leo se sintiera en un lugar acogedor. No como en casa, porque eso sería imposible, pero sí al menos en un ambiente idóneo.

—Buenos días, bienvenida a la ciudad —me saludó el recepcionista, en un inglés de lo más amigable—. ¿Primera vez en Washington?

No pude evitar una risa tan breve como cansada.

—Ojalá —respondí tan bajo que casi sonó únicamente para mis adentros.

Firmé la entrada, entregué la tarjeta de débito, recibí las tarjetas magnéticas y sonreí vagamente. Leo miraba fijamente una fuente preciosa que había en una esquina del hall, fascinado por cómo el agua caía en bucle. Era muy observador mi niño.

Subimos en ascensor hasta la cuarta planta acompañados por un botones. Nuestra habitación contaba con dos camas, una ventana enorme con vistas a una zona muy concurrida de la ciudad y un cuarto de baño de apariencia impoluta, de azulejos blancos. El botones dejó la maleta en un rincón, me sonrió a la espera de su propina, se la di y se marchó. Antes de hacer nada más, me agaché frente a Leo.

—Vamos a darte una ducha, campeón —le sugerí—. Y luego te tumbas un rato, ¿vale? Ha sido un viaje demasiado largo.

—Tengo un poco de sueño todavía, sí —admitió, frotándose los ojos una vez más.

—Lo sé. Por eso te lo digo.

—Pero igual tú quieres ver este sitio tan bonito.

—No te preocupes por mí, cariño —le aseguré pensando en que, por mi gusto, jamás hubiese puesto los pies más en él.

Le ayudé a desvestirse en el baño. Sus huesos se marcaban un poco más de lo que hubiera deseado. No estaba en el chasis, pero tampoco tenía el cuerpo con forma que debería tener un niño de su edad. Conocía de memoria cada marca, cada pequeño moratón antiguo, cada cicatriz mínima de las vías que le habían ido colocando. Todo estaba guardado en mi mente, en la caja donde metemos los recuerdos más dolorosos.

Abrí el grifo hasta que el agua salió templada y dejé que la ducha se llevara algo de la electricidad estática del viaje. Ojalá pudiese llevarse también mi rabia. Leo jugó un rato con el chorro, dibujando líneas invisibles en el aire, y eso me llevó a agradecer que al menos hubiera un momento en el que pudiera parecer solo un crío como otro cualquiera, duchándose en un hotel con su madre, los dos solos de viaje.

Cuando terminó de ducharse, lo sequé con calma, le puse su pijama de algodón suave y lo llevé en brazos hasta la cama más cercana a la ventana, como él quería.

—Quiero esa —me la señaló—. Desde ahí veo las luces.

—Deseo cumplido, campeón.

Ya me hubiese gustado que cualquier otro deseo pudiese cumplirse con la misma rapidez.

Le arropé bien, metiendo la manta por los lados como hacía desde que era más pequeño. Tenía por costumbre moverse mucho en la cama y, si no lo hacía así, amanecía con las sábanas y la manta desperdigadas o incluso en el suelo. Leo se dejó hacer, con esa confianza absoluta que solo se tiene cuando alguien ha estado ahí desde el primer minuto de tu vida, sosteniéndote.

—Mamá — me dijo, justo antes de que me incorporase—. ¿De verdad crees que me voy a curar aquí?

Su pregunta me atravesó más que cualquier aguja de las que solían colocarle.

No podía mentirle. No de una forma tan impune. Pero tampoco podía dejar una respuesta en el aire.

—Creo que aquí tenemos más oportunidades —le respondí—. Y ya eso es oro, mi niño.

Me miró un segundo, como buscando algún indicio que descifrar en mi gesto. Lo que fuera que vio pareció tranquilizarle. Asintió despacito, cerró los ojos poco a poco y, al cabo de unos minutos, comenzó a respirar de ese modo profundo y rítmico que indicaba que, al fin, el sueño lo había atrapado, una vez más.

Me senté en la otra cama, frente a él. La habitación estaba en penumbra; solo entraba un rayo de luz suave desde la calle. Apoyé los codos en las rodillas, entrelacé las manos como dándome fuerzas a mí misma y me permití, por primera vez en muchas horas, bajar la guardia mental. No tenía

que contentar a nadie, no tenía que tomar decisiones inmediatas, no tenía que ser la madre fuerte que todo lo aguanta como si fuese de hierro. Podía desmoronarme si así lo necesitaba, con tal de volver a rehacerme para el día siguiente.

Y, como siempre que me dejaba un hueco, el recuerdo regresó. No a Ethan esta vez. A Leo. A los primeros signos de que algo no iba bien. Al momento en el que mi vida, esa vida tan sólida y perfecta que traté de crear para él, dejó ver sus primeras grietas.

El pistoletazo de salida no lo dio ninguna escena dramática. No hubo desmayos en mitad de un parque ni nada digno de rememorar especialmente. Empezó con detalles pequeños. Tan pequeños que, al principio, apenas les presté importancia pese a ser ginecóloga, pues finalmente opté por esa especialidad después de nacer mi hijo, al comprobar en mis propias carnes el milagro que es dar vida.

Leo se cansaba más que otros niños. Se sentaba antes en el banco cuando íbamos al parque, pedía que le tomara en brazos más a menudo, dejaba la bici a los diez minutos de haberla cogido. Yo lo achacaba al cole, a los cambios de horario, a un pequeño estirón que le llevó a tener unas décimas de fiebre.

Luego llegaron los moratones. Primero en las piernas, luego en los brazos. Morados grandes, de esos que se asemejan a mapas mal grabados. Él juraba y perjuraba que no recordaba haberse dado golpes, que no se había caído más que sus amiguitos, que solo jugaba como todos.

Una tarde, al recogerlo de casa de mis padres, mi madre me habló a solas.

—Sara, este niño tiene demasiados cardenales —me comentó en voz baja —. No me gusta nada.

Yo, que llevaba ya días sintiendo ese runrún en el estómago, respondí como si me hubiesen atacado.

—Son cosas de niños, mamá. Ya sabes cómo es. No para quieto. Ni lo recuerda, pero seguro que se da un golpe tras otro.

Pero esa noche, mientras lo bañaba, me fijé con especial atención. Tenía un moratón amarillento en el costado, otro más reciente y llamativo en la cadera. Y el agua de la bañera se tiñó un poco cuando se sonó la nariz. Un hilo rojo, casi imperceptible. Pero suficiente para que la médico que llevo dentro enarcara una ceja.

"Estás paranoica", me dije. "Trabajas en un hospital donde cada día se emiten diagnósticos graves y ves fantasmas por todas partes". Pero al día siguiente pedí cita con su pediatra, mi amiga Marta. Por si acaso.

Marta fue prudente. Exploró a Leo, le hizo reír, le observó los ojos, la garganta y el abdomen. A continuación, me miró a mí.

—Voy a pedir que le hagan una analítica —me comentó—. Solo para quedarnos tranquilas. Seguramente no será nada, no empieces a sufrir de antemano, Sarita.

Que no empezara a sufrir. Qué frase tan significativa para todo lo que vino después.

La primera analítica ya no salió bien. Glóbulos rojos bajos, plaquetas más bajas de lo que debían, defensas un tanto anormales. "Lo mismo es una infección", "puede ser algo pasajero", "vamos a repetirla". La repetimos. No mejoró. Repetimos otra. La cosa empeoró. Me sentía morir.

En cuestión de semanas pasamos de "Sarita, no te preocupes" a "voy a derivarte a Hematología Infantil para que lo valoren mejor". Y entonces supe que aquello no iba de ver o no ver fantasmas. De pronto, el hospital en el que trabajaba se convirtió en un lugar hostil, porque mi hijo estaba ingresado allí en vez de esperarme en casa de mis padres.

La doctora de Hematología, que era nueva y apenas me conocía, fue directa y muy humana, ambas cosas a la vez. Nos recibió en una consulta pequeña, con dibujos en las paredes, y miró a Leo con un cariño profesional que le agradecí de corazón.

—Vamos a tener que hacerle más pruebas, Sara —me explicó—. Otra analítica, esta vez más detallada, y una biopsia de médula ósea. No hay otro modo de saber exactamente qué le está pasando a tu hijo ahí dentro.

“Ahí dentro” era la médula, ese lugar al que nunca hicimos referencia y que, de un momento para otro, se convirtió en el escenario principal de nuestra vida.

No olvidaré jamás la mañana de la biopsia. Había visto muchas veces cómo le explicaban ese procedimiento a otras familias. Ahora me tocaba a mí sujetar la mano de mi peque mientras se quedaba dormido con la anestesia, y luego esperar en un pasillo frío, mirando un reloj que parecía avanzar a golpes.

El diagnóstico llegó como llegan estas cosas: con palabras largas, folios impresos y un tono de voz que intenta sonar con tranquilidad mientras te parte en dos el corazón, como si de un hachazo se tratase.

Síndrome mielodisplásico. Nada más y nada menos. Una alteración grave de la médula ósea. Células que no maduran bien, defensas que se vuelven vulnerables, mayor riesgo de infecciones, sangrados habituales, cansancio extremo. Una bomba de relojería, pero con temporizador borroso.

—En estos casos —continuó la hematóloga—, el tratamiento que puede cambiar realmente el pronóstico es un trasplante de médula ósea. Para eso necesitaremos buscar un donante compatible. Empezaremos por ti, Sara, y luego por el resto de mi familia.

Mi familia… Me tocaba explicarles porque, con tal de no alarmarlos más de la cuenta, no les dije nada del suplicio por el que estábamos atravesando.

Capítulo 4

Ahí empezó la segunda parte de la pesadilla: la búsqueda.

Primero me tocó a mí, por descontado. Me extrajeron sangre, esperé, me mordí las uñas. No era compatible. La primera en la frente.

Luego mis padres. Sara y Ernesto, ambos con venas castigadas ya por la edad (nos tuvieron mayores a mi hermana y a mí) y, aun así, más que dispuestos a que les extrajeran lo que fuese por su único nieto.

—Ojalá pueda ser yo el donante —dijo mi padre, mientras le apretaban el torniquete—. Le doy lo que haga falta. Hasta la última gota de mi sangre si fuese preciso.

No fue él. Tampoco ella.

Después Tania, que interrumpió a toda prisa una gira con su compañía de ballet para venir a hacerse las pruebas.

—Si hace falta, aparco las puntas para siempre —dijo, medio en broma, medio en serio—. Pero que mi sobri salga de esta bien, por favor.

Tampoco.

La hematóloga fue clara.

—Cuando la familia directa no es compatible, pasamos al registro de donantes voluntarios. Hay mucha gente maravillosa registrada, pero encontrar

la aguja exacta en el pajar lleva tiempo. A veces demasiado tiempo. No os voy a mentir.

Tiempo. Justo lo que yo sentía que no teníamos. Y lo que ella me vino a confirmar.

Durante semanas viví colgada del teléfono, pendiente de cada llamada, de cada "hay una opción, pero…", de cada "volvemos a revisar una y otra vez, Sara. No quedará por intentarlo". Leo seguía con sus revisiones, sus transfusiones cuando las cifras bajaban demasiado, sus días regulares y sus días malos en los que no quería levantarse del sofá. Cada vez estaba más cansado.

Y una noche, mientras lo miraba tratar de dormir en su cama, con la luz tenue del pasillo dibujándole una sonrisa fatigada en el rostro, lo vi más claro que nunca.

Sus ojos.

Ese azul profundo tirando a zafiro que no venía de mi lado de la familia. Ese azul profundo tirando a zafiro que podía salvarle la vida.

Tardé años en ser capaz de pensar en Ethan sin sentir que se me resquebrajaba el alma, pero aquella noche, su nombre volvió a mi mente como un golpe seco. Tan seco como acertado. No como un recuerdo romántico ni como un reproche, sino como una posibilidad tan cruel como lógica. En resumidas cuentas, como una posibilidad que no podía dejar pasar.

"Su padre", pensé. "Ethan es familia directa y también tiene sus mismas células corriendo por sus venas".

Me pasé la noche en vela. En vela y con el corazón dividido entre el orgullo herido, el miedo, el rencor, la ira, el despecho y algo mucho más fuerte que todo eso junto: el instinto maternal de proteger a un hijo.

Al amanecer, con los ojos rojos por la falta de sueño, ya lo había decidido: tenía que encontrar a Ethan Blackwood. Tenía que ir al lugar del que había huido once años atrás. Tenía que poner frente a él a un niño de ojos azul

zafiro, de su mismo azul zafiro, y suplicarle que hiciera lo que fuera necesario para darle una oportunidad.

Volví al presente de golpe cuando un coche hizo sonar el claxon en la calle. El ruido subió desde abajo hasta nuestra ventana, cortando el hilo de ese recuerdo que me hacía daño.

Miré a Leo. Dormía boca arriba, con la boca entreabierta y una mano fuera de la manta. Me acerqué, se la metí de nuevo bajo la tela y le besé los nudillos. Siempre me dio la sensación de que sus manitas olían a vainilla.

—Vamos a intentarlo todo, ¿vale? —le susurré—. Todo. Mamá hará lo que haga falta, mi amor.

Me incorporé despacio, consciente de que empezaba la parte más difícil de la historia: enfrentarme al hombre que un día me rompió el corazón para intentar salvar junto a él la vida de mi hijo. La vida de nuestro hijo.

No hace falta decir que mi familia al completo se ofreció a acompañarme hasta allí, pero preferí hacerlo sola. Bastante mal lo estaban pasando ya como para encima tener que conocer en tales circunstancias al hombre que me jodió la vida años atrás; al hombre del que tenían las peores referencias.

Me desperté antes de que sonara la alarma, como si mi cuerpo supiera que aquella no era una mañana cualquiera. Durante unos segundos me quedé inmóvil, escuchando la respiración tranquila de Leo en la cama de al lado. La luz gris del amanecer se dejaba ver a través del amplio ventanal y pintaba la habitación de un tono frío que me recordó inmediatamente dónde estaba. En Washington. Otra vez en esa maldita ciudad. Después de once años. Inspiré hondo, sentí el temblor en la boca del estómago y me incorporé con parsimonia, tratando de no hacer ruido. No quería despertarlo todavía; prefería que siguiera siendo niño un ratito más antes de enfrentarnos al día que nos esperaba.

Me acerqué a su cama, le acaricié el pelo y Leo abrió los ojos lentamente, como si le costara regresar del sueño al mundo real. Me sonrió con esa dulzura que siempre me desmontaba.

—Mamá… ¿es hoy?

Asentí, tragando saliva.

—Sí, cariño. Es hoy.

No hacían falta más palabras. Ambos sabíamos ya que era el día.

Lo vestí despacio, con mimo, como si dedicarle ese cuidado pudiera devolverle la salud perdida. Después me preparé yo, sin dejar de observarlo en cada movimiento, a través del espejo. Cuando terminamos, bajamos al vestíbulo, donde el olor a café recién preparado y madera encerada me recordó que había elegido bien el hotel: acogedor, discreto, casi como una especie de refugio para evitar que la ansiedad me devorara antes de tiempo.

En cuanto salimos a la calle, sentí el aire frío, algo que no me desagradó, más bien me espabiló. Leo buscó calor en su abrigo y yo le ajusté la bufanda. Caminamos unos metros hasta tomar un taxi. Cuando le di la dirección al conductor, el nombre de BlackBall salió de mis labios con un peso extraño. Sentí que tendría que volver a aprender a pronunciarlo sin romperme.

El trayecto hasta allí fue silencioso. Leo miraba la ciudad como si de un enorme decorado se tratase. Yo también la miraba, pero con otros ojos. Edificios señoriales, avenidas anchas, árboles desnudos por el invierno. Tan desnudos como mi alma, que sentía gélida y desamparada. Reconocí algunos lugares de cuando era estudiante en prácticas, aunque casi todos parecían más pequeños, menos imponentes. Tal vez era yo la que había cambiado, no ellos.

Detesté el trabajo de laboratorio por culpa de Ethan y, cuando me marché de allí, no quiso volver a hacer nada relacionado con esa actividad. Finalmente, como ya dije, encontré en la ginecología mi camino.

Cuando el taxi se detuvo frente al imponente edificio, sentí un vuelco en el pecho. Allí estaba. Más moderno, renovado, con cristaleras ampliadas y un logo nuevo, pero esencialmente era el mismo; el mismo edificio al que entré con veinticuatro años, nerviosa y llena de ilusiones que no sospechaba que darían al traste con mis ilusiones.

Leo me dio la mano.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí —mentí—. Vamos, cariño.

—¿Es este el hospital?

—No, mi amor. Este no es el hospital —le confirmé.

Al cruzar las puertas automáticas, un soplo cálido nos envolvió. El interior seguía siendo elegante, minimalista, intachable. Cada elemento brillaba como si acabaran de abrir sus puertas, aunque yo sabía que aquel brillo escondía una oscuridad que la gente no apreciaba. Caminamos hasta la recepción. Una chica joven, que claramente no había trabajado allí once años atrás, nos sonrió con profesionalidad de esa que se aprende.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

Sentí cómo la garganta se me cerraba un instante, pero hablé.

—Vengo a ver al señor Blackwood. Necesito hablar con él. Urgentemente —le aclaré.

Ella tecleó algo en la pantalla de su ordenador, revisó una lista interminable en la pantalla y alzó la vista con una mueca educada.

—¿Tiene cita con él?

—No. Pero es urgente. ¿Quiere que se lo vuelva a repetir? —le pregunté con desdén y hasta Leo me miró sorprendido, al ver que mis modales se resentían.

La recepcionista me dedicó esa sonrisa que se usa para soltar un "no" categórico, pero sin decirlo.

—El señor Blackwood permanecerá reunido toda la mañana. Me temo que no será posible…

—Lo esperaré —la interrumpí.

No añadí nada más. No tenía intención de marcharme. No cuando la vida de mi hijo pendía de un hilo. La chica dudó un segundo, pero finalmente

asintió y me señaló una sala de espera acristalada al fondo. La reconocí. No había duda. Allí mismo, años atrás, esperé nerviosa mi primera reunión de seguimiento. Allí fue donde todo empezó sin que apenas me percatase de ello.

—Puede aguardar ahí. La avisaré cuando esté disponible.

Le di las gracias y avancé con Leo hacia la sala. Nos sentamos en un lateral. Mi niño se pegó a mí, observándolo todo con ojos curiosos, ajenos al torbellino que yo llevaba dentro y que me estaba destrozando. Intenté respirar hondo, mantener la calma, pero el aire parecía no querer entrar. Lo sentía viciado.

Fue entonces cuando la vi.

Una joven salió del ascensor. Tendría unos veinte años, año arriba o abajo. Era alta, delgada, con el cabello oscuro cayéndole por los hombros y unos ojos azul zafiro que me golpearon el pecho como un puñetazo emocional de lo más inesperado. Los mismos ojos. El mismo tono imposible de encontrar si la genética no te facilita las cosas. El mismo brillo.

Supe quién era antes de que mi cerebro alcanzara a formularlo. Olivia. Olivia Blackwood. La niña del despacho. Ahora convertida en una atractiva mujer.

Ella me miró igual que yo la miraba a ella: como si ambas acabáramos de ver un fantasma. Dio un paso inseguro, casi por inercia. Y entonces su mirada descendió a Leo, que estaba hojeando distraído un folleto. Su expresión cambió. Primero fue de sorpresa. Luego de desconcierto. Y finalmente fue de algo que no supe nombrar del todo: una certeza silenciosa de que aquel niño y ella compartían algo más que el aire que estaban respirando con más soltura que yo.

Se acercó despacio. Elegante, parecía una gacela.

—Hola… —murmuró, con una voz suave que no recordaba, porque la última vez solo la escuché llorar.

—Hola —le respondí yo, incorporándome un poco y colocándome bien la blusa, que se había ladeado.

Ella se quedó de pie frente a nosotros. Miró a Leo otra vez. Después a mí. Tragó saliva de un modo perceptible.

—¿Puedo…? ¿Puedo hablar contigo un momento?

Mi corazón se aceleró. Esperaba otro encuentro; uno con su padre. Con ese me bastaba. No necesitaba más emociones.

—Sí, claro.

Nos apartamos un poco, lo justo para que Leo no nos escuchara. Olivia respiró hondo, como si necesitara valor para soltar lo que estaba a punto de soltar.

—Yo te conozco —me dijo.

Sentí cómo se me tensaba el cuerpo. Eso no lo esperaba. Para nada lo esperaba.

—¿Cómo…?

—Te vi en una foto —me interrumpió—. En el móvil de mi padre. Hace muchos años. Te vi cuando era pequeña. Él pensaba que yo estaba jugando, pero lo vi. Estabas tú. Sonreías. Y él también. No sé por qué te recuerdo, pero… —me observó con una mezcla de desconfianza y sorpresa—. Siempre me acordé de tu cara.

Me quedé muda unos segundos. No esperaba aquello. No esperaba que Ethan hubiera guardado una foto mía. Ni que su hija la hubiera visto. No esperaba nada de aquello.

Entonces miró a Leo. Sus ojos se abrieron más, se hicieron más grandes llenos de una comprensión brutal, diría que dolorosa.

—Sus ojos… —susurró—. Son como los de mi padre.

Sentí un escalofrío.

—Sí —respondí, incapaz de fingir nada. Ya no estaba por la labor.

Ella se llevó una mano a la boca.

—Entonces… él… es mi hermano. Ese niño es mi hermano —sentenció incrédula y sin poder negar la evidencia al mismo tiempo.

No había forma de suavizarlo. No había palabras para edulcorar la verdad.

—Sí —repetí—. Leo es hijo de tu padre.

Olivia cerró los ojos un instante, como si necesitara procesarlo. Vi en su expresión un choque extraño, un choque que revolucionaba su joven mundo. Cuando los abrió, su mirada se había vuelto más firme.

—Tenías que venir a verlo —dijo en un tono que no sabría cómo calificar.

Yo asentí, con los ojos ardiendo, como febril.

—No me quedaba otra opción —susurré.

Y entonces ocurrió.

La puerta del ascensor principal se abrió.

Ethan salió hablando con dos directivos. Era el mismo: traje impecable, expresión concentrada… hasta que levantó la vista. Y nos vio. A Olivia. A Leo. A mí. A los tres juntos.

Su cuerpo se detuvo en seco. Debió percibir que el mundo hubiera pulsado pausa solo para él. Noté cómo se le tensaba la mandíbula, cómo sus ojos azul zafiro se clavaban primero en mí, después en Leo… y luego regresaban a mí como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Pero lo estaba viendo y era innegable que nada volvería a ser igual.

La carpeta que llevaba entre las manos estuvo a punto de resbalar de ellas. Los directivos siguieron hablando un par de segundos hasta que uno de ellos notó su ausencia y guardó silencio, confundido. Pero Ethan ya no escuchaba nada. Yo tampoco.

Sentí que las piernas me temblaban más de lo que deseaba que se notase y Leo, ajeno a la tormenta emocional que acababa de desatarse entre su padre y yo, alzó la vista hacia él con naturalidad, como si solo fuera otro adulto más en un edificio cualquiera. Pero no lo era. Nadie dijo nada. Nadie se movió. Nadie respiró más que el resto.

Durante un instante que se tornó eterno, solo existimos los tres: el hombre que me rompió el corazón, el niño que me lo reconstruyó… y la verdad suspendida en el aire, a punto de caer sobre todos nosotros.

Capítulo 5

Cuando Ethan levantó la mirada y nos vio allí a los tres, el mundo pareció detenerse. Él ya no era el CEO poderoso caminando con dos directivos: era un hombre convertido en piedra, sin poder articular palabra y sin respiración. Olivia dio un paso atrás, como si el impacto le hubiese caído encima también de golpe, y después, enmudecida, se giró y desapareció camino de la calle.

Fue tan rápido que ni siquiera pude acertar a detenerla. Tal vez tampoco debía. Su padre no lo hizo igualmente.

Ethan dio un paso hacia nosotros, poco más que un avance mínimo, pero lo suficiente para dejarme ver el temblor que igualmente llevaba escondido detrás de su camisa perfectamente planchada.

—Sara… —murmuró, con una voz que no recordaba. Más grave. Más rota. Más traicionada por el inevitable paso del tiempo.

Tragué saliva y bajé la mirada hacia Leo, que observaba la escena sin comprender absolutamente nada. Bendita inocencia la suya.

—Necesito hablar contigo —le contesté, manteniendo la voz firme, aunque el corazón me latía a velocidad máxima.

Él asintió una sola vez, como si su cabeza fuera demasiado pesada para moverse más. Cuando miró a Leo, su expresión cambió de un modo tan radical que sentí que debía apartarme; no porque me fuese a hacer ningún daño físico, sino porque la intensidad de esa mirada resultó demasiado afilada hasta para mí, que me lo esperaba todo de él.

—¿Podría alguien quedarse con el niño mientras hablamos? —le pregunté a la recepcionista, que ya nos observaba con los ojos como platos. Y no era para menos.

—Sí, claro, por supuesto… —balbuceó, acercándose dubitativa por la situación.

Me agaché frente a Leo.

—Voy a hablar un momento con este señor, ¿vale? Quédate con esta chica. No tardaré mucho. Te lo prometo.

Él asintió despacio. Estaba cansado. Agotado en realidad, lo que se continuaba reflejando en sus ojeras.

Cuando me incorporé, noté el peso del mundo cayéndome sobre los hombros.

—Vamos a donde podamos conversar a solas—le pedí a Ethan.

Él abrió paso hacia un despacho acristalado. No hizo por subir al suyo. Usó uno intermedio. Quizás porque sabía que su despacho (ese en el que me besó, ese donde me rompió la vida en dos mitades) resultaría demasiado crudo.

Cuando la puerta se cerró, un silencio denso ocupó el espacio que nos separaba. Ethan dio un paso hacia mí, pero se detuvo. Como si acercarse demasiado pudiera desencadenar algo irreversible.

Los años no habían hecho mella en su atractivo ni en su elegancia, de esa que no se aprende: hombros anchos, porte seguro y contundente y una manera de caminar que decía mucho más de él que cualquier presentación. El cabello oscuro, ligeramente rebelde, enmarcaba un rostro anguloso donde destacaban sus ojos azul zafiro, intensos hasta provocar vértigo, capaces de analizarlo todo con una precisión quirúrgica. Había algo en esa mirada que exhalaba control enmarcado en su fachada de CEO.

—No puedo creerlo —susurró—. No puedo…

Parpadeó varias veces, sin lograr apartar de su mente la imagen del niño. Obvio que no se le fue por alto lo que era evidente.

—Tengo un hijo —soltó finalmente, como si necesitara escucharlo en voz alta para poder asimilarlo—. Tengo un hijo y no lo supe. Tú… no me dejaste saberlo.

Me eché a reír. La mía fue una risa amarga, afilada, de esas que se clavan en la garganta y no te permiten terminar de soltarlas.

—¿Tú me estás reprochando algo a mí? —le pregunté con total sarcasmo —. ¿Tú?

Él apretó la mandíbula. No por ira, sino por dolor.

—Sara, ¿qué tienes en mi contra? —me preguntó con supuesta incredulidad—. Un día simplemente… desapareciste. Nunca entendí por qué. Nunca.

Yo abrí tanto los ojos que temí convertirme en una caricatura. No daba crédito.

—¿Que nunca entendiste? No me hagas reír, por favor. ¿De verdad vas a sentarte ahí y fingir que no sabes por qué me fui?

—No lo sé —carraspeó él, y me dieron ganas de estrangularlo porque lo peor era que, ciertamente, parecía no saberlo. No estaba haciendo ningún paripé.

Un chorro helado de rabia me recorrió entera.

—Te lo recuerdo yo, si quieres. Mira, no iba a hacerlo, pero ya que me pones en esta tesitura… Entré en tu despacho un día, hace once años. Una niña lloraba en tus brazos. Tu hija Olivia. Pidiéndote que no dejaras a su madre. Y tú… —mi voz tembló, pero no de tristeza, sino de indignación— tú le prometiste que nunca lo harías. Que jamás la dejarías. Y ahí se acabó todo. Para mí. Para nosotros. Para lo que fuera aquello. Para todo lo que me habías prometido en nombre de que tu matrimonio estaba acabado. Y no. Todo fue una pantomima para llevarme a la cama. Lo supe de golpe. Entiendo que no

quisieras hacerle daño a tu hija. Ahora soy madre y lo entiendo mejor que nunca. Pero hubiéramos encontrado la manera si tú hubieses querido, que no fue el caso.

La expresión de Ethan no cambió de inmediato. Más bien fue como ver una grieta extenderse en una pieza de mármol. Al principio casi imperceptible, y luego imposible de ignorar. Lo había pillado con el carrito de los helados. Y claro, eso no le gusta a nadie.

—No te vi —dijo al fin, como si el aire se hubiera vuelto demasiado denso para respirarlo—. No supe que estabas allí. Nadie me dijo que entraste. No sabía que lo escuchaste. Joder, Sara…

Cerró los ojos un instante, apretando los dedos contra las sienes, como si pretendiese martirizarse por ello.

—Debí buscarte —admitió, con una honestidad que no podía permitirme el lujo de que me afectara—. Debí buscarte hasta debajo de las piedras.

Me eché hacia atrás, como si sus palabras pudieran quemarme. Como si de su boca saliera auténtico fuego devastador.

—Por favor —bufé—. No me vengas con arrepentimientos tardíos. No me hagas reír, Ethan. Sé muy bien lo que escuché y no estoy dispuesta a que me des coba. Solo faltaba.

Mis manos temblaban. No quería que se notase, pero él lo captó igual. Siempre captaba esas cosas. O las captaba antes. Ya no lo conocía.

—No vengo aquí a cambiar el pasado —continué—. No me interesa si estabas casado, si no lo estabas, si eras feliz, si eras infeliz o en qué clase de miserable te convertiste. No me importa tu vida. No me importa tu familia. No me importa tu hija. No me importas tú. Lo único que me importa es Leo.

Ethan levantó la cabeza. Le dolió. Lo vi. Pero yo estaba demasiado rota como para suavizar lo que me había corroído por dentro durante once largos años.

—Entonces… ¿por qué has vuelto? —preguntó, con una voz que parecía estar hecha de cristales rotos.

Respiré hondo. Muy hondo. Y la verdad salió de mi boca, cruda, sencilla y directa.

—Porque necesito un favor. No para mí, sino para el pequeño.

Él no dijo nada, pero se tensó. Un músculo de su cuello palpitó de una manera involuntaria.

—Leo está enfermo —le expliqué—. Tiene un síndrome mielodisplásico. Su médula está fallando. Necesita un trasplante o podría desembocar en leucemia. Y ningún miembro de mi familia es compatible, lo mismo que yo.

Vi cómo Ethan retrocedía un milímetro, como si hubiera recibido un impacto físico. Sus ojos se empañaron de un modo tan brutal que tuve que apartar la mirada para que aquello que le asaltaba no me contagiase.

—¿Y… yo? —preguntó en un susurro que parecía no pertenecerle.

—Tú eres su padre —le respondí sin rodeos—. Su padre biológico, no te hagas más ilusiones, pero al fin y al cabo, familia directa. Puede que seas compatible. Puede que seas su única oportunidad. Por eso he vuelto. Ahora ya lo sabes.

Y entonces, ocurrió algo que jamás habría imaginado ver en él. Su respiración se rompió, se quebró, se desplomó.

No se derrumbó. De sus ojos no salió un mar de lágrimas. Pero el hombre que tenía delante ya no era el CEO poderoso que un día conocí, tampoco el amante prohibido que un día decidió joderme a lo grande. Era un padre que acababa de descubrir que tuvo un hijo durante once años sin saberlo. Un padre enfrentándose a la posibilidad de perderlo antes siquiera de conocerlo.

—Me someteré a esas pruebas —me respondió sin titubear—. A todas las que hagan falta. Hoy mismo si es posible.

Yo asentí, tragándome la oleada de emociones que amenazó con reflejarse en mi afligido rostro.

—Gracias —musité sin adornos—. Pero todavía debes saber algo más.

Él levantó la mirada, esperando un nuevo golpe que encajar. Y sí, iba de camino.

—No quiero que vuelvas a hablar de lo que pasó entre nosotros —le exigí con una firmeza que me sorprendió incluso a mí—. No quiero explicaciones ni disculpas. Hazte a la idea de que no compartimos un pasado. No quiero nada. Hazme este favor. Solo ayuda a Leo. Y después… desaparece de su vida otra vez. Nunca te ha necesitado y así seguirá siendo.

Una sombra cruzó su expresión. No era orgullo ni tampoco era ira. Era algo más profundo. Algo parecido a dolor… o resignación.

—Pero… —susurró consternado.

—Nada de "peros". Ayuda a tu hijo y luego sigue viviendo tu vida al margen de ambos.

Giré sobre mis talones y encaré la puerta porque, si seguía un segundo más dentro de esa habitación, iba a romperme.

Pero antes de salir, escuché su voz detrás de mí. Una voz baja que casi me sonó a ruego.

—Sara… gracias por traerlo. Gracias por no rendirte con él.

No le respondí. No podía. No quería.

El pasillo me recibió con un silencio espeso. Al fondo, Leo jugaba con la recepcionista, moviendo una figurita de plástico que debieron encontrar en algún cajón. Cuando me vio, levantó la mano, feliz, como si llevase años sin verme.

Yo tragué saliva, clavé los pies en la moqueta, respiré hondo…

y volví a caminar hacia la vida real. Hacia mi vida real. Hacia una vida que escocía. Hacia la vida en la que mi hijo necesitaba salvarse. Hacia la vida en la que ese hombre, el mismo que me destrozó por dentro, podría ser la única persona capaz de darle un futuro a Leo que yo sola no podía ofrecerle.

Y lo peor, o lo mejor, es que él ya lo sabía.

Capítulo 6

Desperté con un nudo en la garganta y con la sensación amarga de no haber dormido realmente, tan solo de haberme quedado adormecida. Cuando te enfrentas a un problema así, el cuerpo descansa, pero la mente… La mente seguía en aquella sala acristalada, con Olivia mirando a Leo como si acabase de encontrar la pieza perdida de un puzle que llevaba años sin resolver. Y Ethan… Ethan con esa expresión que parecía detenida en el tiempo, como si el mundo hubiese dejado de girar un segundo solo para él.

Me incorporé despacio para no correr el riesgo de marearme y vi a Leo dormido de lado, respirando con esa cadencia dulce que se convertía para mí en serena melodía. Le acaricié el pelo.

—Buenos días, campeón —le susurré.

Abrió sus azules ojos muy lentamente, todavía atrapado en esa frontera tibia que delimita sueño y realidad.

—Mamá… ¿hoy vamos al hospital?

Asentí.

—Sí, cariño. Hoy toca. Pero antes vamos a desayunar y coger fuerzas, ¿te parece buena idea?

Leo asintió con una sensatez que me rompía por dentro y se abrazó a mí unos segundos, como si quisiera coger valor pegado a mi pecho. Al pecho que llevaba toda la vida aferrado.

Nos vestimos sin prisa. Bueno, sin prisa aparente. Por dentro yo me dividía en un sinfín de sensaciones apresuradas. Cuando bajamos al comedor del hotel, el olor a tostadas y café me invadió gratamente. Por un instante quise ser otra mujer, una que bajaba a desayunar con su hijo como cualquier familia normal en un día de vacaciones. Pero no era nuestro caso, aunque así me habría gustado.

Nos sentamos junto a la ventana. Leo se sirvió leche con cereales, aunque apenas probó un par de cucharadas porque el apetito no le acompañaba. Yo pedí café. Necesitaba algo caliente que me sujetara por dentro.

Fue entonces cuando él lo preguntó.

—Mamá… —murmuró mientras movía la cucharilla dentro de su cuenco —. ¿Quién era ese hombre al que visitamos ayer? Ese que se quedó mirándonos como si te conociera mucho…

Respiré hondo. Sabía que tarde o temprano llegaría ese momento. Mi hijo siempre fue muy observador.

—Es alguien que puede ayudarnos y que lo va a intentar —le respondí con fingida naturalidad.

Leo ladeó la cabeza, como si desconfiase de mis palabras.

—Pero parecía como… como si te conociera de antes. Y él me miró como raro.

Qué perspicaz podía llegar a ser mi niño. Caramba.

—Cariño… —tomé su mano entre las mías—. Ese hombre es importante para lo que hemos venido a hacer aquí. Pero no tienes por qué preocuparte. Tú limítate a decirles a los médicos cómo te sientes, a ser valiente, y a dejar que ellos hagan su trabajo. ¿Vale?

Leo entrecerró los ojos, como si no terminara de creerme.

—¿Y por qué no me dices quién es? —insistió.

Me quedé en silencio. Odiaba mentirle, pero tampoco podía soltar una verdad que quizá lo desestabilizara antes de entrar en un hospital.

—Porque… ahora mismo no es necesario. Cuando lo sea, te lo diré.

Él asintió, aunque no parecía del todo convencido. Y yo tuve que conformarme con eso. Al menos, dejó a un lado el tema.

Pedimos un taxi al salir del hotel. Leo llevaba agarrado su muñeco favorito, aquel oso que, aunque ya no era tan niño para él, seguía funcionando como ancla emocional en los días malos. O como amuleto en los días peores. El trayecto fue relativamente corto. A medida que nos acercábamos al hospital, sentí cómo se me tensaba todo el cuerpo.

El edificio era enorme, moderno, con varios accesos. Conocía sus instalaciones por Internet, pero estar allí, imponía. Entramos por el ala de Pediatría, donde ya nos esperaban. La secretaria nos indicó a dónde debíamos dirigirnos, y apenas dimos unos pasos cuando escuché detrás de mí una voz grave pero extrañamente contenida.

—Sara.

Me giré.

Ethan estaba allí.

Traje gris oscuro, más que elegante, expresión tensa, y esos ojos azul zafiro que intentaban mantenerse estables, aunque sabía que por dentro debía estar viviendo su propio terremoto. No era para menos. Finalmente, se vio salpicado en todo aquello, de la noche a la mañana. Miró a Leo con una mezcla tan compleja que casi me mareó: ternura, desconcierto, dolor, y un reconocimiento instintivo que ningún análisis HLA (que es como se llama al análisis de antígenos leucocitarios humanos que determina la compatibilidad) podría igualar.

Leo se sujetó a mi brazo, temeroso.

—Hola… —le dijo Ethan, tratando de modular la voz y bajando a su altura —. ¿Dormiste bien?

Mi hijo asintió tímidamente.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Leo.

Ethan tragó saliva.

—Claro. Si os parece bien…

Dijo eso mirándome a mí, no al niño. Yo asentí sin palabras. Una tregua silenciosa, fría, pero necesaria. Una tregua que podía preceder a una noticia de lo más esperada.

Nos guiaron a una sala de espera pequeña. Encontramos dibujos en las paredes, una pecera, y un par de sillones cómodos de llamativos tonos. Leo se sentó a colorear en un cuaderno que sacó de su mochila. Ethan lo miraba de forma casi hipnótica, como si todavía no pudiera creer que la vida le había presentado a un hijo de diez años sin previo aviso. Sus manos permanecían entrelazadas con una tensión que me hacía daño solo de observar.

No podía evitar preguntarme si su esposa ya estaría al tanto de la existencia de Leo o si se lo habría ocultado, junto con el hecho de lo que fue a hacer al hospital aquella mañana. Por supuesto que no pensaba preguntarle nada, por orgullo y coherencia. Si le dije que su vida me importaba un rábano, debía mantenerme en mis trece.

Leo levantó la vista.

—Mamá, ¿cuánto falta?

—Nada, cariño. Ya van a llamarnos. Ten un poco de paciencia.

Fue en ese momento cuando la doctora apareció, cruzando el umbral de la puerta. Una mujer de unos cincuenta, amable, con la bata ligeramente arrugada por una mañana que debía ser agotadora.

—¿Sara Montalbán?

—Sí, soy yo —me levanté rauda—. Y este es mi hijo Leo.

—Bien. Vamos a hacerle a Leo la extracción para el estudio de compatibilidad. Después necesitaremos tomar también la muestra del señor… —bajó la mirada a la hoja para comprobar sus datos—. Blackwood.

Leo miró a Ethan y luego a mí.

—¿Por qué él también?

La doctora sonrió.

—Porque necesitamos comparar muchas cosas para entender cómo funciona tu médula. Es como hacer un puzle —le explicó—. Miramos tus fichas y las fichas de otras personas para ver si encajan. Y si lo hacen, ¡lo celebramos!

Leo pareció entenderlo a su manera. Apretó mi mano y dio un paso al frente.

Entramos. La habitación donde le harían la extracción estaba decorada con vinilos infantiles para evitar la angustia de esos momentos. Aun así, la parte técnica no dejaba de ser la de cualquier hospital: bandejas metálicas, tubos de colores, agujas por doquier… Todo eso con lo que estaba tan familiarizada por mi trabajo y que, sin embargo, en aquellas circunstancias me causaba pavor y rechazo.

Leo se sentó en la camilla, ya era todo un veterano. Yo me puse a su lado. Ethan se quedó un paso atrás, como si no quisiera invadir un territorio que había perdido hacía once años sin saberlo.

—¿Me va a doler? —preguntó Leo un tanto ansioso.

—Un poquito nada más —respondió la doctora—. Como un pellizco rápido. Y luego se pasa. Te lo prometo.

Mi niño cerró los ojos mientras le colocaban el torniquete. Yo sostuve su mano. Él apretó fuerte. Y entonces, de reojo, vi a Ethan tragar saliva y desviar la mirada. Quizás el hombre acostumbrado a dirigir una empresa enorme no estaba preparado para ver a un niño que acababa de descubrir que era suyo soportar aquel proceso. O quizás estaba deseando que todo aquello pasase

para continuar con su ajetreada vida de CEO poderoso. No, en honor a la verdad, no era eso lo que reflejaban sus azules ojos.

Cuando terminó, Leo soltó un suspirito.

—He sido valiente, ¿a que sí, mamá? —me preguntó.

—Muchísimo, campeón —le respondí, besándole la sudorosa frente.

—Ahora es tu turno, señor Blackwood —indicó la doctora.

Ethan asintió. Se acercó, se arremangó sin decir nada y mostró su brazo musculado. La doctora repitió el procedimiento: desinfectar, colocar el torniquete, buscar la vena, insertar la aguja... Él no se movió ni tampoco mostró el más mínimo gesto de dolor. Pero sí miró a Leo durante todo el proceso, como si quisiera demostrarle algo sin palabras.

Cuando por fin terminó, la doctora dejó las muestras etiquetadas en una bandeja.

—Bien. Esto es un estudio HLA completo —explicó—. No es una prueba inmediata, ojalá lo fuese. No funciona como un análisis básico. Debemos procesarlo, compararlo, confirmar coincidencias. Puede tardar entre tres y cinco días. A veces un poco más.

Ya lo sabía por nuestras anteriores pruebas y, aun así, sentí que algo dentro de mí se aflojaba. La tensión que había acumulado no encontraba salida.

—¿Nos avisarán? —le pregunté en tono suplicante.

—Por supuesto. En cuanto tengamos el resultado, llamaremos al móvil que dejó en la ficha. No tema por eso.

Leo suspiró. Ethan también. Yo cerré los ojos un segundo y rogué al universo que, en aquella ocasión en la que estaba gastando mi última bala, me mirase con ojos de piedad. Teníamos que esperar unos minutos a que nos diesen copia de ciertos documentos ya firmados.

Salimos de la consulta y volvimos a la sala de espera. Leo estaba cansado, así que se tumbó en el sillón largo, con la cabeza apoyada sobre mis piernas. Yo le acariciaba el pelo mientras la calma tensa entre Ethan y yo llenaba toda la habitación.

Él se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, observándonos. Cada cierto tiempo, sus ojos caían sobre Leo con un desconcierto tan grande que me agobiaba.

Finalmente, habló.

—No puedo dejar de pensar… —murmuró— que durante once años tuve un hijo y no lo supe.

No respondí. No quería empezar otra guerra allí mismo después de lo claro que le dejé que no quería nada más que aquella ayuda puntual por su parte.

—Y tampoco dejo de pensar… —continuó— que tú pasaste por todo esto sola.

Mi pecho se contrajo. Aparté la mirada para no parecer condescendiente.

—No lo hice por gusto, Ethan. Lo hice por necesidad.

—Ya lo sé… —murmuró.

Leo se movió un poco y se giró hacia mí, adormilado.

—Mamá… ¿ya está todo? ¿Cuándo nos vamos?

—Enseguida, mi amor.

Él volvió a cerrar los ojos.

Entonces, algo inesperado ocurrió: Ethan se agachó lentamente y, con cuidado, acomodó la manta del hospital sobre Leo para que no cogiera frío. Luego se quedó así, arrodillado un segundo, mirándolo en silencio, complacido. Su expresión… no sabría describirla. No era de sorpresa. No era

de felicidad. Indicaba algo más profundo. Algo que solo quien descubre de golpe que tiene un hijo podría sentir.

Se incorporó despacio, como si pretendiese que el peque no se sobresaltase.

—Si hubiera sabido… —susurró.

—Pero no lo sabías —le respondí con firmeza—. Y aunque lo hubieras sabido, no sé si habría cambiado algo. Tu vida era otra. Tu mundo era otro. Yo solo era… un paréntesis. Un jodido y divertido paréntesis.

Ethan frunció ligeramente el ceño.

—Nunca fuiste un paréntesis.

Me removí incómoda. No quería entrar en ese terreno. No lo aceptaba. No estaba dispuesta.

—No importa ahora —zanjé el asunto—. Lo único que importa es Leo y que se ponga bien. Lo demás, me la trae al pairo.

Él asintió, bajando la mirada.

—Voy a estar disponible —me aseguró—. Para lo que necesitéis. Si tenéis que volver mañana, o pasado, o los días que sean… Voy a estar aquí.

Quise creerle. No estaba segura. Pero quise creerle porque me sentía muy sola.

—Está bien. Lo tendré en cuenta, gracias.

Nos quedamos en silencio. La doctora se asomó por la puerta.

—Aquí tenéis copia de los documentos que también os enviaremos por correo. Ya hemos terminado por hoy.

Cogí la mochila de Leo y lo ayudé a incorporarse. Ethan sujetó la puerta para que saliéramos. No añadió nada más. Pero sus ojos… sus ojos hablaban

solos. Se ofreció a llevarnos al hotel y me negué, despidiéndole con un "adiós" apenas audible.

Cuando salimos al frío de la calle, Leo me tomó de la mano.

—Mamá… ¿ese hombre va a ayudarnos? —insistió.

Lo miré.

—Sí, cariño. Va a ayudarnos. No te preocupes por nada.

No añadí que hacerlo implicaría alterar nuestras vidas. Ni que durante unos días viviríamos con el corazón en pausa. Ni que ver a Ethan arrodillarse junto a Leo fue una imagen que me acompañaría para siempre, por mucho que quisiera negármelo a mí misma.

Solo apreté la mano de mi hijo.

—Vamos al hotel, campeón. Ya hiciste suficiente por hoy. Me siento muy orgullosa de ti.

Y mientras caminábamos hacia el taxi, pensé por primera vez en algo que no había permitido que asomara hasta ese instante:

¿Qué iba a hacer yo si el resultado arrojaba el dato de que no eran compatibles?

Capítulo 7

El teléfono no sonó el primer día, como era de esperar. Tampoco el segundo ni el tercero.

Ese silencio tenía una textura rara, como si se pudiera tocar: espeso, frío y lleno de matices que no quería pensar. Cada vez que el móvil sonaba por una notificación de cualquier estilo, un correo automático o un mensaje de mi familia preguntando cómo iban las cosas, el corazón se me subía a la garganta como un ascensor sin frenos para luego caer en picado cuando comprobaba que la llamada no era del hospital.

Muchas veces me refugiaba en las conversaciones con mi hermana cuando Leo dormía o en las videollamadas que hacíamos con Samuel, a quien quizás no me haya referido hasta ahora.

Samuel era mi mejor amigo en Madrid, un compañero de la universidad con quien volví a coincidir tras mi regreso de Washington al trabajar ambos en el mismo hospital. Él fue quien me metió el gusanillo de la Ginecología en el cuerpo. Para mi hijo era como un tío y para mí… Para mí fue un salvavidas. Siempre le decía que era el hombre perfecto para casarme, entre bromas, y él me contestaba que "casi", si omitíamos el pequeño detalle de que era gay hasta el tuétano.

En fin, que pese a que me encontraba muy mal, había un niño que necesitaba vida normal, aunque fuera prestada. Y solo le pedía al universo que no le privase de la posibilidad de vivirla.

Por eso, en aquellos días, decidí que no pensaba dejarlo encerrado en la habitación del hotel mirando dibujos animados. La primera vez que le ofrecí salir, al día siguiente de las pruebas, se mostró desganado.

—¿Te apetece que salgamos un rato, campeón? —le pregunté mientras él se ponía lentamente las zapatillas, como si cada gesto le costara el doble.

—¿A dónde? —preguntó apagado, aunque con una chispa de curiosidad en sus ojos.

—He visto un parque a dos calles. Tiene columpios. Y un tobogán que parece chulo. Podemos ir a probarlo, a ver si le das el visto bueno.

Eso le sacó una sonrisita leve.

—Vale. Pero si me canso, volvemos. Que, como dice la abuela, no estoy para muchos trotes.

—¿Eso te ha dicho la abuela?

Me extrañaba, mi madre era una mujer muy cauta.

—No, pero escuché cómo se lo comentaba a la tía Tania. Soy pequeño, no sordo.

Me hizo sonreír con toda la amplitud. Siempre lo conseguía.

Nos abrigamos bien. El frío de Washington era distinto al de España: más seco, más serio, como si te examinara al pasar por la calle. Leo caminaba a mi lado con su anorak verde, demasiado grande para él desde hacía meses. Ya nada le quedaba como antes. No rellenaba la ropa.

El parque era pequeño pero se sentía agradable: columpios, césped, bancos y un par de familias con niños que jugaban sin parar. Leo lo examinó todo durante unos segundos, calibrando si tenía fuerzas dentro de su pequeño medidor interno invisible.

—Puedes subir si quieres —le animé a hacerlo.

—Es que… me canso rápido.

—No estás aquí para hacer flexiones. Solo para disfrutar un ratito. Si te apetece, claro —insistí, era mi deber como madre.

Se lo pensó un instante y finalmente caminó hacia el columpio. Se sentó despacito, con una delicadeza que me rompió el alma, y empezó a balancearse con los pies, poco a poco. Nada que ver con el Leo que, meses atrás, gritaba "¡más alto, mamá!" y que se enfurruñaba cuando no le hacía caso. Pero verlo moverse un pelín ya era ganar una batalla.

Yo me senté en un banco. Fingí mirar el móvil, pero mis ojos no se despegaban de él.

A los diez minutos regresó, un tanto fatigado.

—¿Crees que me voy a curar? —me preguntó sin anestesia, sin rodeos, sin filtro. Me lo preguntó como tantas veces. Se trataba de la pregunta del millón. Siempre volvía, como un eco inevitable.

—Creo que estamos haciendo todo lo posible para que te cures —le respondí despacio, incapaz de engañarle con una certeza ficticia—. Y eso ya es muchísimo.

—¿Pero lo crees… de verdad? Porque si tú no lo crees, yo tampoco, mamá —aseveró enarcando una ceja. Sabía más que los ratones colorados.

Ahí estuvo a punto de quebrarse algo dentro de mí, pero respiré hondo y asentí. Tenía que mostrarme como una vara de mimbre de esas que se doblan en vez de partirse.

—Sí, Leo. Lo creo de verdad. Y mientras tú luches, yo voy a mover montañas para ayudarte. Te lo prometo.

Él apoyó la cabeza en mi hombro. Ese gesto, tan simple, me sostuvo mejor que cualquier frase alentadora.

Al segundo día, intenté repetir la rutina. El parque, un paseo corto con una charla animada, una visita a la cafetería cercana donde hacían unos *muffins* de

chocolate que llamaban su atención... Esta vez, sin embargo, se mostró más cansado. Caminaba despacio, casi arrastrando los pies, como si de ellos pendiera una bola pesada.

En la cafetería, se quedó mirando la vitrina de dulces.

—No tengo hambre… —murmuró.

—No pasa nada, amor. Solo estamos aquí para respirar un poco otro aire. Pero si te entra de repente, te pido uno, aunque sea para compartir.

Nos sentamos junto al ventanal. Él apoyó la frente en el cristal frío, viendo pasar los coches.

—¿Y si no funciona? —preguntó de pronto como si tuviese el juicio de una persona mayor.

—¿El qué?

—La cosa esa… del señor de los ojos azules. La prueba que le han hecho.

Se refería a Ethan. Daba igual no haberle dicho nada: los niños siempre notan más de lo que deberían.

—A veces las cosas no salen a la primera —le respondí—. Pero eso no quiere decir que no vayamos a encontrar la manera. Nunca dejaremos de buscarla. Palabra.

—¿Y si mi médula se rompe más?

Sentí el golpe seco en el estómago, como si se me hubiese roto a mí también.

—Para eso estamos aquí, Leo. Para evitar eso. Para buscarle solución. No dejaré que vaya a más.

Él se quedó en silencio unos segundos. Luego deslizó su mano hacia la mía.

—Choca esos cinco, mamá. Te creo.

Me mordí el labio para no dejar que las lágrimas recorriesen mis mejillas.

El tercer día amaneció nublado, con la luz gris entrando por el ventanal del hotel. Leo se mostraba más animado, quizás porque su cuerpo tenía esos pequeños repuntes que tanto agradecía.

—¿Hoy también vamos a salir? —me preguntó, todavía despeinado.

—Si te apetece, sí. Yo estoy dispuesta.

Fuimos otra vez al parque. Esta vez se sentó directamente en el césped, mirando cómo otros niños jugaban a la pelota. Aunque me hubiese gustado, no se unió, pero se quedó observándolos con un gesto tranquilo que no le veía desde hacía mucho.

—¿Ellos también van al médico? —me preguntó.

—Todos vamos al médico, cariño.

—¿Y tú crees que cuando me cure… podré correr como ellos?

Me arrodillé frente a él.

—Creo que podrás hacer muchísimas cosas que ni imaginas. Pero, paso a paso. Hoy toca respirar un poquito. Y esperar. Y cada día las cosas irán a mejor.

—Esperar —repitió él.

Esa palabra flotaba en todo lo que hacíamos: esperar.

Esperar la llamada. Esperar el resultado. Esperar que la vida fuese justa por una vez con un niño que apenas había empezado a saborearla.

Cuando volvimos al hotel, Leo estaba agotado. Se tumbó en la cama con la manta hasta la barbilla.

—¿Crees que llamarán hoy? —me preguntó con voz somnolienta.

—Puede que sí. Puede que no. Pero cuando llamen, lo sabremos juntos. Todo lo hacemos siempre juntos.

—Mamá… —murmuró en un tono que me escamó.

—Dime.

—Me da miedo.

Se me partió algo dentro. No lo pude remediar.

—A mí también, Leo. Pero no pasa nada por tener miedo. Lo importante es que no estamos solos. Y que juntos, venceremos ese miedo.

Él cerró los ojos y se durmió en cuestión de segundos.

Me quedé mirando el móvil, apoyado en la mesita de noche, como si fuese un juez capaz de dictar nuestra sentencia. Tres días. Tres eternos días.

Y lo peor era que aún podían faltar otros dos. O incluso más, porque esos plazos a veces se demoraban.

Pero tenía que aguantar el tipo. Tenía que fingir normalidad para él aunque por dentro fuera un manojo de nervios.

Respiré hondo, acomodé la manta sobre su cuerpo frágil y delgado, y murmuré en silencio:

“Que sea él. Por favor, que Ethan sea el donante.”

Los días siguientes se volvieron una mezcla extraña de rutina forzada y agotamiento silencioso. El teléfono seguía sin sonar y me sentía al borde de mis fuerzas. Cada hora que pasaba sin noticias del hospital añadía otra piedra a la mochila imaginaria que portaba sobre mis hombros. Dormía poco. Comía menos. Y aunque intentaba parecer estable, mi cuerpo empezaba a pedir a gritos un auxilio que nadie me podía prestar.

Leo, siempre atento a las señales, siempre demasiado maduro para sus diez años, me observaba con ojos grandes, como leyendo un libro que no quería que entendiera.

—Mamá… ¿estás bien? —me preguntó la tarde del cuarto día, mientras yo intentaba mantenerme despierta en la cama.

—Sí, cariño. Solo estoy un poquito cansada. Pero estoy bien.

—¿Por qué no te acuestas? —insistió él.

Porque si me acostaba, sentía que iba a derrumbarme del todo, por eso no lo hacía. Porque cada vez que cerraba los ojos veía la expresión "resultado negativo" escrita en el dorso de mis párpados.

—Estoy bien —le mentí con una sonrisa que probablemente no logró engañarle.

Leo asintió, pero nada convencido. Luego se tumbó a mi lado, apoyando la cabeza sobre mi brazo como si temiera que, si dejaba de tocarme, yo pudiera desaparecer. Cuando lo único que debía hacerlo era su enfermedad.

Esa noche, Ethan llamó. Desde el día del hospital, me telefoneaba una vez al día para saber cómo nos encontrábamos. Solía contestarle respecto al niño y nada en lo referente a mi persona.

Respondí en voz baja para no despertar a Leo, que dormía colocado de lado, con las manos bajo la mejilla como hacía cuando era un bebé sano y rollizo.

—Dime —susurré.

—¿Alguna novedad? —preguntó Ethan, con esa voz grave y contenida.

—No. Nada. Siguen sin llamar. Es un verdadero suplicio.

—¿Cómo está Leo?

—Cansado. Pero bien. Dentro de lo que cabe.

—¿Y tú?

Me senté en el borde de la cama, porque el simple sonido de esa pregunta me hizo sentir más pesada aún. No podía soportarlo, pero tampoco quise ser borde.

—Estoy bien —mentí otra vez—. No te preocupes por mí.

—Me preocupo igual —respondió él, con un tono que preferí no interpretar.

—Buenas noches, Ethan —le paré en seco.

—Buenas noches, Sara.

Colgué.

Y el silencio volvió a caer sobre la habitación como una manta húmeda.

El quinto día fue peor. Mis piernas temblaban sin motivo. La presión me estaba pudiendo. Me mareé al levantarme. El cansancio se había convertido en mi peor enemigo. Por mucho que intentaba beber agua, comer algo, descansar… nada parecía suficiente.

Leo jugaba en la alfombra del hotel con unas piezas de construcción que le compré para intentar que se distrajese. Me miró varias veces mientras yo me sentaba y me levantaba del sofá como si moviera toneladas.

—Mamá… —se dirigió a mí con voz bajita—. ¿Seguro que estás bien?

Me agaché para acariciarle el cabello.

—Claro que sí, mi amor. Solo estoy… cansada.

Demasiado cansada. Demasiado sobrepasada por las circunstancias.

Cuando cayó la noche, Leo se durmió enseguida. Intenté ordenar su ropa para el día siguiente, pero a mitad de doblar una camiseta sentí que el suelo se

movía bajo mis pies. Sentí como si el hotel entero hubiera decidido inclinarse hacia un lado.

Me apoyé en la pared. Respiré, o intenté hacerlo. Supe que algo no iba bien. El corazón me latía demasiado deprisa y mi visión se volvió borrosa.

"Solo estoy cansada", pensé.

Pero el pensamiento se me deshizo entre los dedos.

Me senté en la cama. Me tumbé un segundo, solo un segundo para que se me pasara. Y entonces lo vi todo oscuro. Debí hacer un ruido involuntario.

Leo se movió en la cama de al lado, abriendo los ojos.

—Mamá… —murmuró.

—Estoy bien, cariño… solo… un poco mareada…

Pero lo cierto era que no podía incorporarme. No podía ni mover los brazos ni mantener los ojos abiertos. El cansancio, ese monstruo que llevaba días creciendo en mi interior, finalmente me ganó la batalla.

Se me cerraron los ojos sin remedio. Y me desmayé.

No sé cuánto tiempo duró. Minutos, tal vez. Pero cuando abrí los ojos, la luz de la habitación era distinta. Y no estaba sola.

Leo estaba sentado en el suelo a mi lado, con el teléfono en la mano, con el rostro blanco como una sábana. Hablaba con Ethan, quien no tardó demasiado en llegar. Aún no me encontraba bien, aún seguía sin poder ordenar mis ideas, cuando llamó a la puerta y el niño le abrió.

Ethan… Ethan estaba allí.

De pie junto a la cama, respirando entrecortado, con el abrigo aún puesto y gesto de haber salido pitando al recibir la llamada.

—¿Qué…? —balbuceé mientras intentaba incorporarme porque seguía mal.

Ethan se inclinó hacia mí con una rapidez que no esperaba.

—No te muevas —me pidió, casi sin voz—. Te desmayaste y ahora tampoco es que parezcas muy lúcida.

Leo asintió desde su rincón.

—Mamá… te dormiste y no me contestabas —susurró—. Tenía miedo. Cogí tu teléfono y llamé al señor Blackwood. Le dije: "Por favor, ven corriendo, mi mamá se ha desmayado". Y ha venido muy rápido, mamá. Muy rápido. Es muy bueno. Está aquí para ayudarnos. Otra vez nos va a ayudar.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Mi hijo… mi pequeño héroe. Y Ethan… estaba realmente allí, sin alardes, sin reproches y sin distancia. Estaba allí para echarnos un cable.

—Sara —continuó él—, es evidente que no estás bien. Tienes que ir al hospital.

—No —respondí de inmediato, casi con rabia—. No puedo. Si me ingresan, Leo se queda solo. No pienso ir. Ya te lo puedes quitar de la cabeza.

Ethan frunció el ceño.

—No he dicho que te ingresen. Solo que te revisen.

—No. Ya te he dicho que no voy a ningún hospital.

Leo me tomó la mano, asustado.

—Mamá… no te vas a morir, ¿verdad?

Y ahí sí que se me partió el alma en dos. Ya no podía más.

—No, mi amor. No me voy a morir. Solo… estoy un poco flojita. Jamás te dejaré solo.

Ethan suspiró, negando con la cabeza, y se sentó en el borde del sofá al lado de la cama, quitándose el abrigo por fin.

—Está bien —añadió al fin—. No iremos al hospital si no quieres. Pero no te voy a dejar aquí sola con el niño después de lo que ha pasado. Esta noche me quedo con vosotros.

Abrí la boca para responder, pero él levantó una mano.

—No es negociable, Sara.

Miré a Leo. Tenía lágrimas en los ojos y un miedo tan claro que me dolió el alma al verlo así.

—Está bien —cedí al fin—. Quédate. Pero solo esta noche.

Actuaba de un modo que daba a entender que no le debía explicaciones a nadie, pero yo seguía sin querer saber nada de su vida privada. ¿Se habría divorciado al fin? ¿Lo haría cuando Olivia se convirtió en una mujer?

Ethan asintió, aliviado de una forma que me habría sorprendido si no llevara días descubriendo partes de él que nunca imaginé que me mostraría.

Acomodó a Leo en su cama, le tapó con la manta, le dio un vaso de agua y, para mi estupefacción, también un beso en la frente. Luego se instaló en el sofá de la habitación, incómodo pero decidido, como si fuera el guardaespaldas improvisado de un par de personas que trastocaban su cuadriculado mundo de poderoso CEO:

Por mi parte, me quedé tumbada, respirando despacio, sintiendo el peso de la escena más real de nuestra historia: ese hombre que un día me partió el corazón, ahora sentado a unos cuantos metros, vigilándonos sin pedir permiso.

Leo, ya medio dormido, murmuró:

—Gracias por venir…

Ethan cerró los ojos un segundo.

—Siempre vendré si tú me lo pides —le respondió en voz baja.

Y, en ese momento, percibí que el silencio de la habitación no fue hostil. Fue… necesario y casi protector.

Mientras mis ojos se cerraban sin lucha esta vez, pensé que quizás, solo quizás, había cosas que empezaban a cambiar aunque yo no estuviera preparada para admitirlo. Porque no lo estaba en absoluto.

Capítulo 8

Al día siguiente, justo cuando empezaba a convencerme de que el móvil jamás volvería a sonar desde el hospital, ocurrió. Sonó a eso de la una de la tarde, justo cuando Leo y yo estábamos terminando de tomar una sopa calentita en el comedor del hotel.

El corazón me dio un vuelco tan brusco que tuve que apoyarme en la mesa.

Respondí.

—¿Sara Montalbán? —me preguntó una voz correcta, profesional.

—Sí… soy yo.

—Tenemos ya los resultados del estudio HLA de su hijo y del señor Blackwood. ¿Podrían venir hoy?

“Hoy”. La palabra me perforó el pecho.

—Sí —respondí—. Vamos de inmediato.

Llamé a Ethan sin pensarlo dos veces. No por dependencia, sino porque lo necesitaba allí tanto como necesitaba respirar. Respondió al primer tono. Parecía estar esperándolo con el mismo anhelo que yo.

—¿Ya han llamado?

—Sí. Tenemos que ir.

—Voy para allá y os recojo —dijo sin pedir más detalles.

En menos de media hora, ya estábamos todos en él: Leo mirando por la ventanilla, yo abrazando su mochila como si fuera un chaleco salvavidas y al lado de Ethan, quien conducía como si nuestra vida dependiera de su concentración.

El hospital nos recibió con ese olor clásico a desinfectante que a algunos les genera rechazo. Caminamos por el pasillo en silencio hasta la consulta. Una enfermera nos pidió que dejáramos a Leo en una sala de juegos contigua para que no escuchara lo que tenían que decirnos.

—Campeón, espera aquí —le pedí—. Enseguida volvemos.

Él asintió, confiado, ajeno al terremoto emocional que estaba a punto de asolarnos.

Entramos en el despacho. La doctora nos pidió sentarnos. Sus ojos, normalmente amables, parecían más pesados que otros días. Y entonces lo supe. Antes incluso de que ella hablara.

—Siento comunicarles —murmuró— que el estudio de compatibilidad no ha sido favorable. El señor Blackwood… no es compatible con Leo.

La frase me cayó como un martillo sobre un cristal fino. Y ese cristal era yo, que me rompí en mil pedazos.

Se me cerró la garganta. Noté cómo la sangre me zumbaba en los oídos. Ethan se quedó paralizado, como un cuerpo atrapado bajo una ola. Su mandíbula tembló un poco, lo suficiente para que yo lo notase.

Bajé la cabeza. Traté de gestionar mi respiración, pero el aire se volvió espeso.

—No… —susurré, pero no sonó a palabra. Sonó a una grieta.

—Lo siento de veras, Sara —continuó la doctora—. Sé lo que significa esta noticia…

Me cubrí la cara con las manos. Las lágrimas salieron de mis ojos sin permiso y sin pausa. Lloré como alguien que ya no puede sostenerse más tiempo en pie. Porque me sentía desfallecer.

Y Ethan se movió. No rápido ni de manera impulsiva. No desde el lugar del hombre que un día conocí años atrás. Se movió como un padre y como un ser humano roto.

Se inclinó hacia mí, dudando un segundo, y luego me envolvió con sus brazos. No era un abrazo con pretensiones de llevarme a la cama como antaño. Se trataba de un abrazo que decía: "no sé qué hacer ni qué decir, pero no quiero que lo sufras sola".

Lloré amargamente contra su pecho sin poder evitarlo. Él apretó los ojos, intentando mantenerse entero.

—Sara… —susurró—. Lo siento. Joder… lo siento muchísimo.

Me separé de él antes de que pudiera volverme débil. No podía permitírmelo. Me limpié la cara con el dorso de la mano.

—Vamos —le dije al fin—. Leo nos espera.

Cuando entramos en su sala, él estaba coloreando un dinosaurio verde. Levantó la vista hacia mí como si fuese su tabla de salvación.

—¿Qué ha pasado, mamá? ¿Ya está todo?

Tragué a medias.

—Todavía tenemos que esperar un poco más, cariño. No sabemos nada seguro. Los médicos necesitan seguir buscando —le indiqué con el corazón en un puño.

Leo aceptó la respuesta con la inocencia de quien todavía no comprende lo que significa la palabra "urgencia".

Cuando salimos del hospital, el aire frío me devolvió a la realidad. Me envolví en la bufanda intentando recomponerme.

Ethan caminó a mi lado, camino del parquin. Callado. Contenido. Hasta que habló cuando Leo se detuvo a leer un cartel y no nos escuchó.

—No quiero que os quedéis solos hoy. Venid a mi casa. Tenéis sitio.

Me reí sin humor.

—¿Tu casa? ¿Y tu esposa? ¿Qué se supone que vas a contarle? ¿Que has invitado a la mujer con la que tuviste una aventura y al hijo que no sabías que tenías? No me jodas.

Él me sostuvo la mirada, firme.

—Sara… —su voz se quebró apenas—. Un día te explicaré, cuando me lo permitas. Solo… confía en mí esta noche. No quiero que estéis solos. No así.

Quise decirle que no, que jamás, que prefería cualquier cosa a compartir un techo con él. Miré a Leo, cansado, debilitado, sin fuerzas.

Y supe que esa batalla no era la que tocaba pelear.

—No, te propongo un trato —le respondí—. Dejaré que te vuelvas a quedar con nosotros en el hotel. Solo por esta noche.

Él asintió. Y caminamos hacia el coche con un silencio que decía muchísimo más que cualquier conversación.

Tras una tarde llena de suspiros, aquella noche dormí a ratos, como una máquina que se apaga y se reinicia sola. Leo cayó rendido en cuanto se acostó, agotado por el día. Ethan se quedó sentado en el sofá, vigilante, como si temiera que algo pudiera ocurrirnos mientras él pestañeaba. Ni siquiera se echó a dormir en ningún momento.

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, sentí un peso en el pecho tan grande que tuve que sentarme para no marearme. Leo seguía dormido a mi lado. Ethan me miraba.

—He estado pensando —dijo en voz baja—. No me voy a quedar de brazos cruzados. Tiene que existir otra manera. Y te prometo que voy a

buscarla.

No respondí. No tenía fuerzas. Él se acercó un paso.

—Te llamaré en cuanto tenga algo bueno que decirte, que será pronto. Te lo prometo.

Y cumplió. Porque a media tarde sonó el teléfono.

—Sara, escucha… —su tono fue directo, no era él de marear la perdiz—. Hay una posibilidad. No sé si funcionará, pero es una opción real. Un cartucho más que tenemos que disparar.

—¿Cuál?

—Olivia.

Me quedé helada. En ningún momento pensé en ella en ese sentido.

—¿Olivia… tu hija?

—Sí. Ya es adulta y puede decidir por sí misma. Le conté la situación y… dijo que quiere hacerse las pruebas. Mañana mismo, si tú estás dispuesta.

Las emociones se me mezclaron. No sabía si agradecerle o echarme a llorar de nuevo.

—Sí —respondí—. Claro que quiero, nos vemos allí a primera hora.

—No, yo pasaré a por vosotros.

Y así lo hizo. Tras una noche complicada, cuando llegamos al hospital, Olivia ya estaba allí. Altiva, seria, hermosa y con esos ojos azul zafiro que compartía con su padre… y con Leo. No había vuelto a verla desde nuestro encuentro de días atrás.

Nos miró a los dos; a su padre y a mí. No sonrió. No se suavizó.

No me pareció ver cordialidad en ella. Sin duda, la confesión de Ethan y lo que ella misma descubrió en los ojos de Leo al conocerlo la descolocó.

—Vamos a hacerlo rápido —dijo.

La doctora nos recibió sin demora. El proceso era idéntico al que vivió Ethan unos días antes: extracción, etiquetado, documentación, protocolo… En resumidas cuentas, más de lo mismo. Olivia no hizo una sola pregunta. De su boca no salió una sola queja. Solo extendió el brazo, miró hacia la pared y dejó que todo ocurriera.

Cuando terminaron, se bajó la manga despacio. Yo me acerqué, con un nudo en la garganta.

—Gracias, Olivia —le dije con sinceridad—. De verdad… gracias.

Ella se giró despacio hacia mí. Su mirada no tenía ni una pizca de dulzura.

—No lo he hecho por ti —respondió con voz firme—. Ni por él.

Miró a Ethan, que estaba junto a la puerta. Y luego miró a Leo, que esperaba sentado en una silla con un libro entre las manos.

—Lo he hecho por ese niño. Porque él no tiene la culpa de nada.

Hizo una pausa.

—Pero a ti… a ti te odio. Os odio a los dos. Mi padre no es mejor que tú ni tú mejor que él.

El golpe fue seco y me llegó a las entrañas. Una verdad sin rodeos.

Una herida abierta en mitad del pasillo de un hospital que olía a esperanza.

Yo tragué saliva, incapaz de articular una respuesta.

—Ya sabes por qué —añadió, con los ojos brillantes de una emoción que no supe descifrar, pero que no era buena.

Y sin esperar más, se marchó. Su melena oscura se balanceó de un lado a otro mientras la perdía de vista. Ethan dio un paso hacia adelante, como si quisiera detenerla, pero se contuvo.

Yo respiré a conciencia, intentando sostenerme por fuera aunque por dentro estuviera desplomada.

La doctora se acercó.

—Tendremos los resultados en unos días —nos aseguró—. Puede que ella sí sea compatible. No perdáis la esperanza.

Asentí. Era lo único que nos quedaba en ese momento. No teníamos nada más.

Y el mundo siguió girando, aunque para mí todo estaba en pausa, suspendido entre el miedo y la posibilidad, entre la rabia y un rayo de esperanza que no sabía si atreverme a abrazar.

Olivia se marchó con paso rápido y mandíbula apretada, dejando tras de sí una atmósfera que quedó tan cargada que casi pude sentir el eco de su tensión suspendido en el aire. Ethan permaneció inmóvil, con la mirada clavada en la puerta por donde su hija se había marchado.

—Le dará vueltas —murmuró, más para sí mismo que para mí.

Yo asentí, aturdida. Lo último que necesitaba en ese momento era cargar con las emociones de medio árbol genealógico Blackwood.

Leo tiró de mi mano.

—Mamá, ¿ya nos vamos?

—Sí, cariño. Ya está todo por hoy —le aseguré.

Caminamos hacia la salida. Ethan nos siguió a un par de pasos de distancia, como si aún no supiera cuál era su lugar en aquella nueva ecuación. Cuando estuvimos fuera, él se aclaró la garganta.

—He pensado que podríamos almorzar algo, los tres. Cerca de aquí. Hay un sitio donde hacen comidas sencillas y tienen una zona de juegos para niños.

Estuve a punto de negarme por inercia. Me sentía cansada y emocionalmente drenada. Y por mis propios principios, prefería evitar cualquier situación que sonara a "vamos a parecernos vagamente a una familia". Pero cuando miré a Leo, vi cómo se sujetaba la barriga, y supe que le vendría bien tomar algo.

"Estoy sola aquí, pensé. Absolutamente sola".

Así que terminé por aceptar.

—Vale. Un rato —dije—. Para que Leo coma.

Ethan bajó ligeramente los hombros, como si no esperara que aceptara.

El restaurante estaba a tres calles. Un local luminoso, acogedor, con el inconfundible olor a pan recién hecho. A Leo le brillaron los ojos cuando vio la zona de juegos: cojines gigantes, cubos de colores y una especie de casita de madera con un tobogán pequeño.

—¿Puedo ir? —preguntó casi sin aire, pero con un cierto entusiasmo que me sonó a estreno.

—Después de comer —respondí, y me abrazó la cintura agradecido.

Nos sentamos en una mesa apartada. Elegimos bien: sopa para Leo, algo ligero para mí, y una ensalada para él. Leo engulló deprisa y se levantó, camino de la zona de juegos. Eso me gustó y hasta me permití pensar que quizás fuese una señal de buen presagio.

Durante unos minutos reinó un silencio extraño, casi incómodo entre ambos. Ethan removía su café sin probarlo, como si necesitara tener las manos ocupadas.

—Sara… —empezó, sin atreverse a levantar la vista—. Sé que no es el momento, pero quiero que entiendas que mi vida en estos años no ha sido

exactamente…

—Ethan —le corté el rollo con la voz afilada—, no.

Él frunció el ceño, sorprendido.

—Solo intento explicarte…

—Y yo intento que entiendas que no quiero saber nada —añadí con un tono bajo, pero firme—. Te estoy muy agradecida por lo que has hecho y por lo que le has pedido a Olivia, pero paso de tus explicaciones. Yo tampoco te cuento lo mal que lo pasé. No te lo cuento porque no te incumbe. Y lo tuyo tampoco me incumbe a mí. Fin de la historia.

Él apoyó los codos en la mesa, entrelazó las manos y suspiró, como si necesitara asimilar la bofetada emocional sin perder la compostura.

—Solo pretendía ser sincero —musitó.

—Y yo solo pretendo estar tranquila. No es tanto pedir, ¿verdad?

Ethan asintió, resignado.

Levantó la vista hacia Leo y en su atractivo rostro se dibujó una amplísima sonrisa. El niño miraba la casita de madera como si se tratase de un universo paralelo que tuviese que ocupar.

Lo vimos correr hacia ella entusiasmado. Y eso que no solía correr mucho últimamente. Aquello me arrancó un suspiro que no sabía que tenía dentro.

En la mirada de Ethan detecté una mezcla de ternura, de desconcierto y de una culpa silenciosa que no sabía gestionar.

—Es precioso —dijo en voz baja—. Tiene tu sonrisa… pero esos ojos…

—Sí —le interrumpí—. Ya lo sé. No hace falta que lo digas. Convivo con ellos desde que nació.

Volvió a guardar silencio. Solo se escuchaban las risas de los niños y el sonido suave de platos apilándose en la cocina.

Y aunque Ethan no volvió a intentar hablar del pasado, su mirada lo hacía por él, como si quisiera tender un puente que yo no estaba dispuesta a cruzar. En absoluto lo estaba.

Capítulo 9

Pasaron varios días y ninguno de ellos consiguió darme tregua. Cada mañana me despertaba con el corazón acelerado y me dormía, cuando lo lograba, con la sensación de que mi mente seguía despierta detrás de mis párpados, pensando y pensando en los distintos escenarios en los que pudiésemos vernos.

Los pasillos del hotel empezaron a parecerme todos iguales, como si caminara en un laberinto silencioso mientras esperaba una llamada que podía cambiarlo absolutamente todo. Y mientras, no tenía más remedio que mostrar fortaleza para no volver a desfallecer y sufrir otro desmayo como el de días anteriores.

Tenía claro que, si mi hijo dependía de alguien, era de mí. Por mucho que la presencia de Ethan en aquellos días comenzara a ser todo lo permanente que le permitía (pues a pesar de todo lo que estaba haciendo por nosotros, seguía manteniéndole a raya), yo seguía siendo el principal soporte de Leo a todos los niveles, como siempre había ocurrido.

Hablaba con mi madre cada pocas horas; ella intentaba sonar fuerte, pero yo escuchaba en su voz esa vibración temblorosa que solo aparece cuando la vida aprieta demasiado. Y más si se trata del problema de un ser tan querido como es un nieto. “Aguanta, hija, aguanta”, me repetía una y otra vez, como si las palabras pudieran convertirse en una pared que evitara que el miedo nos invadiera a ambas. Tania también llamaba, siempre con mensajes más prácticos: que si necesitaba que viajara a Washington, que si debía pedir una baja laboral para acompañarme, que si ya había mirado vuelos por si acaso. Mi hermana no me dejaría en la estacada. Yo le decía que no, que aún no era

necesario, aunque en el fondo agradecía enormemente su ofrecimiento. Sabía que todos estaban ahí, incluido mi padre, aunque él era más de mostrar su apoyo con hechos que con palabras.

Pero quien más lograba calmarme era Samuel. El simple hecho de escuchar su voz hacía que mis hombros bajaran unos centímetros, como si mi cuerpo recordara que él había sido mi soporte en España desde mi vuelta de Washington, cuando descubrí mi embarazo y se me quedó cara de "esto sí que es una jodida broma del malnacido del destino".

En aquellos días, permanecí como un alma en pena, pensando en que aquel crío era una especie de regalo envenenado. Y aun así, jamás me planteé deshacerme de él. Juro que, pese a esos pensamientos, aprendí a amarlo con todo mi ser desde que fui consciente de que llegaría al mundo. Y a ello contribuyó Samuel, quien seguía siendo un puntal en mi vida con Leo y un apoyo indispensable vía telefónica desde Madrid.

—Sarita, cariño —me decía sin rodeos—, todavía no hay un diagnóstico definitivo. No cruces puentes antes de llegar a ellos.

—Es que siento que no puedo más —le confesé una noche, acurrucada contra la almohada del hotel mientras Leo dormía en la cama de al lado—. Si esto no sale bien, Samuel, no sé qué voy a hacer. Sabes igual que yo que es el último cartucho del que dispongo y ya he disparado con él. No sé qué voy a hacer —le repetí.

—Lo que haces siempre —me respondió él, con esa serenidad que tanto envidiaba—. Ser fuerte sin darte cuenta. Además, Olivia es joven, tiene más posibilidades que un adulto de coincidir con Leo. No pierdas la cabeza antes de tiempo, que igual mañana mismo estás cantando victoria.

Tenía razón, pero decirlo era muchísimo más fácil que vivirlo. Ese equilibrio, esa delgada línea que separa la esperanza del pánico me dejaba exhausta. Y aun así, cada mañana me levantaba con las mismas dos preguntas rondándome en el pensamiento: "¿Y si no funciona? ¿Y si funciona?". Dos preguntas que parecían hermanas gemelas: inseparables, confusas y crueles, todo por incontestables.

Durante esos días, Ethan también estuvo presente, quizá más de lo que yo habría esperado. No se entrometía, no exigía explicaciones, pero aparecía cada tarde en el hotel con alguna excusa: traerle a Leo un puzzle nuevo, preguntarme si necesitaba algo, ofrecerse a acompañarnos a dar un paseo corto para despejar la mente. Cualquier cosa le valía.

Yo siempre estaba a punto de decirle que no, pero Leo le cogió un cariño tan instintivo que era imposible negar lo que aquello significaba para él; un cariño que me asustaba.

—¿Hoy vendrá el señor Blackwood? —preguntaba mi hijo a media mañana, como si la compañía de Ethan formara parte de un plan establecido y diario.

—Puede —solía contestar yo, intentando no incurrir en falsas promesas, aunque en el fondo de mi corazón intuía que sí.

Y siempre, efectivamente, aparecía. A veces incluso sin avisar, discretamente, como si temiera molestarnos. Se quedaba un rato con nosotros, hablaba con Leo, escuchaba mis divagaciones confusas sobre su estado físico, y luego se marchaba. No cruzaba ninguna línea y, aunque yo hubiese preferido mantenerlo emocionalmente a un millón de kilómetros de distancia, verlo así de involucrado removía partes de mí que creía enterradas. Y eso me aterraba.

Los días fueron cayendo uno tras otro, como fichas de dominó que avanzaban hacia un desenlace inevitable. Mis nervios se tensaban más y más conforme pasaban las horas. Me costaba comer, me costaba dormir, me costaba incluso respirar en ciertos momentos en los que el pánico se adueñaba de mí. No podía permitirme ni una sola licencia que apuntase al derrumbe, no mientras Leo seguía siendo una extensión frágil de mis propios latidos.

Y entonces, cuando ya no sabía ni qué día de la semana era, ocurrió. Así de simple y así de emocionante a la vez.

A media tarde, mientras Leo y Ethan armaban un castillo improvisado con cajas de cartón del hotel, mi móvil vibró. Un número desconocido en pantalla. Y mis manos temblaron.

Me quedé de piedra. El corazón se me paró un segundo para luego galopar con tanta fuerza que pensé que iba a romperme las costillas.

—¿Sara Montalbán? —me preguntó la voz de mi interlocutora al otro lado de la línea.

—Sí… sí, soy yo —le respondí con un hilo de voz.

—Llamamos del hospital. Ya tenemos los resultados del estudio de compatibilidad de Olivia Blackwood.

Ethan levantó la mirada de inmediato. Leo también, sin saber por qué de pronto mi voz se había deshecho, se había quebrado.

—Dígame —susurré con el temor asomando por cada uno de los poros de mi erizada piel.

La mujer tomó aire al otro lado de la línea.

—La señorita Olivia… sí es compatible con su hijo.

Sentí como si me quitaran una losa de la espalda del tamaño de una montaña. No pude hablar en varios segundos. Me temblaron las piernas, la mandíbula, el alma entera me tembló.

—¿Sara? —preguntó la mujer al ver que no respondía.

—Sí… sí… gracias. Muchísimas gracias.

Colgué. Me cubrí la boca con la mano. Una lágrima me cayó sin pedir permiso. Ethan dio un paso hacia mí, asustado.

—¿Qué ha pasado?

Lo miré, todavía sin aire.

—Olivia… Tu hija sí es compatible con Leo.

El niño abrió los ojos como si hubiera visto un milagro. Ethan cerró los suyos, como si la noticia lo hubiera derribado emocionalmente.

Durante un instante, los tres permanecimos en un silencio que no tenía nada de vacío. Era un silencio lleno de algo parecido a vida.

A primera hora del día siguiente, el hospital nos recibió con recién estrenada esperanza. Olivia ya estaba allí, esperándonos. Tenía la espalda recta, los hombros tensos y la mirada de alguien que sostiene una convicción sin que nadie la empuje a ello.

—Vamos a hacerlo rápido —murmuró sin más.

La doctora nos explicó el procedimiento con palabras sencillas, para que Leo no se asustara. Para la donación de médula, Olivia tendría que recibir durante cinco días unas inyecciones de un medicamento conocido como factor estimulante, que aumentaría la producción de células madre en su médula ósea. Eso podía causarle dolor de huesos, malestar, cansancio. Nada grave, pero tampoco agradable.

Leo escuchó muy atento, como si fuese un adulto.

—¿Y ella va a estar bien? —me preguntó preocupado por quien era su hermana, aunque no lo supiese.

—Sí, cariño —le respondí acariciándole el cabello—. Solo le va a doler un poquito, pero estará bien. Te lo prometo.

Después de esos cinco días, llegaría el momento de la extracción. A Olivia le practicarían una técnica llamada aféresis: separaban las células madre de su sangre mientras ella permanecía conectada a una máquina durante varias horas. No tendría que ser ingresada más allá de ese día, salvo complicaciones poco frecuentes, que no se esperaban debido a su edad y fortaleza física.

Leo, en cambio, sí necesitaría un ingreso más largo. Primero recibiría quimioterapia suave para vaciar parcialmente su médula enferma y permitir que las células nuevas se implantaran como era debido para evitar posteriores complicaciones. Luego se quedaría hospitalizado entre dos y cuatro semanas

dependiendo de cómo respondiera su cuerpo, porque el riesgo de infecciones era alto durante ese periodo.

Yo escuchaba las explicaciones en un silencio helado, asimilando cada palabra como si fueran piezas de un mecanismo que debía memorizar al detalle para no perderme en medio de aquel laberinto que, pese a ser médico, me afectaba tanto que a veces me sentía perdida.

Olivia continuó todo el proceso sin dirigirnos la palabra. Ni a mí ni a Ethan. Su silencio era un arma cortante sostenida con ojos tan fríos que me dejaban congelada. Se sometió a las pruebas, firmó los consentimientos y se puso las inyecciones sin que una sola queja saliera de sus labios.

Y cuando al fin llegó el quinto día, el día de la aféresis, nos permitieron entrar unos minutos antes de que comenzara. Ella estaba sentada en la camilla, con dos enfermeras preparando las máquinas. En su rostro no había miedo, sino esa determinación a la que ya he hecho referencia antes. Una determinación hecha de fuego frío.

—Gracias por esto —le dije con sinceridad—. De verdad… gracias, Olivia.

Ella me miró un segundo. No odiaba mi presencia; odiaba mi historia.

—Creí haberte dejado bien claro que solo lo hago por ese niño que no pidió nacer en medio de vuestras mentiras —me recordó y entonces también miró a Ethan con una dureza que lo atravesó como un cuchillo.

Bajé la mirada. Las enfermeras comenzaron a colocarle las vías. Ethan dio un paso hacia adelante, casi por instinto.

—Olivia… —susurró.

Ella levantó la mano para detenerlo.

—No te equivoques, papá. Esto no cambia nada. Mantente lejos de mí.

Y ahí fue cuando la conversación que llevaba años enterrada entre ellos empezó a brotar como lava.

—No tienes idea de cómo fueron las cosas… —intentó empezar él.

—No me interesa cómo fueron —le interrumpió Olivia, clavándole una mirada que habría tumbado a cualquiera—. Me interesa cómo me hicieron sentir. A mamá la engañaste. A mí me tomaste el pelo por ser una cría. ¿Y ahora se supone que debo entenderte? Y todo porque te enamoraste de esta… Con razón mamá estaba tan triste.

—No la engañé como tú crees —intentó contarle de nuevo. Las enfermeras se habían apartado y yo… Yo empecé a escuchar por inercia—. Tu madre y yo estábamos fatal antes de que Sara se cruzase en mi camino. Ni ella estaba contenta ni yo tampoco.

Olivia rio sin humor.

—Ya, o sea que solo te quedaste con ella por pena. No, si ya sé lo que me vas a decir. Lo hiciste porque te lo pedí.

Se hizo un silencio tan abrupto que hasta las máquinas parecieron dejar de parpadear.

Ethan respiró con fortaleza.

—Me quedé con ella porque Elise… ya estaba sentenciada. Porque cuando tu madre recibió el diagnóstico, supe que no podía abandonarla. No así. No en ese momento. Aunque no me lo hubieses pedido, tampoco habría podido dejarla tirada.

Olivia cerró los ojos. Su máscara perfecta se agrietó por un segundo.

—Sé muy bien cómo estaba —susurró.

Él asintió despacio.

—Sí, Olivia. Desde el principio supimos que el suyo era un cáncer devastador. No podíamos precisar si sería cuestión de meses o de un año. La traté con respeto. Con cuidado. Con… culpa. Mucha culpa. Pero eso no significa que no… —y ahí bajó la voz—. Que no amara a Sara con locura. La

amé con una intensidad que me asustaba. Pero no podía destrozar a tu madre cuando la vida ya la estaba destrozando sin remedio.

Tragué saliva. Sentí cómo se me helaba la sangre. Aquella era una verdad que yo nunca había escuchado. Una verdad que nadie me había dado la oportunidad de conocer. Una verdad que me revelaba un hecho que destrozó a toda la familia Blackwood. Elise había muerto. Por eso no estaban juntos. Por eso Ethan gozaba de libertad para permanecer con nosotros.

Olivia se quedó mal, muy mal. No le tembló la barbilla, pero sí la respiración.

—No voy a perdonarte por el hecho de que te enamorases perdidamente de ella. Igualmente engañaste a mamá —insistió ella.

—No te lo pido —respondió Ethan con honestidad—. Pero quiero que entiendas que nunca os abandoné, aunque ello supusiera renunciar al amor de mi vida. Al amor de Sara.

Olivia desvió la mirada, tragándose una oleada de emociones que no quiso compartir con nosotros. Las enfermeras volvieron y nos pidieron que saliéramos para empezar la aféresis. Ethan tocó suavemente el brazo de su hija, pero ella no reaccionó. Simplemente permaneció fija, como una estatua de hielo a punto de romperse.

Cuando salimos al pasillo, nos reencontramos con Leo. Sus ojos estaban muy abiertos.

—¿De veras que Olivia va a estar bien?

—Sí, cariño —le respondí acariciándole la mejilla—. Ella es muy fuerte. Más de lo que creemos.

—Y muy guapa —añadió, pensativo.

Y mientras nos alejábamos hacia la sala de espera, sentí que algo invisible en aquel hospital estaba a punto de cambiar para todos nosotros. Para bien o para mal. Y sentí pánico mezclado con esa esperanza que renacía en nuestros corazones.

Capítulo 10

Aquel día, aunque habían pasado apenas unas horas desde el trasplante, tenía la sensación de que llevábamos semanas viviendo dentro del mismo pasillo, del mismo olor a antiséptico y del mismo silencio tenso que lo envolvía todo.

A Leo le habían llevado a cabo el procedimiento a primera hora de la mañana. Fue rápido, más rápido de lo que yo esperaba, aunque la palabra "rápido" jamás debería usarse cuando tu hijo está anestesiado y tú rezas a un universo paralelo cuya existencia cuestionas, pero al que te aferras por miedo.

Desde la aféresis, Olivia no volvió a aparecer por el hospital ni una sola vez. Y, aunque parte de mí quería agradecerle su sacrificio, otra parte entendía perfectamente que necesitara alejarse del epicentro de un terremoto familiar que la atormentaba, algo que en absoluto escondía. No la culparía por eso. Yo también habría huido de aquella sinrazón, de haber podido.

Leo descansaba en la cama, conectado a varios monitores, con ese color pálido que se me clavaba en los huesos. Aun así, su respiración se mantenía estable, y cada vez que exhalaba, me daba la sensación de que recuperaba una pequeña partecita de su vida. Supongo que ese es el verdadero significado de la esperanza. Me quedé sentada en la silla, al lado de su cama, vigilando cómo movía apenas un dedo mientras dormía.

Ethan entró en la habitación pasadas las nueve. Tampoco se había movido del hospital. Traía café en una mano y una bolsa con comida en la otra.

—He pensado que deberías comer algo ya —me dijo en voz baja.

Traía esa expresión concentrada y serena a la vez que había empezado a mostrar desde el día de nuestro reencuentro. Como si dentro de él vivieran dos hombres distintos: el CEO imponente y la versión humana que solo aparecía cuando se trataba de Leo. O de mí. Porque no podía negar lo mucho que me cuidaba.

Mis pensamientos hacia él se habían vuelto de lo más contradictorios. Tras años odiándole, comprendí de golpe el porqué de cuanto ocurrió y la razón de que no me buscase cuando decidí desaparecer.

—No tengo hambre —respondí.

—Lo imagino. —Dejó la bolsa a un lado y me tendió el café—. Pero tienes que mantenerte en pie. Si no lo haces por ti, hazlo por él. Sé que Leo es el motor de tu mundo.

Lo tomé, más por cansancio que por obediencia. Me ardió la garganta y me calmó al mismo tiempo. Me encontraba en un momento muy confuso a todos los niveles.

Aquella noche ambos nos quedamos allí, sin la más mínima de intención de movernos del lado de Leo. Juntos, juntos tras años de distancia, tras años de silencios, tras años de dolor.

Los días siguientes fueron una sucesión de rutinas silenciosas. Leo dormía mucho, y cuando estaba despierto, se mostraba débil, pero bastante más animado que en meses. La médula de Olivia parecía haber empezado a trabajar sin contratiempos, aunque todavía era demasiado pronto para cantar victoria. Las enfermeras me repetían cada día lo mismo:

—Paciencia, mamá Sara. Las células no entienden de prisas. Eres médica y deberías saberlo.

Y yo asentía, aunque por dentro gritaba.

Ethan pasaba por allí a todas horas. No invadía, no imponía; simplemente estaba. Simplemente nos cuidaba. Y siempre nos sorprendía. A veces con un libro para Leo, otras con una manta suave, otras con un termo de café para mí.

Nunca llegaba sin algo que me hiciera pensar en lo atentos que pueden ser los hombres que antes fueron un verdadero desastre emocional.

Una tarde, mientras Leo dormía, Ethan se sentó en la silla contigua a la mía. Yo estaba tan cansada que apenas le miré.

—Ha respondido bien a la primera analítica —me dijo, mirando la gráfica que estaba sobre la mesita.

—Sí. Es un buen comienzo. En realidad, es el mejor. Si no salto de alegría es porque las piernas apenas me responden ya.

—Sara…

No sabía si quería escuchar lo que iba a decir. Así que me adelanté:

—Ethan, si es lo que pretendes, debes saber que no quiero hablar del pasado.

—No iba a hablar del pasado —susurró con una sinceridad brutal—. Iba a hablar del futuro.

Levanté la mirada. Ese fue mi error. Y lo fue porque esos ojos azul zafiro (intensos, profundos y ardientes de una manera que no quemaba por fuera, sino por dentro) me atraparon de lleno. Sentí una corriente tibia recorriéndome el pecho. Me sentía ridícula y un tanto patética. Cómo podía sucederme eso con Ethan y en aquellas circunstancias era algo que no me explicaba. No pretendía sentir nada, mucho menos por él. Pero ahí estaba ese cosquilleo silencioso, esa punzada que conocía demasiado bien y que tanto me asustaba.

—El futuro —repetí, manteniendo la compostura— ahora mismo depende de que Leo mejore. Ese es el único futuro que espero.

—Por eso mismo —añadió—. No voy a dejaros solos. Ni ahora… ni después.

Me levanté despacio, fingiendo que necesitaba estirar las piernas.

—Olvídate —le dije.

Él no respondió. Solo me siguió con la mirada hasta que me situé junto a la ventana. Y sentí esa presión constante, que me empujaba hacia algo que no debía desear. Como cuando vas avanzando hacia un precipicio y te sientes, pese a ser consciente de ello, incapaz de parar.

A partir de ese día, evité cualquier tipo de conversación que tuviera que ver con Ethan y conmigo. Leo respondía bien, muy bien. Cada analítica confirmaba que la médula estaba empezando a producir células nuevas. Los médicos sonreían con amplitud cada vez que venían a mostrarnos una. Las enfermeras nos preguntaban por nuestros planes a corto plazo. Yo no me permitía imaginar nada todavía, pero sentía cómo un nudo enorme empezaba a deshacerse dentro de mi pecho.

Ethan se convirtió en nuestra sombra. Traía comida caliente. Traía cuentos nuevos. Se quedaba hablando con Leo cuando yo necesitaba una ducha rápida. Se quedaba en silencio conmigo cuando me faltaban las fuerzas para poner palabras a mis dudas.

Él no intentaba nada. No seducía. No presionaba. Pero me miraba… ay, cómo me miraba. Me miraba con una mezcla de arrepentimiento, admiración y una tensión tan suave como peligrosa. Y por mucho que yo lo negara, lo sentía en la piel. Y por mucho que no quisiera dar mi brazo a torcer, avanzaba pasos en dirección hacia mi corazón.

El día treinta y dos después del trasplante, Leo abrió los ojos y pidió tostadas con mantequilla y mucha mermelada de fresa. Fue la primera señal irrefutable de que algo había cambiado dentro de él. A lo largo de su vida, siempre las pidió cuando se encontraba fenomenal.

—Mamá —me comentó, tocándose el pecho—, siento como si por dentro hubiese más luz.

Me derrumbé. Pero para bien. Él sí que era la luz de mi vida.

Para ese entonces, ya me conocía de memoria cada rincón del hospital, cada sonido nocturno, cada rutina del control de Enfermería. Las semanas habían sido largas, pero también esperanzadoras. Leo era otro. Su piel tenía

más color. Su respiración era profunda. Su mirada, era más viva. Mucho más viva.

Ethan celebraba cada avance como si fuese suyo.

Lo veía venir con su traje impecable después del trabajo, con la corbata suelta, el pelo revuelto y esa mirada cansada que se suavizaba en cuanto veía a Leo sonreírle. Y… también en cuanto me veía a mí.

No estaba preparada para admitirlo, pero cada vez que nuestros ojos se encontraban, algo en mi pecho se tensaba. No se trataba de ira ni de rabia, ya no. Era… otra cosa.

No quería ponerle nombre. No debía hacerlo. No después de haberle odiado tanto y de haber hecho que mi familia también le odiase, pese a no conocerle.

Una de esas tardes, mientras Leo dormía después de la quimioterapia suave, Ethan se acercó a la ventana donde estaba apoyada, mirando cómo la lluvia golpeaba el cristal.

—Está siendo fuerte —dijo.

—Demasiado fuerte para su edad —le respondí sin apartar la vista.

—Ha salido a ti.

Noté cómo se me encendían las mejillas. O quizás fue la garganta la que se enrojeció. No lo sé. Solo sé que no quería que comentara ese tipo de cosas.

—No empieces —le advertí.

—No estoy empezando nada, Sara. Solo digo la verdad.

Me giré hacia él. Nunca debería haberlo hecho.

Sus ojos estaban ahí, tan cerca, tan claros, tan imposibles de ignorar… Azul profundo. Azul tormenta. Azul deseo. Y yo… yo sentí ese latido incómodo, inesperado, imprudente y demasiado acelerado.

—Ethan… —empecé.

—No voy a presionarte —susurró—. Lo último que quiero es volver a herirte. Pero sí deseo que sepas algo: no he pasado ni un solo día sin pensar en ti desde entonces.

Me temblaron los dedos. Me tembló el corazón. Me temblaron hasta las pestañas.

—Te prohíbo que digas una palabra más en ese sentido —le advertí, con la voz tan baja que ni yo la reconocí—No cuando… —me callé antes de decir "cuando empiezo a sentir cosas que no quiero sentir".

Él dio un paso atrás. Respetuoso, serio y cauteloso. Impecable, en resumidas cuentas.

—Entonces no diré nada más. Solo estaré aquí.

Y cumplió. Estaba. Estuvo. Siempre estuvo. Pero el problema ya no era él. Era yo.

Porque cada día que pasaba, era más consciente de que algo en mí se estaba resquebrajando. No era odio ni resentimiento. Tampoco era amor. Era esa zona peligrosa en la que empiezas a recordar cómo se siente que alguien te mire como si fueras importante, cómo se siente cuando alguien te eleva hasta el cielo con solo posar sus ojos sobre ti.

Y él me miraba así. Me miraba muchísimo de ese modo. Y el problema era que yo no volví a estar enamorada de nadie más desde que le conocí. Ese era el problema.

Hubo un momento, una tarde en concreto, en el que Leo dormía profundamente y la luz del atardecer entraba en la habitación del hospital con un tono dorado suave. Ethan estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas. Yo estaba junto a la cama, acariciando la frente de nuestro hijo.

—Cuando le den el alta —dijo él en voz baja—, quiero ayudaros. Con todo. Con lo que necesitéis.

—No quiero depender de ti —le contesté.

—No te estoy pidiendo que dependas de mí. Te estoy pidiendo que me permitas estar.

No respondí. No podía. Porque sí… sí quería que estuviera. Y eso me daba un miedo atroz.

El tiempo siguieron avanzando. Leo se fortalecía día a día. Las analíticas mejoraban. Y una mañana, por fin, nos dieron una fecha estimada:

—Si todo continúa así, en dos semanas podría irse a casa —nos comentó su doctora.

Casa. Esa palabra me atravesó como un rayo. ¿A casa? ¿A Madrid? ¿A la vida anterior? ¿A la vida sin Ethan? ¿O… a una nueva vida donde él estuviera demasiado presente? De nuevo la confusión y el vértigo.

Me daba miedo reconocerlo, pero una parte de mí no quería irse. Una parte muy concreta, muy silenciosa, muy hormonal, muy emocional, muy visceral… muy peligrosa.

Esa noche, cuando Ethan se marchó a su casa a ducharse, me quedé mirando la puerta por la que había salido. Y sentí algo que no quería sentir:

Le eché de menos al instante.

Me pasé la mano por la cara, como si pudiera borrar el pensamiento con ese simple gesto. “No —me dije en un susurro—. No vuelvas a sentir esto. No puedes. No debes, Sara”.

Pero era tarde. Muy tarde.

Una chispa que llevaba once años apagada empezaba a encenderse en mi interior y me asustaba. Me asustaba de un modo difícil de describir.

Cuando Leo se durmió, me acerqué a la ventana. La ciudad parecía respirar bajo un cielo azul oscuro.

Yo también respiré.

Y murmuré lo que jamás le confesaría a nadie: “Ethan… no me mires así. Porque si me sigues mirando así, voy a perder la guerra”.

Capítulo 11

Cuando los médicos nos confirmaron que a Leo le darían el alta en cuestión de días, sentí algo parecido a un hilo de luz colándose en una habitación que llevaba demasiadas semanas a oscuras.

El de su curación había sido un proceso durísimo, pero las cifras empezaban a arrojar los mejores resultados, su cuerpo respondía, los hematólogos hablaban de "evolución positiva", y yo volvía a respirar sin tener la sensación de que el aire me rasgaba los pulmones.

Aun así, la alegría convivía con una inquietud que no sabía gestionar.

Volver a España. Volver a casa sin Ethan. La sola idea me descolocaba.

No porque no deseara regresar. Claro que quería. Mi vida estaba allí, mi familia, mis rutinas, mi trabajo… Pero vivir en Washington en aquel tiempo había reactivado un cable que me afané en cortar de raíz durante años. Y ese cable tenía nombre, apellidos y unos ojos azul zafiro que eran capaces de leerme incluso cuando yo misma me negaba a hacerlo.

Ethan.

Desde el primer día del trasplante, no se había separado prácticamente de nosotros. Venía al hospital temprano, traía bebidas de las que reconfortan el cuerpo y el alma, preguntaba por los recuentos sanguíneos de Leo con verdadero afán de saber… Al niño le hablaba de cosas sencillas, le contaba historias divertidas, le animaba a levantarse un poquito más cada día. Y yo… yo observaba todo aquello sin saber bien qué hacer con mis emociones.

No podía permitirme sentir. No con él. No de nuevo. La idea era de locos…

Aun así, cada vez que entraba en la habitación, mi cuerpo reaccionaba como si cada uno de mis músculos tuviese memoria. Me ponía tensa, luego blanda, luego nerviosa. Él lo notaba. Y yo también. Y eso me hacía sentir fatal.

—Hoy han dicho que quizá el catéter puedan quitárselo mañana —me comentó una mañana, con una sonrisa demasiado atractiva—. Va muy bien.

—Sí, está respondiendo genial —le respondí mirando cualquier sitio menos a él.

—¿Has dormido algo?

—Lo normal.

—Lo normal para ti no es dormir —me replicó con suavidad.

—No empieces, Ethan.

Él se apoyó en el marco de la puerta, cruzó los brazos y me observó de forma directa. Me observó de esa manera que llevaba años recordando, aunque nunca lo hubiera admitido en voz alta.

—No puedo evitar preocuparme —me susurró.

Yo desvié la mirada hacia Leo, que estaba concentrado en construir una torre de piezas gigantes. Él sonrió al vernos juntos.

—Oye, ¿hoy vendrás por la tarde? —le preguntó a Ethan con naturalidad, como si la pregunta no escondiera nada detrás. Ya le llamaba por su nombre, aparcando lo de “Señor Blackwood”.

—Si tú quieres, campeón, claro que sí.

Yo apreté los labios.

Entre el cansancio emocional, la inminente recuperación de Leo y ese reencuentro con un pasado que se volvía a abrir ante mí, me sentía como si caminara sobre un lago helado: un paso en falso y me hundía hasta el cuello.

Por eso, cuando empecé a organizar mentalmente nuestro regreso a España, sentí que al menos estaba recuperando una zona segura. Volver a casa. Reordenar la vida. Respirar sin sentirme expuesta. El regreso a mi zona de confort.

Pero Ethan no parecía dispuesto a facilitar esa distancia emocional que yo trataba de construir entre ambos.

—¿Cuándo pensáis volar de vuelta? —me preguntó, apoyando la mano en el respaldo de la silla que tenía al lado.

—Cuando nos den el alta y el equipo confirme los plazos —le respondí, tajante, sin permitirle mirarle a los ojos.

—¿Y…? —dejó caer la palabra, como quien suelta un anzuelo.

—Y nada.

—Sara…

—Te dije que te olvidases —le recordé.

Él dio un paso hacia mí y yo retrocedí instintivamente. No quería que me mirara así. No quería sentir lo que sentía. No quería que esos ojos me recordaran una historia que jamás había dejado de dolerme.

—¿Por qué te cuesta tanto dejar que me acerque? —me preguntó con una ternura peligrosa—. Sé que me odiaste, que tenías motivos, pero…

—Ethan, basta.

—Solo quiero hablar.

—Y yo no.

—Sara…

—He dicho que no —le aparté rotunda.

Leo nos observaba desde su torre, con esa inocencia que bendice a los niños y condena a los adultos. Nos sonrió, ajeno a la tensión flotando en el aire. Justo se lo llevaron a una prueba en ese momento. Ya era una de las últimas y totalmente rutinaria.

Fue entonces cuando la puerta de la habitación se abrió con un golpe lento que rompió la carga emocional de golpe.

—¿Soy bien recibido en Washington ? —me preguntó una voz risueña que conocía mejor que mi propio reflejo.

Levanté la cara.

—¿Samuel?

Mi corazón pegó un salto tan brusco que me eché a reír sin saber bien por qué. Allí estaba él: mi mejor amigo, el hombre que había sido mi red emocional en España, el tío adoptivo de Leo, mi confidente, mi cómplice, mi hogar con piernas.

—¿Pero qué haces aquí? —le pregunté caminando hacia él.

—¿Cómo que qué hago aquí? —me respondió con su humor habitual—. Pues acompañaros en el vuelo de vuelta. ¿Creías que iba a dejaros viajar sola después de todo esto? Por favor, un respeto.

Le abracé con fuerza. Él me devolvió el abrazo con un cariño que me calmó por completo. Cuando nos separamos, vi cómo su mirada se desviaba suavemente hacia Ethan. Y supe, por la ceja arqueada de Samuel, que estaba procesando la estampa.

—Vaya, vaya… —murmuró—. Así que tú eres el famoso Ethan Blackwood.

Ethan enderezó la postura, sorprendido. No entendía la escena, no sabía quién era mi amigo ni el papel que representaba en mi vida.

Samuel le tendió la mano.

—Samuel Hernández —dijo con impecable educación.

—Mi novio —añadí de inmediato, encontrando en él una excusa para que Ethan dejase de dar pasos en dirección a mí.

Ethan parpadeó. Samuel también. De hecho, mi amigo me miró pidiéndome una explicación y yo a él le sonreí de una manera tan traicionera como brillante. E hice lo único que me salió. Le besé en los labios. Un beso rápido, suave, teatral. Pero un beso real que hizo que las cuencas de los ojos de Ethan se desplazaran unos milímetros hacia delante.

Samuel, que entendió al instante la intención, me siguió el rollo. Cuando me separé, vi sus ojos brillar de pura diversión.

—Nena, cómo echaba esto de menos —me comentó, volteando los ojos.

Ethan tragó saliva. Vi la forma exacta en la que su expresión se tensó.

Se le marcó la mandíbula. Un gesto que conocía demasiado bien.

—No sabía que tenías pareja —soltó al fin, en voz contenida.

—No tenía por qué contártelo —le respondí, dejando caer cada palabra como una piedra.

Y entonces Leo volvió a la habitación y miró la escena sin entender del todo.

—Samuel —dijo con alegría—, ¡has venido!

—He venido para chocar los cinco contigo, colega —le respondió él, agachándose para abrazarle.

Y mientras veía esa escena, supe que había conseguido justo lo que buscaba: levantar un muro de ladrillos falsos para proteger mi corazón del hombre que más peligro representaba para él.

Samuel, mi mejor amigo, presentándose como mi novio; yo sosteniendo una verdad inventada; y Ethan mirándome con una mezcla de sorpresa, dolor y desconcierto que no le sentaba nada bien.

En cuanto salimos un momento al pasillo, Samuel me agarró del brazo.

—Sara. Mi vida, mi aurora boreal emocional. ¿Qué demonios ha sido eso?

—Necesitaba protección, cariño —le susurré.

—¿Protección? Eso no era protección. Era una declaración de guerra emocional contra ese maromo con mandíbula cincelada por los dioses del Olimpo. ¿Tú le has visto bien?

—Samuel, por favor —le corté, agotada.

Él respiró a fondo.

—Vale. Explicación. Ya.

Le conté en un minuto y medio lo esencial: Ethan, lo que descubrí en esos días, la hija dolida, el engaño, la pérdida, el reencuentro, los ojos, la intensidad, todo lo que me removía por dentro y que había intentado mantener a raya. Todo.

Samuel me escuchó con una mano en la cadera y la otra en el pecho, como si necesitara sostener su propio corazón durante mi relato.

—Cariño —dijo al final—. Me vas a perdonar la sinceridad, pero estás completamente loca por ese hombre. Se te nota desde kilómetros de distancia. Y no lo niegues. Por lo menos a mí no, que he recorrido no sé cuántos miles de kilómetros para venir a verte.

—No lo estoy. Durante años le odié.

—Pues ahora lo amas de una forma que me está generando calor hasta a mí. Tú estás calentorra perdida —me soltó con su sentido del humor intacto.

—No le amo —insistí, irritada—. Me… me despierta cosas. Pero eso no es bueno. No después de todo lo que pasó. No después de tantos años. No después de lo que pensé de él. Y lo que pensaron mis padres. Y mi hermana. Y…

—Sarita —me interrumpió, poniéndome una mano en el hombro—. Lo único complicado aquí eres tú. No él. Él está más claro que el agua filtrada diez veces.

Cerré los ojos, exasperada.

—Necesito que finjas que eres mi novio hasta que nos vayamos. Nada más. Es lo único que te pido.

Samuel silbó.

—Estás completamente ida. Y, como tu mejor amigo, lo apruebo. Pero eso no hará que te olvides del tío más macizo de esta parte del universo. Y no me refiero a mí.

Reí, por primera vez en días.

—Gracias, Samuel. En serio.

—Eso sí —añadió, levantando un dedo—. Me debes una botella de vino caro cuando estemos de vuelta en casa.

—Hecho.

Cuando regresamos a la habitación, Ethan estaba sentado al lado de Leo, ayudándole a encajar las piezas de un juego. Pero su gesto cambió al vernos entrar.

En cuanto tuvo la ocasión, me dio a entender lo contrariado que estaba por no haberle contado lo de “mi noviazgo”. Lo hizo cuando Samuel le dio el relevo con Leo y ambos salimos al pasillo.

—Creí —añadió Ethan, con un tono herido que me atravesó — que… que empezábamos a hablar mejor. A… no sé. A confiar un mínimo.

—Ethan, lo que tú creas no es asunto mío —afirmé, intentando sonar firme —. En ningún momento te he dado esperanzas de nada.

Él bajó la mirada unos segundos y luego me clavó sus ojos en los míos.

—Pues si tienes novio y vas a apostar por él —me con una serenidad que dolía—, entonces solo te voy a pedir una cosa antes de que os marchéis.

—¿Qué?

—Que le cuentes a Leo la verdad, Sara.

El mundo se detuvo.

—¿Qué verdad?

—Una que me importa mucho —me respondió sin temblar—. Que soy su padre. Que siempre lo he sido. Que merezco que lo sepa antes de que te lo lleves a casa y se olvide de mí.

Me quedé inmóvil. Abrí los ojos como si acabara de asistir a una serie completa sin haber visto el primer episodio.

Lo pensé durante un largo, eterno segundo. Tenía razón. Esa conversación era inevitable.

—Está bien —susurré—. Se lo diremos juntos.

Leo levantó la vista curioso, sin saber que su vida estaba a punto de cambiar otra vez. Soy impulsiva. Y cuando decido algo, me lanzo a hacerlo de inmediato.

Samuel, viendo que estaba a punto de venírsenos encima un tsunami emocional, dijo de ir a por unos cafés y nos dejó solos.

Me arrodillé frente a nuestro hijo. Ethan también.

—Cariño —empecé—, papá y yo queremos contarte algo importante.

Leo parpadeó.

—¿Papá?

Le cogí las manos. Ethan hizo lo mismo.

—Sí, mi amor —continué, con la voz temblorosa—. Él es tu papá. No te lo había contado, pero lo es.

Leo miró a Ethan, luego a mí, luego otra vez a Ethan.

—¿De verdad? —nos preguntó con una sonrisa tímida que me deshizo por dentro.

—De verdad —le respondió Ethan, con los ojos húmedos—. No sabía de tu existencia. Y ahora que te conozco… nunca voy a soltarte.

Leo le lanzó un abrazo que ni yo ni él vimos venir.

Y así terminó el episodio de aquella serie, con las emociones a flor de piel: los tres abrazados, como si de una familia feliz se tratase.

Tras el largo abrazo, Ethan le prometió a Leo que iría a visitarle a España.

Y yo… Yo sentí que mi vida volvía a tener un eje. Aunque fuera uno que todavía me daba pánico mirar de frente.

Cuando Leo se quedó más tranquilo, agarrado a la mano de Ethan como si siempre hubiera estado ahí, noté que algo dentro de mí se recolocaba… y me producía pavor admitir qué era exactamente.

Ethan se marchó poco después, tras prometerle a Leo que volvería al día siguiente. Debió pensar que sobraba entre Samuel y yo esa noche. Mi hijo le dio un abrazo rápido, algo torpe, como si aún no supiera muy bien qué se hacía en esos casos. Yo los miré desde la distancia, absolutamente conmocionada.

Cuando la puerta se cerró y nos quedamos solos, Leo se volvió hacia mí.

—Mamá… —murmuró—. ¿Tú estás enfadada porque él no estuvo antes?

Tragué saliva. Qué capacidad tenía para ir directo al grano.

—Estoy… muchas cosas a la vez —admití—. Pero contigo no lo estoy nunca. Eso es lo único que tienes que saber, mi vida.

Se quedó pensativo unos segundos.

—Es que… me gusta que sea mi padre —me confesó al fin, bajito—. Me siento como… más completo cuando él está cerca.

Ahí se me rompió algo por dentro y tuve que respirar a tope para no venirme abajo.

—Tienes derecho a sentirte así, Leo. No voy a quitártelo. Solo te prometo una cosa: pase lo que pase con él y conmigo, tú nunca vas a estar solo. Ni aquí ni en ningún lugar del globo, mi niño.

Se acurrucó a mi lado en la cama del hospital, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Entonces… ya está bien —concluyó, satisfecho.

Y mientras le acariciaba el pelo, entendí que, por mucho vértigo que me diera Ethan, la historia que de verdad importaba era esa: la de un niño que, por fin, sentía que tenía todas las piezas de su propio puzle perfectamente colocadas.

Capítulo 12

Salimos de la habitación con la misma mezcla de cansancio y alivio que flotaba en el pasillo desde primera hora de aquel día en el que las emociones se amontonaban. A Leo le habían confirmado el alta hacía apenas unos minutos. Aún llevaba la pegatina del dinosaurio en el pijama (un premio de la enfermera) y caminaba con una prudencia impropia de su edad, como si el hospital fuese un tablero lleno de casillas peligrosas. Aun así, sus ojos ya brillaban con esa luz de "vámonos a casa" que yo misma llevaba semanas esperando comprobar en ellos.

Ethan nos acompañó hasta el ascensor. Llevaba la chaqueta sobre el brazo y esa calma tan suya, esa que parecía fabricada para momentos críticos. Leo se pegó a su lado sin pensarlo.

—¿Entonces ya nos podemos ir a casa, mamá? —me preguntó, como si aún temiera que alguien apareciera corriendo con un "tú te vuelves a la cama, hasta aquí llegó la broma".

—Ya puedes irte a casa con mamá, campeón —le respondió Ethan, inclinándose un poco hacia él—. Pero nada de carreras ni de inventarte saltos ninja. Orden del médico y recomendación de tu padre, que soy yo —le recordó orgulloso y apenado por nuestra marcha a la vez.

Leo rio despacito, como si el sonido pudiera romperse.

—No sé hacer saltos ninja —protestó con suavidad.

—Mejor —dijo Ethan, con una sonrisa breve, pero sincera—. Así no tendré que fingir que no me asusto.

El ascensor tardó muchísimo en llegar, como si el propio hospital quisiera retenernos un ratito más. Cuando por fin se abrieron las puertas, subimos los cuatro: Samuel, Ethan, Leo y yo. Fue un viaje corto, silencioso, con las emociones a flor de piel.

Ya en la planta baja, Leo estiró los brazos hacia Ethan para que lo cogiera. Miré hacia otro lado, conteniendo la pena que sentí en ese instante. Él lo sostuvo como quien sabe lo que significa ese último abrazo.

—¿Vas a venir pronto a España, papá? —le preguntó Leo, clavando sus ojos grandes en él.

Ethan respiró hondo. Noté cómo buscaba las palabras correctas, como si cada sílaba tuviera que encajar con total precisión.

—En cuanto pueda, pequeño —le contestó—. Te lo prometo.

Leo no quedó satisfecho. Lo conozco demasiado bien para poder afirmarlo.

—¿Pero pronto es pronto? ¿O pronto es de esos prontos de mayores que tardan más en llegar que los Reyes Magos? —insistió, frunciendo el ceño.

Ethan rio por lo bajini, igual que Samuel que observaba la escena conmovido.

—Pronto es… lo antes posible —precisó—. Estoy terminando un proyecto muy importante de mi empresa. Se trata de un tratamiento médico nuevo y revolucionario relacionado con ciertas enfermedades neurodegenerativas. No puedo dar detalles todavía, pero es algo bueno. Y lo que más me vale es que podrá mejorar la calidad de vida de muchísimos pacientes.

Giré la cabeza, sorprendida. Aquello no me lo había contado.

—¿Un tratamiento así de potente? —le pregunté.

—Sí —respondió, sin soltar a Leo—. Hemos trabajado años en él. Y, bueno… nos hemos adelantado a laboratorios muy poderosos. No quiero adelantarme a los acontecimientos, pero el avance es enorme. En cuanto deje todo bien cerrado, viajaré a Madrid. Lo juro.

Le creí. Nadie pone esa mirada si no piensa cumplir.

Leo apoyó la frente en su hombro, en un gesto que me apretó el pecho. Su padre cerró los ojos un segundo, como si también necesitara guardarse ese recuerdo en algún rincón de su renovado corazón.

Eché de menos haberme despedido de Olivia, pero la hermana de mi hijo no volvió a aparecer por el hospital desde que le hizo el más generoso de los regalos. Según me contó Ethan, se había independizado en aquellas semanas para solo coincidir con él en el trabajo, donde apenas se dignaba a hablarle. En fin, ojalá que el tiempo la hiciese reaccionar de un modo más favorable.

Cuando salimos al exterior, el aire frío me resultó exquisito tras semanas en las que no sentí más que la calefacción del hospital. Washington era una ráfaga gris moviéndose deprisa alrededor de nosotros. El tráfico, las voces, la humedad que se colaba por el cuello de mi abrigo. Todo me resultaba tan hostil como la primera vez, pero también muy familiar después de tantas semanas. Nos íbamos a casa, a nuestra adorada casa, solo que él se quedaba.

Ethan bajó a Leo al suelo.

—Ahora sí que sí. A obedecer a tu madre, ¿vale? Y a portarte muy bien.

Leo asintió, pero no se movió. Le dio un abrazo más, largo, sincero, de esos en los que notas que el mundo se acomoda; que su pequeño mundo se acomodó.

—Te voy a echar de menos —murmuró.

Ethan tragó saliva.

—Y yo a ti, pequeño. Pero pronto nos veremos.

Samuel levantó la mano a modo de despedida.

—Cuando vengas a España, nos tomaremos unas birras a la salud de este pequeñajo —le dijo con su humor de siempre—. Ya lo celebraremos.

—Hecho —respondió Ethan con educación, aunque apuesto a que hubiese deseado que Samuel no existiese para no ocupar en mi vida el lugar que él creía que ocupaba.

Lo vi dudar antes de mirarme a mí. Un segundo, nada más. Ese segundo en que sopesas si despedirte con distancia o con algo más. Finalmente, optó por la opción más segura: una mirada larga, cálida y contenida. No había mucho más que añadir.

—Cuidaos mucho, por favor —murmuró mientras me envolvía con un abrazo que me calentó por dentro. Y no lo digo en el sentido sexual.

—Lo haremos. Tú también —le respondí.

Un taxi frenó junto a la acera. Ethan se quedó allí, quieto, viendo cómo Samuel colocaba nuestras pertenencias en el maletero. Leo subió al asiento trasero. Yo me senté a su lado. Cuando eché un último vistazo por la ventanilla, Ethan seguía de pie, con las manos en los bolsillos, mirándonos marchar con esa expresión orgullosa y a la vez nostálgica, y ciertas pinceladas de miedo que le traicionaban desde lo más profundo de sus retinas.

El taxi se incorporó al tráfico y nos alejamos del hospital. Washington brillaba con esa luz metálica que parece reflejarlo todo menos lo que realmente importa. Leo apoyó la cabeza en mi brazo.

—Mamá —susurró—, papá va a venir, ¿verdad?

—Sí —contesté, sin dudar—. Cuando pueda vendrá, te lo ha dicho ya.

—Voy a echarle mucho de menos.

—Lo sé, cielo.

El conductor tomó una curva. Samuel, desde el asiento delantero, giró un poco la cabeza hacia mí. No abrió el pico, pero me miró de una forma en la

que me decía que yo le echaría más de menos todavía. Esa forma suya de leer lo que no digo.

Y, sin avisar, le sentí tomar mi mano. Un gesto discreto con el que me dio a entender que me apoyaba si cambiaba de idea y le decía al taxista que diese media vuelta para correr en busca de Ethan. No lo hice. Al contrario, dejé que entrelazara sus dedos con los míos. La piel caliente. El pulgar acariciando apenas. Un gesto que no buscaba ocupar el lugar de nadie, sino sostener el mío.

Mi garganta se cerró un instante.

—Estás temblando —murmuró, sin soltarme.

—Es el frío —mentí.

—Claro —respondió, sonriendo de medio lado.

Leo levantó la cabeza y nos miró.

—¿Samuel? —preguntó.

—Dime, campeón.

—¿Tú también lo vas a echar de menos? A mi papá, digo.

Samuel asintió.

—Creo que sí. Ha sido importante para ti —le contestó, tocándole el pelo con cariño. Y se calló que también lo había sido para mí, para no darle pistas a mi hijo.

Leo pareció satisfecho con la respuesta. Se recostó otra vez sobre mí, mientras la ciudad seguía deslizándose más allá de la ventanilla.

Cuando llegamos al aeropuerto, el bullicio nos recibió como un mar abierto. Carritos, anuncios, pasos apresurados, maletas chocando entre sí. Ese caos ordenado donde todo el mundo va a algún sitio menos tú, que solo quieres llegar a casa, instalarte en ella, cerrar la puerta y tirar la llave.

—¿Mamá? —me preguntó Leo mientras caminábamos hacia la terminal—. ¿Vamos a embarcar prontito?

—En cuanto pasemos el control —le respondí—. Ya queda nada.

Samuel avanzaba a nuestro ritmo, vigilando que Leo no se cansara. Le vi mirarme de nuevo, siempre atento y protector, diciéndome muchas cosas con los ojos. Yo no estaba en condiciones de entender demasiadas. Tenía el corazón lleno, la cabeza agotada y una sensación de futuro sentimental incierto, pero todo regado con la alegría indescriptible de ver sanar a mi hijo día a día.

Leo se aferró a mi mano con fuerza.

—Quiero enseñarle a Ethan mi habitación cuando venga —me aseguró, sin mirar atrás.

—Se la enseñarás —asentí.

El sonido de un avión despegando retumbó en el techo del aeropuerto como un aviso.

Estábamos listos para volver a casa. El vuelo fue tranquilo, casi silencioso. Leo durmió apoyado en mi brazo la mayor parte del tiempo, exhalando ese suspiro profundo que solo se oye cuando un niño siente que todo ha salido a la perfección. Yo le miraba de vez en cuando, incapaz de borrar la sonrisa. Samuel me cedió su chaqueta para taparlo y después se quedó leyendo, aunque sé que no pasó de la segunda página: tenía la cabeza en otro sitio, igual que yo. Siempre quiso mi felicidad y mi amigo tenía la sensación de que parte de ella quedó al otro lado del océano.

Aterrizamos al atardecer. El cielo de Madrid estaba limpio, con ese color anaranjado que se siente como una bienvenida amable. Leo abrió los ojos justo cuando el avión frenaba y su cara se iluminó.

—¡Ya estamos en casa! —canturreó.

Ahí supe que de verdad estábamos en el camino de vuelta a la normalidad. Todo termina y nuestro periplo estadounidense lo hizo aquel día.

Samuel nos llevó en coche hasta el piso. A mi niño, que estaba súper contento, todo le pareció una aventura: el ascensor que olía igual que siempre, la puerta con el imán torcido, el felpudo que decía "Hello Sunshine". Leo entró corriendo y se lanzó al sofá como si acabaran de anunciarle que estaba permitido saltar en él de por vida.

Reconozco que, tiempo atrás se lo habría impedido, porque siempre fui muy recta con su educación, pero si algo me enseñó su enfermedad fue a flexibilizarme y a restarle importancia a las cosas que no la tenían.

—¡Mamá, mira! ¡Mira qué alto salto! —me gritó, levantándose y volviendo a impulsarse con una fuerza inusitada.

—Despacito, mi vida —le recomendé, pero la verdad es que me estaba riendo.

Samuel dejó las maletas junto a la pared.

—Parece que ya está recuperado, tremendamente recuperado —me comentó, divertido.

—Creo que sí —le contesté, observándole con un nudo suave en la garganta.

Mi amigo se quedó para ayudarnos, consciente de que las visitas familiares no tardarían en comenzar. Y así fue.

Primero llegaron mis padres, cargados de *tuppers*, galletas y recomendaciones médicas que repetían como un mantra. Leo los abrazó a los dos y se plantó delante de mi madre para contarle su "operación secreta del hospital" con una solemnidad de listillo que habría hecho reír a cualquiera. Después entró en acción mi padre, abrazando con devoción a su único nieto y heredero.

Poco después llamó Tania por videollamada desde París, donde estaba actuando. Cenaba con una compañera, pero se salió del restaurante para ver a Leo en la pantalla.

—¡Mi niño bonito! —le gritó—. ¡Pero qué guapísimo estás, por favor!

Leo le enseñó la pegatina del dinosaurio.

—Estoy dado de alta, tata. Ya puedo saltar en el sofá.

—Eso no te lo ha dicho el médico —le respondí, cruzándome de brazos.

—Bueno… más o menos —contestó Leo, encogiéndose de hombros.

Tania rio, yo reí, mis padres rieron… hasta Samuel rio desde la cocina, donde estaba ayudando a abrir los *tuppers* y desde donde le decía a mi madre que tenía unas manos de oro con las recetas.

Después de que mis padres se marcharan, de que Leo terminara su cena improvisada y de que se diera un divertidísimo y reconfortante baño de espuma, llegó el momento de acostarlo. Se durmió en diez minutos, agotado pero feliz, agarrado a su dinosaurio como si fuera la llave de todos los milagros recientes que habían ocurrido en nuestras vidas.

Cerré la puerta despacio y me quedé apoyada un instante en el marco. Me invadió una de esas oleadas de paz que apenas duran un par de minutos, pero que te sostienen media vida. Samuel salió del salón, ya con el abrigo puesto.

—Si necesitas cualquier cosa, me llamas —me recordó—. A cualquier hora, Sara. De verdad.

—Lo sé —le respondí—. Gracias por todo.

Vaciló un segundo y después añadió, con la voz más baja:

—No tienes que pasar nada de esto sola, ¿ok?

Sentí un pellizco dulce en el pecho. Me encantaba que fuese tan cuidador conmigo.

—Lo sé —le contesté—. ¿Por qué tienes que ser tan guay y tan gay a la vez? —le reproché sacándole la lengua.

—Aunque no lo fuese, tú ya estás muy pillada por un hetero buenorro y lo sabes. No es necesario que te dé más datos.

—Cállate ya, anda —le pedí.

Nos despedimos en la puerta. Cuando cerré, escuché cómo sus pasos se alejaban por el rellano. El piso quedó en silencio. Un silencio nuevo, extraño y sereno. No era el silencio del hospital ni el de los pasillos interminables. Era el silencio de casa. Un silencio que debería haberme reconfortado… y aun así algo dentro de mí se encogió. Algo que tenía demasiado que ver con Ethan.

Recogí algunos juguetes, guardé la ropa que habíamos traído en la última maleta y puse una lavadora sin pensar en nada más. La rutina me sostuvo lo justo, pero cuando me senté en el sofá, el vacío me cayó encima como una manta húmeda de esas que se pegan a la piel.

Había pasado todo lo peor. Leo estaba bien. Volvíamos a respirar. Debería sentirme ligera. Pero me faltaba algo. Me faltaba alguien. Me faltaban sus ojos de CEO imponente no perdiendo detalle de la situación.

El hueco que Ethan había dejado era silencioso y preciso, como si estuviera dibujado a carboncillo en el aire. Pensé en cómo había abrazado a Leo, en la forma en que había dicho “lo juro”, en su voz cuando habló del proyecto, del tratamiento revolucionario, de esos laboratorios tan prestigiosos a los que había logrado adelantarse. Pensé en su mirada al despedirse. En ese segundo que no supimos si llenar o esquivar.

Suspiré. Me llevé una mano al pecho. “Qué desastre eres, Sara…” —murmuré.

El móvil vibró.

Lo miré pensando que sería alguna notificación tonta, un correo, algo sin importancia. Pero no. Era un mensaje. Era de Ethan. Y me extrañó, porque ya le había confirmado que aterrizamos bien unas horas antes.

Abrí la conversación. Había una única línea, escrita a las 23:41 que decía un escueto: *"Os echo de menos."* Y eso, pese a que se suponía que Samuel era mi novio.

Me quedé quieta, completamente quieta, como si algo en mis costillas buscara reacomodarse.

No respondí nada. No podía hacerlo. Necesitaba respirar ese mensaje, dejar que me atravesara sin romper nada.

Leo dormía. La casa rezumaba tranquilidad. Y yo… bueno, yo ya no sabía muy bien qué sentir.

Pero sí sabía una cosa: no era la única que echaba algo (o más bien a alguien) de menos.

Capítulo 13

Durante los días siguientes, la vida entró en ese ritmo extraño que aparece cuando todo vuelve a la normalidad… excepto tu cabeza. Por fuera, yo funcionaba: llevaba a Leo al cole, preparaba cenas para la familia y amigos, retomaba trabajo atrasado y me reía lo más grande con Samuel en el hospital. Por dentro, sin embargo, me quedaba dando vueltas a ese mensaje no respondido. Esa línea tan sencilla y tan potente que Ethan había enviado como si se tratase de su última oportunidad para hacerme reaccionar.

Y yo… no contesté. No porque no sintiera nada, sino porque no sabía cómo gestionarlo. Y él debió interpretarlo como un silencio definitivo, como un cierre suave, porque desde ese día no volvió a escribirme nada parecido. Cada vez que hablábamos por teléfono, me preguntaba por Leo y me comentaba que lo de su proyecto iba viento en popa, pero notaba algo debajo de sus palabras, una especie de sombra cálida que él se esforzaba en disimular.

Y aun así estaba ahí.

Leo, por su parte, recuperó casi de golpe su energía habitual. Volvió a saltar por todas partes, a dejar calcetines perdidos en cualquier parte, a cantar canciones inventadas con una lógica que solo él entendía. Una tarde, después del colegio, se desplomó a carcajadas en mitad del salón sin que yo supiera por qué. Fue entonces cuando entendí que ya estaba del todo bien: a Leo la risa le vuelve el pulso.

Samuel venía a menudo. A veces a merendar, otras a ver una película con nosotros. Y siempre, siempre, se quedaba un poco después de que Leo se

durmiera, como si quisiera asegurarse de que yo seguía bien, igual que mi hijo. Yo agradecía su presencia, su calma, su manera de rellenar silencios sin ocupar espacio. Aun así, cada vez que sonaba mi teléfono y veía que era Ethan, algo dentro de mí se tensaba.

Una mañana de sábado, mientras estaba preparando la comida, el móvil vibró. Contesté sin pensar.

—Hola —dije.

El ruido de fondo me indicó que Ethan estaba en la calle o en algún sitio donde la vida iba deprisa.

—Sara —me saludó con una voz de las que adelantan buenas noticias—. Solo llamo para darte una noticia.

Sentí un salto en el estómago. No tan grandes como los que volvía a dar Leo, pero casi.

—Dime.

—La semana que viene vuelo a Madrid.

Me quedé quieta, con la cuchara de madera en el aire, como si fuese una directora de orquesta.

—¿Eso significa que…?

—Que ya cerramos el proyecto. Todo salió bien. Mejor de lo que esperábamos, de hecho. Así que… podré viajar por fin.

Noté que sonreía. No me hacía falta verlo. Su voz se volvía más cálida cuando estaba contento.

—Ethan… esa es una noticia increíble.

—Lo sé. Y quiero veros en cuanto aterrice.

—Claro. Leo se va a poner feliz. Se lo cuento enseguida.

Y lo hice. Colgué, apoyé la espalda en la encimera y respiré lo más profundo que pude. Madrid. En una semana. Ethan, aquí, con nosotros o cerca de nosotros. ¿Dónde encajaba eso en el rompecabezas que era mi cabeza ahora mismo? No lo sabía.

Cuando Leo se desperezó, se lo conté mientras se servía un cuenco de leche que más bien parecía un cubo en el que ahogar a un buen puñado de cereales. Bien se notaba que su apetito estaba de vuelta. Mi niño ganaba peso por día que pasaba.

—Cariño —dije—, papá viene a Madrid la semana que viene.

La boca se le quedó muy abierta. E igualmente abrió los ojos como si acabara de ver fuegos artificiales.

—¿A Madrid? ¿A nuestro Madrid?

—A nuestra Madrid, claro —le repetí, riendo ante su incredulidad—. A verte.

Soltó un grito que habría despertado a un oso que estuviese hibernando.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Viene papá! ¡Viene papá!

Y empezó a correr por el salón, dando saltitos y haciendo la "V" de la victoria con los dedos, como si estuviera celebrando un gol imaginario.

—Pero… —frenó de golpe—. ¿Se va a quedar a dormir en nuestra casa?

Aquello me pilló a contrapié.

—No, cielo —respondí—. Papá se tiene que quedar en un hotel.

Leo frunció el ceño, contrariado.

—¿Y por qué no puede dormir aquí? Tenemos sitio. Hay un cuarto de invitados y la abuela siempre dice que eres muy hospitalaria. Samuel se ha quedado muchas veces.

—Porque… —me agaché para ponerme a su altura—. Porque cuando los papás no viven juntos, cada uno tiene su casa. Y cuando un papá viene de viaje, se queda en un hotel. Es lo normal, cariño. No tiene nada que ver con lo de Samuel.

Leo no pareció convencido, pero asintió. Aceptó la explicación a regañadientes, con esa sabiduría infantil de "vale, pero no lo entiendo".

Esa tarde vino Samuel a merendar. Leo, que no podía guardarse nada, le soltó la noticia sin respiración.

—¡Samuel! ¡Papá viene la semana que viene! ¡Aquí! ¡A Madrid! ¡A mi cole! ¡A todo!

Y luego salió corriendo, para no perder costumbre. Samuel se apoyó en el marco de la puerta, ladeando la cabeza.

—Bueno, bueno, qué notición, Sarita —murmuró con guasa—. Entonces, ¿qué hago yo? ¿Me vengo a vivir aquí esos días? ¿O monto una tienda de campaña en el rellano? Lo que tú me digas, reina.

Puse los ojos en blanco mientras preparaba café.

—No seas tonto —dije, intentando no reírme también—. No hace falta montar ninguna tienda.

—¿Seguro? —insistió Samuel, guiñándome un ojo—. Porque yo soy un hombre de recursos, ¿eh? Y todo por seguirte el rollo en ese absurdo teatrillo que deberías ir cortando ya. Me dan ganas de contarle la verdad al CEO macizorro.

—Ni se te ocurra —le respondí, aguantando la risa—. Bastante tengo ya con organizar su llegada.

Samuel adoptó un tono cómico de ofensa.

—Así que tengo que seguir fingiendo. ¿Cómo crees que se siente mi esencia gay cuando tengo que fingir que me gustas más que Henry Cavill?

—Pobre mártir. En la nevera tienes un regalito de mi madre para compensarte.

—Tu madre es mucho mejor persona que tú, niña.

—Ya, te tiene muy comprado con ese tiramisú que tanto te gusta, sí.

—¿Tiramisú? La adoro, es la única mujer que podría hacer que me pasase a la otra acera y todo por el arte que tiene en esas manos.

—¿Tú no arrastras demasiado hambre? —le pregunté partida de la risa.

—Sí, y de todos los estilos, que estoy viviendo para ti y ya no me queda tiempo ni para ligar.

—Mejor, así no pierdes el tiempo en esas Apps llenas de viciosos…

—¿Celosa?

—Claro que no. Pero ahí no vas a encontrar al amor de tu vida.

—Ya lo encontré. Es un CEO de Washington que yo me sé —se burló—. Ay, no, que ese es el amor de la tuya, pero pasas de reconocerlo…

Pasamos la tarde preparando mentalmente su llegada. Leo quiso hacer un dibujo para dárselo. Empezó con un dinosaurio (le molaban muchísimo), luego decidió añadir un avión, luego la cama del cuarto de invitados (me seguía lanzando indirectas) y finalmente una estrella porque sí. Algo en ese dibujo era tan inocente, tan transparente, que me tocó el pecho.

Mientras él pintaba, Samuel se quedó conmigo en la cocina.

—Ahora en serio, boba. ¿Estás bien? —me preguntó, bajito.

—Sí. Solo… no sé. Procesando la noticia.

—Normal —asintió—. No estás hecha de piedra, Sara.

Me apoyé en la encimera y respiré despacio.

—No quiero que esto sea incómodo para nadie.

—¿Incómodo? Ya te diría yo lo incómodo que me sentiría al lado de semejante espectáculo de tío —me respondió él, con esa serenidad que me mantenía a flote—. Y, además, que lo manejarás como siempre: bien.

Asentí. No sabía si creérmelo, pero asentí.

Cuando Samuel se marchó, Leo siguió hablando de la llegada de su padre hasta que se quedó dormido, abrazado a otro dinosaurio de goma. Yo recogí los lápices, el plato de galletas, el dibujo todavía húmedo…

Y entonces, de pronto, me sorprendí sonriendo. Por las buenas.

Ethan venía a Madrid. Leo iba a verle. Y yo… bueno. Yo tenía una semana para entender qué significaba eso y cómo procesarlo en mi cabeza.

El día que Ethan debía volar a Madrid amaneció con una luz limpia, casi festiva. Leo llevaba toda la mañana preguntando cuánto faltaba para que el avión de su padre aterrizase, y yo fingía calma mientras intentaba concentrarme en preparar la comida. Por dentro, sin embargo, llevaba horas notando un cosquilleo raro, como una cuerda tensa ante una nota que aún no ha sonado. No sabía qué pensar al respecto.

A mitad de la tarde, justo cuando se suponía que ya debía estar volando, el móvil empezó a sonar. Me extrañó muchísimo. Era una llamada de él. Contesté al instante.

—¿Ethan?

Su voz apareció entrecortada y herida de muerte.

—Sara… no estoy en el avión.

Me quedé quieta. Podía oír mi propio pulso.

—¿Cómo que no estás en el avión? ¿Qué ha pasado? ¿Le vas a fallar a Leo? No me hagas esto, por favor, que no te imaginas la ilusión que le hace.

Hubo un silencio extraño, como si buscara fuerzas para decirlo.

—Nunca le fallaría, Sara. Es Olivia.

La piel se me heló.

—¿Qué le pasa a Olivia?

—Anoche fui a su apartamento. —Su respiración era acelerada, quebrada, como si llevara horas conteniéndose—. Ella no me habla, lo sé, pero quería… no sé… verla. Agradecerle lo que hizo por Leo y decirle que venía a veros. Aunque fuera desde el marco de la puerta. Pero no abrió. Pensé que simplemente no quería atenderme o que habría salido con sus amigos.

—Ethan, por favor, dime qué pasa.

—Hace media hora he recibido una llamada. —Hizo una pausa, como si la garganta le fallara—. Era ella. O… no exactamente. La estaban obligando a hablar. Sara… han secuestrado a Olivia.

Sentí cómo el suelo me desaparecía bajo los pies.

—¿Qué?

—Lo que oyes. No sé dónde está. Solo me dejaron claro que si quiero que salga con vida, tengo que abandonar el proyecto del tratamiento. —Su voz tembló, apenas perceptible—. Creo que viene de parte de ese laboratorio al que les hemos adelantado la investigación. El director… Sara, he hecho mis averiguaciones. Creo que detrás de ese laboratorio está un mafioso total, un oligarca ruso.

Me llevé una mano al pecho, intentando asimilarlo. Olivia. La misma Olivia que había donado médula para salvar a Leo. La misma que se había ido sin despedirse porque el dolor la superaba.

—Dios mío… Ethan, ¿estás seguro?

—Creo que sí. Como comprenderás, estoy destrozado, la preocupación es extrema. Y me siento peor de pensar que esto es por culpa de mi trabajo, de

mi decisión de plantarle cara a ese laboratorio. Pero te juro que no sabía que ese tipo nos la podría jugar así. Nunca habría hecho nada que pusiera la vida de ninguno de mis hijos en juego. Te lo juro.

Noté un escalofrío recorriéndome la espalda. Ethan sonaba derrotado, roto, como si cada palabra le costara un mundo.

—Voy para allá —afirmé sin pensar.

—No, Sara. No puedes. Tienes que atender a Leo y al resto de tu vida. Esto no tiene por qué involucrarte.

—Olivia salvó a nuestro hijo. —Mi voz salió firme, sin titubeos—. No voy a quedarme aquí mientras ella está en manos de un criminal. Me necesitas allí, Ethan. Y lo sabes.

No respondió. Y en su silencio supe que acababa de admitirlo.

—Voy a dejar a Leo con mis padres. En cuanto esté todo preparado, cojo un vuelo. Dime exactamente hacia dónde me dirijo.

Él soltó el aire con un temblor que me llegó directo al pecho.

—Hacia Washington. Me quedaré en casa hasta que llegues. Sara… no deberías hacer esto.

—Llego esta noche o mañana a primera hora —le dije, ya buscando vuelos en el móvil con la mano libre—. No estás solo en esto. Nadie dañará a nuestros hijos sin que formemos equipo.

Leo apareció por el pasillo con una galleta en la mano.

—Mamá, ¿quién es? ¿Es papá?

Tragué saliva.

—Luego hablamos, Ethan. Te hablo en cuanto tenga vuelo.

Colgué.

Mi corazón iba tan rápido que la casa parecía latir conmigo. Fui directa al dormitorio para hacer mi maleta justo después de encontrar vuelo para unas horas después. Metí ropa, documentos, el cargador, lo imprescindible. Cada gesto era automático, decidido, como si una parte de mí hubiera estado esperando este momento toda la vida.

Mis padres llegaron enseguida cuando los llamé. Mi madre fue la primera en entrar al salón, preocupada.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué tanta prisa?

Leo miraba a todos con el ceño fruncido, sin entender nada.

Me agaché junto a él.

—Cariño, tengo que hacer un viaje muy importante. Tú te vas a quedar con los abuelos unos días, ¿vale? Vas a estar fenomenal con ellos, no hace falta ni que te lo diga.

—¿Y papá? —preguntó—. ¿No venía hoy?

Sentí un nudo en la garganta.

—Ha surgido un problema y no ha podido venir. Pero hablaremos con él, ¿sí?

Mi madre, que no es tonta y nunca lo ha sido, me observó fijamente.

—Sara… ¿qué estás haciendo? —me preguntó y la conduje hacia la cocina.

—Olivia está en peligro. —Mi voz apenas salió—. La han secuestrado. Y Ethan cree que es por culpa del proyecto contra ese otro laboratorio que os conté, que parece ser corrupto. No puedo dejarlo solo en esto.

Mi madre abrió los ojos con un asombro que no esperaba. Se acercó, me tomó las manos y me dijo algo que me dejó helada:

—Hija… si ya me he dado cuenta de que vienes enamorada de ese hombre. Tú sabes que le odiamos durante años, pero fue por lo que pensamos que hizo, que ya está claro que no fue por gusto.

Sentí el golpe en mitad del pecho. No por vergüenza, sino porque por primera vez no me atreví a negarlo.

—Me necesita —susurré—. Ethan me necesita más que nunca.

Ella asintió, con total ternura.

—Entonces ve. Nosotros nos quedamos con el niño. No te preocupes por nada.

Leo entró en ese momento en la cocina y se abrazó a mis piernas.

—¿Vas a volver pronto, mamá?

Le acaricié el pelo.

—En cuanto pueda, mi amor. Eres muy valiente, ¿sabes?

Él asintió, aunque no entendía del todo. Los niños siempre detectan el miedo, incluso cuando no lo mencionas.

A la hora de marcharme, mi padre cargó con mi maleta sin preguntar. Mi madre me dio un beso en la frente, largo y caliente, como cuando era pequeña y tenía fiebre. Y yo salí del piso sintiendo que el aire de Madrid se sentía más gélido que nunca.

En el taxi hacia el aeropuerto, mi cabeza no paraba. Olivia secuestrada. Ese laboratorio corrupto. El proyecto revolucionario. Y Ethan. Su voz rota. Su frase final antes de colgar: “No estás obligada a venir”. Por supuesto que ya estaba informado de mi llegada.

Cuando entré en la terminal, corrí por ella como una niña probando sus nuevas zapatillas de *running*. Mi billete era a Washington y solo de ida.

Me quedé frente a la puerta de embarque, sola por primera vez en semanas, con la sensación de que estaba cruzando un umbral del que ya no habría vuelta atrás.

Comentaron por megafonía que el embarque comenzaba. Avancé con paso firme. No sabía qué me esperaba al otro lado del océano. Solo sabía que Ethan estaba allí**.** Y que Olivia necesitaba que llegáramos a tiempo.

Capítulo 14

Aterricé en Washington cuando el cansancio ya se me había pegado al cuerpo como una camiseta interior. Me temblaron un poco las piernas al bajar del avión, pero no por miedo a volar, sino por todo lo que me iba a encontrar al otro lado de la puerta de llegadas.

Le vi antes de que él me viera a mí.

Ethan estaba de pie, junto a una columna, con las manos en los bolsillos del abrigo y la mirada clavada en la puerta por la que íbamos saliendo los pasajeros. Tenía las ojeras más marcadas, la mandíbula aún más tensa y esa forma de permanecer en el mundo como si lo estuviera sosteniendo sobre los hombros. Cuando nuestros ojos se encontraron, el ruido del aeropuerto se volvió un murmullo lejano. Solo estábamos él y yo.

Solté el asa de la maleta y caminé hacia él. No corrí, pero casi.

Ethan dio dos pasos rápidos y, sin decir nada, me rodeó con los brazos. Yo me estrellé contra su pecho como si hubiese estado entrenando para ese abrazo desde hacía años. Sentí el olor de su perfume, conocido y nuevo para mí a la vez. Noté cómo me apretaba fuerte, como si necesitara comprobar que yo era sólida, real, que no estaba soñando. Se me aflojaron todas las defensas. Mis murallas cayeron a sus pies.

—Estás aquí… —murmuró contra mi pelo.

—Claro que estoy aquí —le respondí, con la voz más ronca de lo que me habría gustado.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, casi fusionados en mitad de la zona de llegadas, con viajeros esquivándonos y carritos de maletas pasando a nuestro alrededor. En algún momento, él aflojó un poco el abrazo, lo justo para poder mirarme a la cara. Tenía los ojos brillantes, cansados y agradecidos.

—Espero que esto no te traiga problemas con Samuel —murmuró, intentando sonar racional, como si lo importante fuese mi vida sentimental y no el secuestro de su hija.

Parpadeé, medio aturdida.

—¿Problemas con Samuel? —le repetí risueña, dispuesta a desvelarle la verdad—. Si me trae algún problema, será que habría preferido venir él a verte en vez de que viniera yo.

Frunció el ceño, confuso.

—¿Cómo?

Solté una pequeña risa nerviosa. No era el momento ideal para confesiones, pero tampoco tenía sentido seguir sosteniendo aquel teatro absurdo en mitad de todo lo que estaba pasando.

—Samuel preferiría estar contigo antes que conmigo, Ethan —le expliqué, bajando un poco la voz—. Es gay. Me lo inventé todo. Es mi amigo, solo eso. Mi mejor amigo, de hecho. Lo de hacerle pasar por mi novio no fue más que una protección cutre que me monté.

Él se quedó mirándome como si acabara de hablarle en chino mandarín.

—¿Me estás diciendo que Samuel…? —empezó.

—Que Samuel está más interesado en Henry Cavill que en mí, sí —rematé, con una media sonrisa—. Y que el único motivo por el que aceptó hacerse pasar por mi novio fue que yo estaba muerta de miedo por lo que tú me hacías sentir. Por lo que tú me haces sentir —maticé.

La frase se me escapó antes de poder censurarme. Ethan abrió un poco la boca, sorprendido. Vi cómo se le descolocaba todo: las ideas, la culpa, los años de silencio... Washington se difuminó alrededor de sus pupilas.

—¿Y por qué…? —susurró—. ¿Por qué necesitabas protegerte de mí?

Le sostuve la mirada. Podía oír una maleta rodando detrás de mí, un niño llorando, un anuncio por megafonía. Y, sin embargo, todo parecía lejano. Únicamente existíamos nosotros, con ese hilo tenso entre los dos, a punto de romperse o de hacerse nudo.

—Porque me dabas vértigo —admití—. Porque me sobraba con tener un hijo enfermo, un trasplante pendiente y un ex casi desconocido como para encima reconocer que volvía a sentir por ti cosas que un día creí enterrar.

No sé quién se inclinó antes. Si él o yo. Solo recuerdo el momento en que nuestras bocas se encontraron y el resto del aeropuerto dejó de existir. Definitivamente.

No fue un beso cualquiera. Fue un beso que resistió al transcurso de los años. Fue un beso de esos que no se negocian, que salen a la primera oportunidad, aunque sea el peor momento del mundo. Le agarré las solapas del abrigo, él me sujetó por la cintura, y por un instante no hubo secuestros ni tampoco investigaciones en marcha. Tampoco hubo océanos que nos separasen. Solo ganas, alivio y esa sensación extraña y curiosa de estar llegando al sitio al que no sabías que ibas.

Cuando nos separamos, los dos respirábamos de un modo más que acelerado. Sentí las mejillas ardiéndome, como si fueran a entrar en erupción. Él también se percató de ello.

—Perdona —murmuró, con una sonrisa rota—. No era el plan. No ahora. Pero no he podido resistirme. Jamás podría contigo —añadió.

—Pues menos mal que no era el plan —susurré—. Si llegas a planearlo, me da un infarto, ¿sabes?

Ethan soltó una especie de risa ahogada y apoyó la frente en la mía un segundo.

—Te prometo que quisiera seguir besándote durante horas —me dijo, más serio—. Pero ahora tenemos que irnos. Cuanto antes lleguemos a casa, mejor.

Asentí. La palabra "casa" me hizo un nudo raro en el estómago, pero no la discutí. Recuperé la maleta y salimos juntos del aeropuerto, con las manos entrelazadas. El aire de Washington estaba húmedo y frío, con ese gris insistente que yo ya conocía. Él me guio hasta el aparcamiento subterráneo, donde tenía el coche aparcado.

—¿Cómo está Leo? —me preguntó mientras metíamos la maleta en el maletero.

—Bien. Muy bien —contesté, cerrando de un portazo—. Está con mis padres. No entiende nada, pero también sabe que algo grande pasa. Los niños lo notan todo. Se ha quedado un poco rayado.

Asintió, con la mirada fija en algún punto indefinido.

—Olivia también lo notaba todo —susurró, más para sí que para mí y luego suspiró.

Subimos al coche. El interior olía a su perfume mezclado con el olor del ambientador. Me abroché el cinturón con dedos un poco torpes, debido a los evidentes nervios. Ethan arrancó y salimos del parquin hacia la ciudad. Durante unos minutos, solo se oyeron los ruidos del tráfico y el motor.

—No he avisado a la policía —me explicó, sin apartar la vista de la carretera—. De momento solo he contratado a un equipo privado. Si los secuestradores sospechan que la policía está enterada, podrían… —tragó saliva—. No quiero ni pensarlo.

—¿Qué tipo de equipo? —le pregunté con más curiosidad que si me hubiesen encargado dirigirlo.

—Seguridad, análisis de datos, un asesor legal, un mediador… Gente de confianza. Algunos de la empresa, otros externos. Están en casa ahora mismo. Hemos montado allí una especie de centro de operaciones.

Me apoyé en el respaldo y sentí el peso de la decisión.

—Bien —le comenté—. Mejor. No vengo aquí para sentarme en un sofá a esperar noticias, Ethan. Quiero hacer algo.

—Lo sé —admitió—. Y ya lo estás haciendo. Tu compañía y lo que acabas de revelarme me han cargado las pilas, Sara. No te imaginas cuánto.

Atravesamos varios barrios hasta que el paisaje empezó a cambiar. Las fachadas se hicieron más amplias, los árboles más altos, las aceras más limpias. Aquella tan lujosa en la que Ethan vivía era una zona residencial de las que se ven en las series: casas enormes, jardines cuidados, porches con columnas… Giró a la derecha y entró en una calle arbolada donde todo parecía demasiado tranquilo para la tormenta que llevábamos encima.

Su casa destacaba incluso allí.

Me quedé boquiabierta, pues no la conocía. Ya imaginaba que él no viviría en una chabola, pero aquella era una construcción enorme de ladrillo claro, con tejado oscuro y grandes ventanales enmarcados en blanco que no dejaba indiferente a nadie. Tenía un porche ancho con escalones de piedra, dos columnas y una puerta de madera imponente, flanqueada por macetas que seguramente darían flores preciosas en primavera. A un lado se veía la entrada al garaje. Al otro, un jardín trasero que se intuía a través de la verja.

—Vaya —se me escapó—. Esto no es una casa, parece… No sé lo que parece. Menuda locura.

—Es cómoda para vivir y práctica para trabajar —respondió él, apagando el motor—. Y ahora, por desgracia, también es un buen búnker en el que camuflarnos.

Salimos del coche. Mientras subíamos los escalones del porche, noté un punto de vértigo. Ethan abrió la puerta con su llave y me dejó pasar primero, siempre tan caballeroso y portando mi maleta.

Por dentro, la casa era incluso más grande de lo que parecía desde fuera. Un recibidor luminoso con suelo de madera clara y una escalera elegante que subía al piso superior. A la derecha, un salón enorme se abría con sofás amplios, chimenea y una imponente pared de cristal que daba al jardín. A la izquierda, un despacho que parecía sacado de una revista con estanterías, un

enorme escritorio, más pantallas de las que habría imaginado en un entorno doméstico, y gente. Tres personas, concretamente.

Una mujer de unos cuarenta y tantos, con traje oscuro y cara de no dormir desde hacía días, estaba tecleando sin parar en un portátil. A su lado, un hombre más joven revisaba algo en un panel de varias pantallas donde se veían gráficos, ondas de audio y mapas. Otro tipo, con pinta de exmilitar reciclado en seguridad privada, hablaba por un pinganillo en voz baja.

Los tres levantaron la vista cuando entramos, con la intención de saludar.

—Esta es Sara —les comentó Ethan, presentándome con una seriedad que me encogió un poco—. Es la madre de Leo, de quien ya os he hablado también. Y una persona importantísima para mí.

La mujer del traje asintió con respeto.

—Encantada, Sara. Soy Julia, abogada de la compañía. Ellos son Mark y Devin, de seguridad y de análisis —me explicó, señalando a los otros dos.

—Hola —alcancé a decir—. Ojalá nos conociéramos en circunstancias menos… —busqué la palabra— apocalípticas.

Mark me dedicó una media sonrisa rápida antes de volver la vista a las pantallas. No podían estar más concentrados.

—Hemos extraído ya la grabación completa de la llamada —informó—. La estamos limpiando, hay mucho ruido de fondo, pero creemos que podremos sacar varios datos útiles. Voz, acento, algún sonido de ambiente. Estamos dejándonos la piel en ello, Ethan.

—Y también rastreando cualquier movimiento inusual relacionado con las cuentas del laboratorio rival —añadió Devin, sin apartar los ojos del monitor —. Transferencias, viajes privados, comunicaciones. Lo que sea… Puro hackeo, pero no creo que ese tipo se asuste cuando llegue a sus oídos. El muy cabrón es un mafioso de los gordos.

Julia cerró el portátil un segundo para prestarnos atención.

—De momento, nuestro mayor problema es el plazo —explicó dirigiéndose a mí—. En la llamada dejaron claro que quieren una respuesta rápida por parte de Ethan. Si no abandona el proyecto, amenazan con empeorar la situación de Olivia.

Sentí un pinchazo en el estómago.

—¿Y cuál es el plan? —pregunté—. Porque no pienso quedarme mirando cómo ese mafioso se sale con la suya.

Ethan se acercó un poco a mí, como si necesitara que yo estuviera lo bastante cerca para encajar sus ideas.

—El plan es ganar tiempo —dijo—. Hacerles creer que estoy dispuesto a ceder, mientras nosotros averiguamos dónde la tienen y cómo sacarla de allí. No pienso entregarles años de investigación, Sara. No cuando la vida de muchas personas depende de ello. Pero tampoco pienso dejar que le toquen un pelo a mi hija.

Le miré. Vi al CEO, al hombre que dedicó su vida a esos laboratorios médicos y al padre, todo mezclado. Vi el miedo, la rabia, la culpa. Y algo más: la determinación de alguien que pensaba llegar hasta el final sin decaer en ningún momento.

—Pues entonces tendrás que dejar que forme parte de ese "nosotros" —le respondí contundente—. Porque no dejaré que cruces solo este infierno —le advertí.

Durante un segundo, el despacho, las pantallas, los informes y las estrategias desaparecieron de su campo de visión. Solo estuvo mirándome a mí, con la misma intensidad con la que me había besado en el aeropuerto.

Un destello de algo cálido se coló entre tanta tensión. Me veía verdaderamente desarmada ante esa mirada que me daba vida, como la vida que Olivia le regaló a Leo con su generoso acto. Hacía años que no sentía nada ni ligeramente parecido a lo que él me producía cuando me sostenía la mirada. Todo se parecía mucho a lo experimentado antaño, con la diferencia de que, en esta ocasión, las cartas estaban boca arriba y no habría sorpresas desagradables que nos llevaran a un frío *"game over"*.

—No sé qué haría sin ti —me susurró en el oído.

Yo sí lo sabía: hundirse más deprisa. Me acerqué un pelín más. Ambos lo necesitábamos.

—Por suerte, no vas a tener que averiguarlo —le contesté—. Vamos a sacarla de ahí, de donde sea que la tengan retenida. Vamos a traer a Olivia a casa. Y luego ya veremos qué hacemos con todo lo demás.

Ethan asintió, apretando los labios, y volvió la vista hacia el improvisado centro de operaciones.

La guerra acababa de empezar. Y esta vez, estábamos en el mismo bando desde el principio.

Capítulo 15

La casa de Ethan no se durmió aquella noche, pero sí bajó el volumen. Eso lo pude comprobar en primera persona. Sucedió como si todos hubiésemos entendido que había un límite invisible entre seguir funcionando y rompernos del todo.

Después del beso en el aeropuerto, del trayecto en coche y de las primeras explicaciones rápidas que me dieron los chicos del equipo de seguridad, todo se organizó de manera casi automática. Nadie preguntó demasiado. Julia hizo una llamada corta. Mark pidió comida a un sitio cercano. Devin se quedó delante de las pantallas como si el tiempo no existiera. Y Ethan… Ethan parecía moverse por su propia casa como si fuera un lugar prestado, vagando como un alma en pena.

Cenamos en la cocina, apoyados en la isla central, con cajas abiertas y platos improvisados. Nadie tenía demasiado apetito, pero todos sabíamos que había que comer. Debíamos estar fuertes para lo que viniese. El ruido de los cubiertos era mínimo. Las conversaciones, medidas. Nadie tenía ganas de cháchara, lo que resultaba más que entendible.

—Ahora mismo no hay nada más que podamos hacer —dijo Mark, finalmente, con una voz grave y serena—. Las próximas horas son clave, pero también peligrosas si se actúa con impulsividad. Debemos hacerlo con la máxima de las cautelas.

Ethan asintió despacio.

—¿Nos recomiendas descansar? —le preguntó Julia, pues si algo demostraban eran ser un equipo en el que todos iban a una.

—Os recomiendo dormir un poco —respondió él—. Estar despejados. Si llaman de madrugada, tenemos que reaccionar rápido. Y si nos pillan con las baterías bajas, nos resultará complicado.

Me di cuenta entonces de que llevaba horas sin soltar del todo la mano de Ethan. No la apretaba. No la buscaba. Simplemente estaba ahí, como si mi cuerpo se hubiese negado a separarse del suyo.

—Mark tiene razón —añadió Devin sin girarse—. Yo me quedo monitorizando. Si hay cualquier cambio, os aviso.

La reunión se disolvió sin más parafernalia. Cada uno volvió a su lugar, a su función. Julia se quedó revisando documentos en el despacho con la promesa de que descansaría un poco también en cuanto pudiese. Mark hizo una ronda discreta por la casa antes de echarse igualmente. Devin continuó frente a las pantallas. Y Ethan me miró como si no supiera muy bien qué hacer conmigo ahora que el mundo volvía a empujar.

—Ven —me dijo en voz baja—. Vamos a tumbarnos un rato. Aunque no durmamos.

Subimos las escaleras en silencio. El dormitorio era amplio, sobrio, con una cama enorme y una luz cálida que contrastaba con todo lo que llevábamos dentro, que era absolutamente gélido. Cerró la puerta sin echar el pestillo. No hacía falta.

Me quité los zapatos. Él dejó el móvil en la mesilla, boca abajo, como si quisiera concederse ese pequeño lujo: no mirar la pantalla a la que no le quitaba la vista de encima en todo el día.

—No me puedo creer que estés aquí —murmuró, pasándose una mano por el cuello—. No me entra en la cabeza.

—Estoy donde tengo que estar —le respondí—. Y tú no estás solo. No voy a dejar que pases por algo así sin tener un hombro en el que apoyarte.

Se sentó en el borde de la cama. Yo hice lo mismo. Durante unos segundos no dijimos nada. El cansancio pesaba como una segunda piel.

Ethan me miró entonces, de frente, sin filtros.

—Tenía miedo de que no vinieras —confesó—. Y al mismo tiempo miedo de que lo hicieras. No quería meterte en este embolado.

—Yo también —admití—. Pero hay miedos que no te dejan opción. Y este embolado también es mío, no creas lo contrario. Si Leo se está recuperando es gracias a su hermana. No pienso olvidarme de eso ni ahora ni nunca.

Le vi tragar saliva. Le vi agotado. Mucho más de lo que había querido mostrar delante del equipo.

—Si algo le pasa a Olivia… —empezó, y no pudo seguir. Los ojos amenazaron con aguársele.

Me giré hacia él y le tomé la cara con las manos. No para detenerlo. Lo hice para sostenerlo.

—No le va a pasar nada —le aseguré con una convicción que necesitaba creer—. Vamos a traerla de vuelta. Olivia volverá con nosotros.

Apoyó la frente en la mía. Cerró los ojos.

—Si te perdiera a ti ahora mismo, no lo soportaría —susurró—. No después de todo lo que hemos pasado y lo que seguimos pasando.

Ese fue el momento en el que entendí algo con claridad brutal: si los papeles se invirtieran, yo estaría igual de rota. O peor. Apenas podría sostenerme en pie, aunque en honor de la verdad ya había pasado por una situación más que complicada con nuestro hijo y no me quedó más opción que mantenerme firme, al pie del cañón, como se suele decir.

—Estaría muerta de miedo si fueras tú —le confesé—. Si fuera yo la que se quedara y tú el que volara. Esto… esto es amor del que no pide permiso.

Una sombra de sonrisa triste cruzó su atractivo rostro.

—Siempre has sido peligrosa —murmuró—. Para mí.

—Mira quién lo dijo —bromeé.

Nos tumbamos sin desvestirnos del todo, no era la situación ni el momento ideal para hacerlo. Nos colocamos de lado y con la colcha por encima. Él pasó un brazo alrededor de mi cintura. Yo apoyé la cabeza en su hombro. No hubo prisa. No hubo intención de más. Tan solo necesitábamos sentir la cercanía del otro.

Sus dedos dibujaban círculos lentos en mi espalda. Yo le acariciaba el cuello, notando la tensión acumulada, la rigidez de alguien que llevaba días sin bajar la guardia. No podía imaginarme por lo que estaba pasando. O sí. Y era realmente horroroso.

—No es momento para sexo —murmuró de pronto, casi disculpándose.

—No —le respondí—. Pero sí para esto.

Me besó la sien. Luego la mejilla. Luego el pelo. Los suyos fueron besos suaves, casi reverentes, como si no quisiera romper nada.

—Gracias por haber venido —me susurró.

—Gracias por dejarme venir —repuse.

Permanecimos así largo rato. Escuchando los sonidos lejanos de la casa. Un teclado. Un paso. Un susurro por el pinganillo.

Pensé en Leo. En mis padres. En Olivia. En lo absurdo y cruel que podía ser todo aquello. Y aun así, no me arrepentía ni un segundo de haber volado a toda velocidad hacia Washington, una vez más.

Ethan entrelazó sus dedos con los míos.

—Si llaman esta noche… —empezó.

—Responderemos —terminé—. Tú y yo. Lo haremos juntos. No sé qué estamos comenzando ni hacia a dónde irá todo esto. Lo único que sé es que se

trata de algo de los dos.

Asintió. Cerró los ojos. Yo también.

No dormimos del todo. Pero descansamos lo justo para no desfallecer al día siguiente. Y entonces sentí que no estaba sobreviviendo. Estaba resistiendo.

Me desperté antes de que sonara ninguna alarma, con esa sensación incómoda de haber dormido un poco, pero de no haber descansado casi nada. La luz gris de Washington se filtraba por las cortinas y durante unos segundos no supe dónde me encontraba. Luego recordé: la casa de Ethan, Olivia secuestrada, el equipo montado en el despacho y esa calma falsa que precede a la más terrible de las tempestades. Ethan dormía a mi lado, boca arriba, con una mano apoyada sobre el pecho, como si incluso dormido necesitara recordarse que seguía respirando.

Me incorporé despacio para que no se despertase. El silencio de la casa era casi sepulcral, roto solo por el zumbido lejano de algún dispositivo electrónico de los que nunca se apagan del todo. Me puse una sudadera y salí al pasillo. Desde el despacho se veía luz.

Julia volvía a estar levantada, igual que el resto. Me la encontré sentada frente al portátil, con una taza de café ya medio vacía. Devin no paraba de teclear, rodeado de pantallas con mapas, gráficos y líneas de tiempo que eran como para volverse majaras. Mark permanecía de pie, con los brazos cruzados, observándolo todo como si el mundo fuese una amenaza permanente.

—Buenos días —susurré.

Los tres alzaron la vista hacia mí.

—No estoy segura de que lo sean —respondió Julia, sin dramatismo—, pero tenemos novedades.

Sentí un nudo inmediato en el estómago.

—¿De Olivia?

Devin asintió.

—De la llamada que recibió Ethan. Hemos limpiado bastante el audio. No lo suficiente como para identificar una voz con certeza, pero sí para detectar algunos sonidos de fondo.

Señaló una de las pantallas. Apareció una onda de audio detenida en un punto concreto.

—Aquí —continuó—. Este ruido no corresponde a tráfico urbano ni a ningún aeropuerto comercial. Es el ruido de un motor específico, de baja frecuencia. Coincide con el de un jet privado pequeño, tipo Gulfstream G200 o similar.

—¿Y eso qué implica? —pregunté.

Mark respondió sin dilación.

—Que no salieron de la ciudad a través de un aeropuerto comercial. Este tipo de aviones despegan desde terminales privadas. Sin controles estándar y con la posibilidad de hacerlo de una manera clandestina, de ser necesario.

Devin cambió de pantalla y apareció un mapa con varios puntos marcados.

—Cruzamos ese dato con los vuelos privados registrados la noche anterior y la madrugada siguiente. No todos dejan rastro claro, pero hay uno que destaca.

—¿Hacia dónde? —les pregunté, conteniendo la respiración.

—Hacia México.

La palabra cayó en la habitación como una losa.

—¿México? —repetí—. ¿Estás seguro?

—Tan seguro como se puede estar sin tener una certeza absoluta —contestó—. El vuelo salió desde un aeródromo privado en Virginia y aterrizó en Toluca.

Julia se inclinó hacia mí.

—Toluca no es casual. Está a una hora de Ciudad de México, tiene menos vigilancia y es habitual para operaciones que quieren pasar desapercibidas. Nada en esta operación se ha dejado al azar.

Ethan apareció entonces en la puerta del despacho. Tenía el pelo revuelto y la mirada cansada, pero alerta.

—¿Qué pasa? —nos preguntó.

—Creemos que Olivia está en México —le dije sin rodeos.

No reaccionó de inmediato. Se quedó quieto, procesándolo.

—¿En México… dónde?

—En Toluca o alrededores —respondió Devin—. Desde ahí pueden moverla por carretera a varios puntos. Uno en concreto nos preocupa.

Pulsó una tecla y el mapa se acercó a una zona marcada en rojo.

—Estado de México, zona norte. Hay propiedades aisladas, seguridad privada, difícil acceso. Y algo más —continuó.

—¿Qué? —dijo Ethan.

—El laboratorio rival tiene allí una filial encubierta. No oficial, pero vinculada financieramente.

Sentí un escalofrío recorrerme al completo.

—O sea que no solo es un secuestro —dije—. Es una operación planeada.

—Exacto —confirmó Julia—. Y cuanto más tiempo pase, más la moverán.

Ethan se pasó la mano por la cara, de lo más nervioso.

—Entonces no podemos esperar.

—No —afirmó Mark—. Pero tampoco podemos ir a lo loco. Esto requiere cabeza fría.

—Yo voy —dijo Ethan sin dudar.

—Y yo —añadí.

Los tres me miraron.

—Sara… —empezó Ethan.

—Ni lo intentes —le corté—. Si estuviera en tu lugar y yo fuera la secuestrada, moverías cielo y tierra. No me pidas menos porque no he venido hasta aquí para hacer de florero.

Julia nos observó con atención.

—Hay algo más —dijo—. Una pista pequeña, pero relevante.

Devin volvió al audio. No perdía detalle.

—En la llamada, justo antes de colgar, se escucha una frase en español. Muy baja. Creemos que alguien dice "rápido, ya casi llegamos".

—¿Español de dónde? —pregunté.

—Mexicano. Eso lo tengo bastante claro.

El silencio fue absoluto.

—Entonces es allí —dijo Ethan—. No hay más que pensar.

—Tenemos que movernos de inmediato —añadió Mark—. Yo puedo viajar con vosotros.

—Y yo —dijo Devin—. Desde allí puedo seguir rastreando.

Julia cerró el portátil.

—Yo me quedo coordinando desde aquí. Pero necesito que entendáis algo.

Nos miró a los dos con toda la frialdad que le daba su buen hacer profesional.

—Esto no es una misión de rescate oficial. Si cruzáis esa frontera, lo hacéis bajo vuestra responsabilidad.

Ethan me miró. Yo asentí.

—No hay otra opción —le dije.

Se acercó a mí y me tomó la mano. Noté cómo le temblaban los dedos.

—Gracias por estar aquí —murmuró—. No sé si sería capaz sin ti.

Le apreté la mano con fuerza.

—Vamos a traerla de vuelta —insistí—. A Olivia no le va a pasar nada.

No sabía si era una promesa o una necesidad, pero la expresé en alto igual.

México ya no era un lugar lejano en un mapa. Era el siguiente paso. Y no íbamos a fallar.

Capítulo 16

El hangar privado estaba casi vacío cuando llegamos hasta él. Demasiado silencioso para lo que yo llevaba dentro, pues estaba hecha un manojo de nervios. El aire olía a combustible y metal frío, y ese olor me golpeó como un recordatorio brutal de que aquello ya no era una intuición ni un miedo abstracto: nos íbamos a México porque alguien había secuestrado a Olivia. No podíamos perder el norte respecto a la peligrosidad extrema de la situación.

Ethan caminaba a mi lado con paso firme, pero le noté tenso desde el primer segundo. Había alquilado aquel jet privado para que nos moviésemos con la mayor de las libertades. No hacía falta mirarle a la cara para saberlo; bastaba con sentir la forma en la que me sujetaba la mano, como si en algún punto temiera que pudiera desvanecerme si la soltaba. Yo no pensaba irme a ninguna parte. Si había llegado hasta allí era para acompañarle (en todo) y hasta el final.

El jet nos esperaba al fondo, blanco, impoluto, con las luces encendidas como un animal enorme preparado para huir. Un piloto nos aguardaba junto a la escalerilla, revisando una tablet con gesto concentrado, de lo más profesional. A su lado, Mark hablaba por teléfono en voz baja, mientras Devin cargaba una mochila llena de equipos que yo ya ni intentaba identificar. Julia cerraba el grupo, revisando documentos impresos con una precisión absoluta. Todo era demasiado real para poder aferrarme a que se tratase de una pesadilla.

—Ruta confirmada —dijo Mark al colgar—. Salimos en veinte minutos. Destino final: México.

La palabra se me quedó suspendida en el pecho: México.

No era un país, era una posibilidad. Una esperanza mínima, afilada, peligrosa. Pero una posibilidad a la que nos dirigiríamos sin dilación.

Subimos al jet sin más. El interior era amplio, elegante, silencioso. Cuero claro, mesas plegables y pantallas apagadas. Nada de lo lujoso que resultaba me impresionó; solo pensé en que ojalá Olivia estuviera sentada allí con nosotros, rumbo a unas vacaciones familiares en las que también Leo tuviese su lugar protagonista.

Me senté junto a Ethan. No porque lo pensara, sino porque mi cuerpo fue directo hacia él. Como si supiera que ese era el único sitio seguro en ese momento en aquel jet que nos dirigiría a un rumbo incierto.

—Sigo sin creerme del todo que estés aquí —me confesó por enésima vez en voz muy baja, inclinándose hacia mí—. Que hayas dejado todo… a Leo… para venir conmigo.

Le miré sin soltarle la mano.

—No estoy "contigo" —le corregí—. Estoy con Olivia. Y contigo, sí, pero porque sois mi familia. Aunque todo esté roto, ahora lo veo claro: lo sois.

Asintió despacio. Tenía los ojos enrojecidos, cansados, llenos de esa culpa silenciosa que no se verbaliza porque pesa demasiado.

—Si algo te pasa por mi culpa… —empezó.

—Para —le corté—. No te fustigues. No has hecho nada malo, solo tratas de llevar a tus laboratorios a lo más alto gracias a un proyecto que puede cambiarles la vida a millones de pacientes. No hay nada malo en eso.

No respondió, pero me apretó los dedos con una fuerza que lo decía todo. En el fondo, él sabía que el laboratorio rival no era de fiar, aunque sé de buena tinta que jamás sospechó que su dueño pudiese llegar tan lejos.

El piloto anunció el despegue y el jet comenzó a moverse con suavidad. Sentí esa presión conocida en el pecho cuando el avión acelera, pero esta vez

no era miedo a volar lejos de casa. Era miedo a llegar tarde. A no encontrarla. A que México fuese solo otro punto en el mapa donde la esperanza se diluyese y nos quedásemos con toda la cara partida, como se suele decir.

Cuando el avión se elevó, Devin encendió uno de los monitores portátiles y comenzó a compartir con nosotros una serie de conclusiones, gracias a información cada vez más detallada y privilegiada que le había llegado de la mano de sus muchos contactos nacionales e internacionales. Por algo Ethan contaba con él.

Nos explicó que, dentro del norte del Estado de México, todo apuntaba a San Felipe del Progreso. Yo le escuchaba en silencio mientras iba encajando las piezas. Según decía, cerca de allí el laboratorio rival tenía la maldita filial, una de esas que funcionan casi en la sombra, lejos de focos y preguntas incómodas. No era solo una cuestión empresarial. En esa misma zona existían varias propiedades enormes, registradas a nombre de sociedades distintas, pero con demasiados elementos en común como para no sospechar que pertenecen al mismo dueño.

Devin hizo especial hincapié en una de ellas. No era una finca cualquiera, sino una vivienda aislada, rodeada de terreno privado, con accesos controlados y una estructura que recordaba más a una fortaleza que a una casa, dados sus muros altos, vigilancia y discreción absoluta. Demasiadas casualidades juntas.

Dijo, casi sin levantar la voz, que creía que Olivia podía estar allí. Que no era una información oficial, ni mucho menos. Todo lo que sabía le había llegado por conductos extraoficiales, pero que apostaba el todo por el todo a que su olfato no le fallaría.

—Porque es una zona perfecta para desaparecer —sentenció—. Muchas propiedades privadas y seguridad corruptible si sabes a quién pagar.

La palabra *corruptible* me revolvió el estómago.

—¿Creéis que está bien? —preguntó Ethan, sin rodeos.

El silencio que siguió fue casi peor que una mala respuesta.

Julia fue la primera en hablar.

—Si no lo estuviera, no negociarían —dijo—. Necesitan a tu hija sana y salva para mantenerte activo y culpable. Eso nos da margen —concluyó.

Ethan cerró los ojos un segundo. Yo le pasé el pulgar por el dorso de la mano, despacio, como si ese gesto pudiera mantenerlo entero.

—Vamos a traerla de vuelta —le dije—. No sé cómo, pero lo haremos.

Me miró entonces. De verdad. Como si esas palabras fueran un ancla.

—No sé qué haría si no estuvieras aquí —murmuró.

No respondí. Me limité a apoyar la frente en su hombro. No había espacio para promesas, pero sí para demostrarle mi inquebrantable presencia.

Durante el vuelo, el jet avanzaba con una calma casi insultante. Afuera, la noche era un océano negro salpicado de luces lejanas. Dentro, cada uno procesaba a su manera. Mark revisaba rutas alternativas. Devin ajustaba parámetros y analizaba patrones de movimiento. Julia tomaba notas, precisa, profesional, incansable.

Yo observaba a Ethan. Sus manos, su mandíbula apretada, la forma en que respiraba como si tuviera que recordarse constantemente que seguía habiendo posibilidades. Pensé en Leo. En Olivia. En lo absurdo de que una decisión científica pudiera arrastrarnos a una guerra silenciosa.

—Cuando todo esto acabe —me dijo de pronto, muy bajo—, quiero que todo cambie, no voy a volver a separarme de ti.

—Primero salvamos a Olivia —le respondí—. Luego ya veremos qué hacemos con nuestras vidas.

Sonrió apenas. Una sombra de sonrisa en sus labios.

El piloto anunció que iniciábamos el descenso varias horas después. México aparecía bajo nosotros como un tapiz irregular de luces cálidas. No sentí alivio. Solo una concentración absoluta, casi feroz.

—A partir de ahora, discreción total —dijo Mark—. Nada de actuaciones por libre. Nada de movimientos impulsivos. Tenemos que actuar todos a una y con la máxima precaución.

—Eso va por ti —añadió Devin, mirándome con media sonrisa.

—Tranquilo —le contesté—. No he venido hasta aquí para liarla.

Ethan entrelazó sus dedos con los míos de nuevo.

—Gracias —me dijo—. Por no soltarme.

Le apreté la mano.

—No pienso hacerlo ahora. Esa niña va a aparecer y, por muy enfadada que esté con nosotros, pienso abrazarla muy, muy fuerte.

El jet tocó tierra con suavidad. Demasiada suavidad para el momento brusco que estábamos viviendo.

Cuando se abrieron las puertas y el aire cálido de México entró en la cabina, supe que ya no había marcha atrás. Olivia estaba en algún punto de ese país. Y nosotros acabábamos de cruzar la línea que separa el miedo de la acción. Y, pasara lo que pasara, no íbamos a volver sin ella.

Llegamos hasta allí con la sensación de estar caminando sobre un terreno que se movía bajo nuestros pies. El calor nos recibió como una bofetada suave pero constante, muy distinta al frío contenido de Washington. Aun así, yo apenas lo noté. Tenía la cabeza en otra parte desde que el jet tocó tierra en el aeropuerto de Toluca, un lugar discreto, práctico, lejos del bullicio innecesario.

Ethan no soltó mi mano ni un segundo mientras bajábamos del avión. Sentí sus dedos tensos, más fríos de lo normal, y entendí que estaba haciendo un esfuerzo enorme por no desmoronarse delante del equipo. Yo le apreté con suavidad, una forma silenciosa de decirle que no estaba solo, que no iba a dejarle caer en ninguna circunstancia.

Mark fue el primero en hablar cuando nos subimos a los dos coches que nos estaban esperando.

—Es mejor no llamar la atención —dijo en voz baja—. La casa está como a una hora de distancia, en una zona residencial poco transitada. Nada de hoteles.

—Perfecto —respondió Ethan, con esa voz suya de CEO que aparecía cuando necesitaba agarrarse a algo sólido.

Yo miraba por la ventanilla, intentando absorber cada detalle: las calles amplias, los colores gastados por el sol, el contraste brutal con todo lo que habíamos dejado atrás. Pensé en Leo. Pensé en mis padres. Pensé en Olivia, en algún lugar desconocido, y el estómago se me cerró como un puño. No podía estar pasándolo peor.

La casa en la que nos alojaríamos, cercana a esa otra en la que podría estar Olivia, se ubicaba en una urbanización discreta, rodeada de árboles y muros altos. Nada ostentoso. Nada que gritara a los cuatro vientos dinero o poder. Precisamente por eso era perfecta. Tenía un jardín seco, una piscina vacía y una construcción sólida, funcional, pensada más para pasar desapercibida que para impresionar.

Dentro, el ambiente era sobrio. Pocas cosas personales. Una mesa grande que rápidamente se convirtió en centro de operaciones improvisado. Portátiles, teléfonos, mapas digitales proyectados en una pantalla que Devin montó en tiempo récord.

—La pista de México no es una corazonada —explicó mientras tecleaba —. Todo apunta a este lugar.

—No tenemos confirmación directa —respondió Julia con cuidado—. Pero el patrón encaja. Demasiado.

Ethan cerró los ojos un segundo. No fue un gesto exagerado, ni dramático. Fue breve. Pero lo vi. Le vi sostenerse por dentro, negándose a desmoronarse.

Me acerqué a él y le apoyé la mano en la nuca, con cuidado, como si pudiera romperse.

—Vamos a encontrarla —le dije—. No tiene sentido que todo esto nos haya traído hasta aquí si no es por algo. Creo en el destino, ahora más que nunca —le aseguré.

Me miró. Y en sus ojos vi miedo, sí, pero también gratitud. Y algo más profundo: la necesidad de creerme.

Esa noche, nuevamente, apenas dormimos. No porque no lo intentáramos, sino porque el silencio de la casa estaba lleno de pensamientos. Ethan se sentó en el borde de la cama durante mucho rato, con los codos apoyados en las rodillas, la mirada perdida en el suelo.

—Si algo le pasa… —empezó una vez más, pero no terminó la frase.

Me senté detrás de él y rodeé su cuello con los brazos, apoyando la frente en su espalda.

—No vamos a dejar que pase —repliqué—. Y aunque no quieras oírlo ahora, no es culpa tuya. No lo es, te lo he dicho un millón de veces.

Giró la cabeza lo justo para mirarme. Me besó la muñeca. Un gesto pequeño, íntimo, que me atravesó entera.

A la mañana siguiente, el trabajo empezó de verdad.

Devin y Mark se repartieron tareas desde primera hora. Rastreo de comunicaciones, movimientos financieros, cámaras de tráfico cercanas a aeródromos privados. Julia hablaba por teléfono en inglés y español con contactos que yo no sabía ni que existían.

Yo, sin poder hacer otra cosa, me limitaba a no estorbar, pero tampoco estaba dispuesta a quedarme al margen. Me senté con ellos, escuché, tomé notas mentales y pregunté cuando algo no cuadraba.

—Aquí —dijo Devin señalando la pantalla—. Hay un pago reciente a una empresa de seguridad privada en una zona concreta: Jocotitlán, muy cercana a San Felipe del Progreso. Es una empresa pequeña, casi invisible, pero está relacionada con otras que ya hemos visto antes.

—¿Podrían haberla contratado como apoyo a su propio equipo? —le pregunté.

—Parece ser que sí. Esto afianza el hecho de que puedan tenerla en esa especie de fortaleza que se ha montado el maldito mafioso ese.

Ethan se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—Entonces vamos —dijo—. No podemos esperar.

—Con cuidado —intervino Mark—. Si vamos directos sin confirmar, podemos ponerla en peligro.

La tensión se podía cortar con un cuchillo. Miré a Ethan y le cogí la mano por debajo de la mesa.

—Paso a paso —le dije—. No nos precipitemos ahora.

Me apretó los dedos con fuerza, como si esa frase le hubiera costado aceptarla.

Mi móvil vibró en el bolsillo. Era mi madre.

Me aparté unos metros para contestar.

—¿Todo bien, hija? —me preguntó en cuanto oyó mi voz.

—Estamos… avanzando —le dije, midiendo cada palabra—. Es complicado, pero estamos en la pista correcta.

—Confío en ti —respondió—. Y Leo está bien. Pregunta mucho por ti. Y también por Ethan.

Cerré los ojos un instante.

—Dile que le quiero —le pedí—. Mucho. Dile más bien que le queremos —corregí.

Después llegó un mensaje de Samuel.

“Estoy con vosotros. Sé que vais a conseguirlo. Y si necesitas que cruce el Atlántico a nado, avisa.”

Sonreí sin darme cuenta. Ese amigo maravilloso siempre sabía cómo sostenerme.

Volví al salón con el corazón un poco más fuerte.

—Mi familia está preocupada, te mandan saludos y mucho ánimo —le dije a Ethan—. Leo quiere vernos pronto.

Asintió, agradecido. No dijo nada, pero le vi relajarse apenas un centímetro.

La tarde avanzó entre hipótesis, mapas y silencios cargados. A veces nadie hablaba durante varios minutos. Otras, todo se solapaba.

Cuando cayó la noche, estábamos agotados, pero más cerca que por la mañana.

—No es mucho —dijo Julia—, pero ya no estamos a ciegas. Cada vez tenemos más datos que apuntan en la misma dirección.

Ethan se dejó caer en una silla y apoyó la cabeza en mis hombros.

—Pronto todo estará resuelto —susurró en mi oído.

—Pronto habremos conseguido nuestro propósito: encontrar a Olivia. Y al verbalizarlo, sentí que esa posibilidad empezaba a tomar forma real.

Capítulo 17

La mesa del salón estaba tomada por mapas, portátiles y vasos de café que ya habían pasado por demasiadas manos. El calor de México se colaba por cualquier rendija, pero dentro el aire tenía ese filo de las decisiones que no admiten errores. La situación era más que complicada.

Y entonces la nueva llamada de los secuestradores llegó, cuando el silencio empezaba a pesar demasiado. No sonó el móvil de cualquiera. Sonó el de Ethan. Y en cuanto vi cómo se le tensaban los hombros antes incluso de contestar, supe que eran ellos.

Escuchó sin interrumpir, con el gesto neutro, la mirada fija en un punto indeterminado de la pared. Querían saber qué había decidido. Querían una respuesta clara. Si iba a abandonar el tratamiento. Si estaba dispuesto a dejarlo todo tal y como le habían exigido.

Ethan respiró despacio antes de contestar. Cuando habló, lo hizo con una calma que me pareció casi sobrehumana. Les aseguró que sí. Que estaba dando los pasos necesarios. Que había detenido reuniones, congelado avances y paralizado cualquier movimiento que pudiera interpretarse como una amenaza. Dijo exactamente lo que esos desalmados querían oír.

Colgó sin alzar la voz, sin dramatismos. Se quedó unos segundos con el móvil en la mano, como si le pesara.

—Es solo para ganar tiempo —dijo al fin—. Para que no sospechen. Para que crean que tienen el control.

Asentí. Sabíamos que era una mentira calculada. Una cuerda tensa. Pero, por el momento, era la única manera de mantenerlos entretenidos mientras nosotros seguíamos avanzando.

Ethan caminaba de un lado a otro, demasiado rápido para quien pretendía aparentar calma. Mark observaba en silencio, con esa paciencia de alguien que ha visto cómo una mala idea puede convertir una operación entera en una tragedia. Devin tecleaba sin parar, al objeto de tratar de localizar la llamada, pero esta parecía haber pasado por algún servidor o centralita virtual que lo imposibilitaba. Además, ni siquiera accedieron a que Olivia hablase, con tal de no alargar la comunicación. La tensión no estaba en sus pantallas; estaba en el hecho de que ninguno quería ser el primero en decirlo: no podíamos irrumpir en esa fortaleza sin saber.

Julia rompió el silencio.

—Antes de hacer nada, necesitamos una confirmación —comentó, seca, exacta—. Una certeza. O algo lo bastante sólido como para no improvisar con la vida de una chica.

Ethan se detuvo y la miró.

—¿Y cómo se consigue eso sin levantar sospechas?

—Con una visita que tenga sentido —respondió ella—. No con cinco personas rondando una propiedad como si estuviéramos filmando una serie. Si alguien allí dentro es medianamente listo, notará el olor a peligro.

Devin giró una pantalla hacia nosotros. Una vista aérea, un camino de acceso, un perímetro que parecía diseñado para que nadie llegara sin ser visto… Tenía controlado remotamente el lugar donde se suponía que seguía retenida Olivia.

—Hay cámaras en dos puntos —señaló—. Y un control visual desde la parte alta. Si nos acercamos con coches desconocidos, lo sabrán.

Mark asintió.

—Y si lo saben, la mueven. O se adelantan. O algo peor… Así que no podemos arriesgarnos.

Ethan apretó la mandíbula. Yo le miré. No necesitaba palabras para entender su estado: estaba sujetándose por pura voluntad.

—Entonces… —empecé, pero me quedé sin frase.

Julia me sostuvo la mirada, como si hubiera analizado mi intento de lanzarme al vacío.

—Lo que vamos a hacer es lo contrario de impulsivo —añadió—. Vamos a entrar por una vía que no pueda parecer un ataque. Que pueda explicarse. Que, si hacen una llamada, tenga una respuesta.

—¿Te refieres a una vía legal? —preguntó Mark.

Julia ladeó la cabeza, como si la palabra le pesara y, aun así, fuese la única cuerda disponible.

—Una vía con cobertura. Tengo contactos aquí. Y también en nuestro país. Y conozco a la gente adecuada para que una visita sea lo bastante creíble.

Devin levantó una ceja.

—Creíble suena bien.

—Suena a supervivencia —le cortó ella—. No vamos a jugar a disfrazarnos. Vamos a conseguir un motivo real para que alguien de fuera pise esa propiedad sin que se activen todas las alarmas de esos cabrones.

Ethan se acercó a la mesa, apoyó las manos y bajó la voz.

—Dime qué necesitas. Y lo tendrás de inmediato multiplicado por diez.

Julia no se alteró.

—Solo necesito tiempo. Treinta minutos. Y que nadie me interrumpa.

Se llevó el móvil al oído y se apartó al pasillo. Yo me quedé clavada mirando la puerta, como si el simple hecho de escuchar su tono fuese a devolverme el control de algo. Mark se acercó a Ethan, de lo más sigiloso.

—No podemos prometer nada —murmuró—. Pero podemos hacer esto con cabeza. Julia sabe lo que hace.

Ethan tragó saliva.

—Si está ahí…

No terminó. No hacía falta. Yo me acerqué y le apreté el brazo con suavidad. No por consolarlo, sino por recordarle que no estaba solo sujetando ese mundo que no nos lo estaba poniendo fácil.

Julia volvió al cabo de un rato con la misma cara con la que había salido, pero sus ojos mostraban otra cosa: un plan.

—Bien —carraspeó—. Escuchad. Hay dos opciones limpias. Una es una verificación indirecta: entregas, cámaras, observar patrones. La otra es una visita con soporte institucional. Como os he dicho, yo prefiero la segunda.

Devin se inclinó hacia delante.

—¿Qué tipo de visita exactamente sería esa?

Julia abrió una carpeta digital en su portátil y nos mostró un documento con datos mínimos, sin adorno.

—Inspección por aviso de riesgo —explicó—. No voy a detenerme en los detalles, pero es un procedimiento de comprobación que se usa cuando hay indicios razonables de que en una propiedad se está cometiendo algo que afecta a seguridad o salud. No entra cualquiera. No se hace por capricho. Y requiere que alguien con autoridad la solicite. No podrán negarse y, al no ser un procedimiento habitual, se quedarán a cuadros. Les mostraré la documentación que me acredita para acceder. Si están haciendo allí algo ilegal, y pongo la mano en el fuego por ello, no querrán arriesgarse a levantar sospechas solo por no cumplir con un trámite burocrático.

Mark cruzó los brazos.

—¿Y quién la solicita?

—Un contacto local al que le debo un favor y al que nunca le he pedido uno tan grande —respondió ella y se quedó tan pancha—. Si sale bien, entramos con una razón de lo más potente y, como ya dije, creíble.

Ethan la miró como si de pronto se hubiera encendido una luz en mitad del túnel.

—¿Y tú entrarías?

Julia negó.

—Yo no entro sola. Entro acompañada de quien corresponda. Estaré delante porque mi presencia ayudará a suavizar, sí, pero también porque tengo la mejor cara de "esto es un trámite" que vais a ver en vuestras jodidas vidas. Aun así, necesito que aceptéis algo: no es una entrada a la fuerza. Es una puerta que se abre porque es más peligroso cerrarla.

Devin se pasó una mano por el pelo.

—¿Y si se niegan?

Julia no se movió.

—Si se niegan, es una señal. Si se ponen nerviosos, es una señal. Si intentan posponer la entrada, es una señal. Todo lo que hagan nos arrojará información. Y mientras tanto, vosotros estaréis fuera, sin exhibiros, listos para reaccionar sin precipitaros.

—No estamos solos ni improvisando. Tengo a varias personas preparadas —nos habló Mark—. Equipos distintos que no dependen unos de otros, antiguos comandos con los que he trabajado antes. Gente muy seria, de unidades internacionales, incluidos exagentes del Mossad y de otros grupos europeos. Están en alerta y listos para entrar en cuanto tengamos la confirmación. Cuando llegue el momento, no habrá dudas ni prisas: solo habrá precisión.

—No contaba con menos de tu parte —replicó Julia.

—Eso minimiza el riesgo de que Olivia pague por nuestra ansiedad —intervine sin pensar.

Ethan me miró, y en su mirada vi ese "gracias" que no quiere salir porque duele.

Julia volvió a levantar el móvil.

—Ahora viene la llamada previa. Es parte del protocolo. Se avisa cuando corresponde. Es hora de escuchar. Poned las antenas.

Colocó el altavoz. La línea sonó dos veces y alguien contestó con una voz masculina, desconfiada desde el primer segundo.

Julia se presentó con calma, sin prisas. No sonaba dulce. Sonaba inevitable. Como una persona que no llama para pedir permiso, sino para informar de algo que va a ocurrir inevitablemente.

—Buenas tardes —dijo—. Le hablo por una revisión programada derivada de un aviso formal. No le tomará más de unos minutos, pero necesitamos acceder a la vivienda para confirmar que todo está en regla.

Hubo un silencio breve. Un ruido de fondo, como una televisión demasiado alta o un motor lejano.

—Aquí no esperamos a nadie —respondió el hombre que descolgó con un deje total de descaro y chulería.

Julia no cambió el tono.

—No es una visita a petición del propietario. Es una comprobación derivada. Podemos hacerlo hoy o podemos escalarlo, y le aseguro que escalarlo siempre es más incómodo para todos. Usted verá.

Otra pausa. Ethan se quedó inmóvil. Yo noté que me dolían los dedos de lo fuerte que apretaba mis propias manos.

—¿A qué hora sería esa visita? —preguntó por fin.

Julia miró a Mark, como pidiendo confirmación silenciosa.

—En una hora —dijo ella—. Le enviaré el aviso por el canal correspondiente. Necesito que haya alguien que pueda abrirme y acompañarme. Es un trámite. Si todo está correcto, me marcharé de inmediato. No les molestaré más de lo preciso.

El hombre bufó, como si escupiera paciencia.

—Una hora, ni un minuto más.

—Gracias —respondió Julia, sin regalar gratitud, solo cerrando la frase con educación profesional—. Nos vemos allí en una hora.

Colgó. El silencio se quedó en la sala como una capa.

Devin exhaló despacio.

—Ha aceptado demasiado rápido.

—O demasiado a la defensiva —añadió Mark.

Julia guardó el móvil y se ajustó el pelo con un gesto pequeño, mecánico.

—Ahora viene lo importante —dijo—. A partir de este momento nadie improvisa. Nadie se precipita. Nadie actúa por rabia. Yo iré con cobertura. Vosotros estaréis cerca, pero invisibles. Si vemos a Olivia, si escucho algo, si detecto una señal, se acabó el tablero: pasamos al siguiente nivel. Mark, que tu gente esté preparada.

Ethan tragó saliva. Le temblaba el pulso, y aun así habló firme.

—Solo quiero que vuelva.

Julia le sostuvo la mirada.

—Yo quiero lo mismo. Por eso vamos a hacerlo bien.

Me levanté y sentí algo parecido a una determinación fría, ordenada. No era esperanza ingenua. Era enfoque.

En una hora, una casa que hasta entonces era una sombra en un mapa iba a tener una puerta por la que uno de nosotros se colaría. Y detrás de esa puerta podía estar Olivia. O podía estar la prueba de que la habían movido. Lo que no íbamos a hacer era entrar a ciegas.

Porque a veces la diferencia entre rescatar a alguien y perderlo todo es exactamente eso: confirmar antes de mover un dedo.

Capítulo 18

Todo estaba preparado para que Julia entrara en esa casa acompañada de una autoridad mexicana. El hombre se llamaba Rafael Cruz y, por el modo en el que se movía y se expresaba, se notaba que no era de los que improvisaban. Alto, serio, con una calma que imponía más que cualquier amenaza, llevaba la carpeta bajo el brazo como si aquel trámite fuera exactamente eso: un trámite. Nada más y nada menos, cuando lo cierto era que nos jugábamos la vida de Olivia.

Yo observaba la escena desde un segundo plano, tratando de no pensar en ella, en lo que podía estar pasando por su cabeza, en lo poco que nos separaba de saber la verdad. Julia estaba concentrada, repasando mentalmente cada paso, cada palabra que iba a decir cuando cruzara esa puerta. Sin duda, tenía el control. Hasta que dejó de tenerlo.

Primero fue un gesto mínimo, casi imperceptible. Se llevó la mano al abdomen, respiró profundamente y siguió caminando. Pensé que sería una molestia pasajera, uno de esos dolores que aparecen cuando el cuerpo lleva demasiado tiempo sometido a presión. Pero el segundo aviso fue mucho más claro. Se detuvo en seco. El color se le fue del rostro en cuestión de segundos, palideciendo por completo.

—Julia —dije, acercándome—. ¿Te encuentras bien?

No contestó de inmediato. Intentó dar un paso más y no pudo. Se apoyó en la mesa con fuerza, como si el suelo se hubiera vuelto inestable de repente.

—Es un cólico —murmuró—. Me ha pasado antes. Todo irá bien.

Pero no sonaba convincente. Su respiración estaba descompasada y el dolor le atravesaba el cuerpo sin disimulo. Rafael se acercó enseguida, con gesto profesional, evaluando la situación.

—Así no puedes ir a ninguna parte —sentenció—. No es negociable.

Julia negó con la cabeza, terca incluso en mitad del dolor.

—Tengo que ir. Ya está hablado con ellos.

—No —repitió él—. No en este estado. Si entras así, lo notarían. Y te pondrías en riesgo. Incluso me pondrías a mí. Me niego.

El silencio que siguió fue devastador. El plan entero se sostenía sobre esa entrada. Si Julia no podía cumplir, todo se desmoronaba. Vi cómo ella apretaba los dientes, luchando contra su propio cuerpo, intentando imponerse a un dolor que no cedía. Finalmente, cedió.

—No puedo —admitió, con rabia contenida y una lágrima asomando en sus ojos.

Y entonces lo vi claro. Ellos estaban esperando a una mujer. La llamada la había hecho ella. Si aparecía un hombre en su lugar, algo no encajaría. El riesgo de levantar sospechas era demasiado elevado y nosotros no podíamos asumirlo.

—Iré yo —afirmé contundente.

Todos me miraron.

—Sara, no —dijo Ethan al instante—. No voy a consentirlo.

—No tienes otra opción —le respondí—. Están esperando a una mujer. La voz fue femenina. Si no aparezco yo, todo saltará por los aires.

—No sabes lo que te vas a encontrar ahí dentro —insistió—. No puedes entrar así. Me niego. No puedo ponerte en peligro a ti también.

—No está en tu mano —repliqué—. Y voy a hacerlo.

Intentó detenerme, ponerse delante, buscarme con la mirada como si pudiera convencerme de otra cosa. No lo logró. Yo ya había tomado la decisión. Olivia salvó a Leo y yo haría todo lo posible por salvarla a ella.

Julia me agarró del brazo con la poca fuerza que le quedaba.

—Tienes que hacer exactamente lo que iba a hacer yo —me dijo—. No te salgas del papel. No improvises. Esa gente no es tonta.

Asentí, dándole la razón.

Me explicaron los últimos detalles a toda prisa. El pretexto, la revisión, la documentación. Todo estaba listo. Rafael iría conmigo. Él sería la autoridad visible. Yo, la técnica que acompañaba la inspección. La mujer que no levantaba sospechas. La mujer que se moría por encontrar en aquel lugar una pista sobre Olivia.

El trayecto hasta la casa se me hizo eterno. Repasé cada frase, cada gesto, cada movimiento. Cuando el coche se detuvo frente a la propiedad, sentí cómo el pulso me golpeaba en los oídos. La construcción era imponente, silenciosa, cerrada al mundo. Muros altos, cámaras discretas, una sensación de aislamiento absoluto. El sitio ideal para esconder a alguien.

Rafael bajó primero. Yo le seguí. Los demás nos esperaban a distancia, incluido el mini ejército que comandaba Mark.

Rafael tocó el timbre. Esperamos.

La puerta se abrió al cabo de unos segundos. Un hombre apareció en el umbral. Nos miró con recelo, midiendo cada detalle.

—Buenas tardes —dije antes de que pudiera hablar—. Venimos por una revisión programada de la que ya les hemos informado. Seremos breves, no se preocupe.

Rafael mostró la acreditación con un gesto firme. El hombre dudó unos segundos. Lo vi en su mirada. Pero se apartó. Y entonces entramos.

El interior olía a limpio, a orden excesivo. Demasiado control. Avancé despacio, observándolo todo sin parecer que lo hacía. Las paredes, el suelo, los pasillos. Cada detalle podía ser una pista. Y la ocasión para dar con Olivia no se repetiría.

—Empezaremos por las instalaciones generales —le comenté, manteniendo el tono profesional—. Será rápido si lo encuentro todo en orden.

El hombre asintió, tenso.

Mientras caminábamos, sentí el peso de la responsabilidad aplastándome el pecho. Cada paso me acercaba a la verdad, o quizás a su ausencia. Crucé una mirada con Rafael. Él me entendió. Estábamos dentro. Y ya no había vuelta atrás.

Recorrí la casa con una atención casi obsesiva, obligándome a parecer tranquila mientras por dentro mis nervios estaban crispados. Era una vivienda grande, demasiado impersonal para ser habitada. Con seguridad, sí, con mucha seguridad. Cámaras discretas, sensores visibles solo para quien sabía dónde mirar y puertas macizas. Pero nada que delatara la presencia de una chica que debería estar aterrorizada. Nada que me diera una pista clara de Olivia.

El hombre que nos acompañaba (uno de los rusos) se movía con una cortesía forzada. Ni rastro de una sonrisa y respuestas medidas. Todo parecía preparado para que no encontráramos nada. Y, lo peor, era que lo estaban consiguiendo.

Abrí cuadros eléctricos, revisé accesos secundarios, fingí anotar observaciones técnicas que no significaban una mierda… Rafael mantenía su papel con solvencia, preguntando lo justo, sin apenas levantar la voz y mucho menos las sospechas. Yo asentía, agradecía, sonreía. Y por dentro empezaba a desesperarme.

No había ruidos extraños. No había puertas cerradas con llave. No había señales de encierro. Aquella casa podía haber sido la de cualquier millonario paranoico sin mínimo de calidez en su vida. Y eso me aterraba.

Noté cómo otros tipos rusos con los que nos cruzábamos empezaban a incomodarse más y más. Querían que nos fuéramos. Que cruzáramos la puerta y desapareciéramos de sus vidas. Uno de ellos miró el reloj de manera clara. Otro se aclaró la garganta.

—Si no necesitan nada más… —dijo uno de ellos en un inglés áspero, el mismo idioma en el que les estábamos hablando, porque el español no debían conocerlo ni de lejos.

Sentí un nudo en el estómago. Estábamos a punto de irnos con las manos vacías.

Asentí, fingiendo normalidad.

—Hemos terminado —le dije—. Todo está correcto. Gracias por la colaboración.

Nos dirigimos hacia la entrada. Cada paso me pesaba como una derrota. Me repetía que todavía no todo estaba perdido, que había otros conductos, otros planes. Pero la sensación de haber fallado me golpeaba con fuerza.

Y entonces ocurrió.

La puerta principal se abrió desde fuera y entró un hombre que no había visto antes. Alto, impecablemente vestido, con una presencia que llenó el espacio sin necesidad de saludar. No sonrió. No saludó. Solo se quedó mirándome.

Sentí el impacto de su mirada como un golpe físico.

—Vaya, vaya —dijo en inglés con un acento ruso inconfundible—. Si aquí tenemos a la zorra de Ethan Blackwood.

Me quedé helada. No lo conocía. Nunca lo había visto. Pero él sabía perfectamente quién era yo. Y eso lo cambiaba todo.

—¿Perdón? —atiné a decir, pero ya era tarde.

El ambiente se tensó de inmediato. Los hombres que nos habían acompañado dejaron de fingir cortesía. Dos de ellos se movieron rápido. Demasiado rápido con solo una mirada del que debía ser su jefe.

—Detened a estos hijos de puta —ordenó el recién llegado con calma absoluta.

Rafael intentó reaccionar, identificarse, exigir explicaciones. No le dieron tiempo. Lo separaron de mí con total violencia. Vi su mirada de advertencia justo antes de que lo empujaran contra la pared.

—No —dije—. Esto es un procedimiento oficial. No pueden retenernos contra nuestra voluntad. Se están equivocando.

El ruso sonrió por primera vez. Una sonrisa fría.

—La única que se ha equivocado eres tú, metiendo las narices en mi casa.

Sentí el frío metálico de un arma presionándome la espalda.

—Camina. ¡Ya!

Me empujaron por un pasillo distinto al que habíamos recorrido antes. Mis piernas avanzaban por inercia. El corazón me golpeaba tan fuerte que pensé que podrían oírlo. Intenté pensar en Ethan. En Leo. En mantener la cabeza fría. Pero el miedo se abría paso sin pedir permiso. Sin duda, ese era el tipo, el maldito oligarca ruso, de nombre Vladimir Novikov.

Me metieron en una habitación y cerraron la puerta tras de mí. Y allí estaba ella. Allí estaba mi niña.

Olivia levantó la cabeza de golpe. Sus ojos se abrieron de par en par. Durante un segundo pensé que estaba alucinando. Luego corrió hacia mí, tras dar un salto.

—¿Sara? —susurró—. ¿Qué haces tú aquí?

No me dio tiempo a responder. Olivia me abrazó con una fuerza desesperada, como si temiera que desapareciera si me soltaba. La rodeé con

los brazos, notando lo delgada que estaba, lo frágil que se sentía.

—He venido a por ti —le dije, con la voz firme a pesar de todo—. Y no te preocupes. Tu padre nos va a sacar de aquí. Te lo prometo.

Olivia negó con la cabeza, aferrándose a mí.

—No tendrías que estar aquí —murmuró—. No tendrías que haber venido. Y menos después de las cosas que te dije.

Parecía muy arrepentida. Estar encerrada allí y verme aparecer le dio otro punto de vista sobre la situación.

Le levanté la cara con suavidad y la miré a los ojos.

—Claro que sí —respondí—. No iba a dejarte sola. Me da igual lo que me dijeras.

Escuché pasos al otro lado de la puerta. Voces en ruso y órdenes secas. Sabía que el tiempo corría en nuestra contra. Pero en ese instante, con Olivia entre mis brazos, tuve una certeza absoluta: pasara lo que pasara a continuación, ya no estaba sola. Y eso lo cambiaba todo.

Capítulo 19

Nos sentamos en el suelo, apoyadas contra la pared, con la espalda tocándose como si ese contacto pudiera mantenernos en pie. Olivia seguía temblando. Le pasé un brazo por los hombros y noté lo helada que estaba, lo gélido de su piel.

—Tu padre está fuera —le dije en voz baja—. No está solo. Tiene a mucha gente con él. Militares, miembros de equipos especiales. Esto no va a quedarse así. Teníamos un plan y ha fallado, pero no te preocupes, que saben que estamos aquí.

Olivia negó despacio, sin mirarme.

—Ojalá fuera tan fácil —susurró—. Sara… yo tengo miedo. Y no solo por lo que nos puedan hacer aquí.

Le levanté la barbilla con cuidado para que me mirase.

—No te va a pasar nada. Te lo prometo.

Tragó saliva. Los ojos se le llenaron de lágrimas que llevaba conteniendo demasiado tiempo.

—Me siento fatal —confesó—. Muy mal. Por todo. Por cómo estaba contigo. Por cómo estaba con mi padre. Por lo enfadada que me mostraba con todos cuando en realidad… cuando en realidad yo tampoco hice las cosas bien.

Fruncí el ceño, sin entender.

—¿A qué te refieres, cariño?

Se abrazó las rodillas, encogiéndose.

—Papá siempre me avisaba —continuó— de que tuviera cuidado, que no confiara en cualquiera, que no metiera en mi vida a desconocidos. Yo pensaba que exageraba, que veía peligros donde no los había. Creía que me controlaba cuando en realidad ahora me doy cuenta de que me protegía porque, además, cuando una familia es rica como la nuestra, los peligros acechan con más facilidad.

—Ethan solo quería protegerte, es cierto —asentí—. El mundo en el que se mueve no es limpio. El poder atrae muchas envidias.

Olivia soltó una risa amarga.

—Ya lo sé. Lo he aprendido a fuego. He tenido que verme encerrada aquí para darle la razón.

Guardó silencio unos segundos. Luego habló casi en un susurro.

—Conocí a un chico, Sara, hace poco tiempo.

Noté cómo algo se me tensaba por dentro.

—¿Un chico?

—Sí, por internet. Yo estaba enfadada con el mundo, supongo. No fue algo raro al principio. Hablábamos, nada más. Música, películas, tonterías. Se llamaba Brad.

El nombre cayó entre nosotras como una pieza nueva del puzle.

—¿Brad qué? —le pregunté.

—Brad Harris, no va a ser Brad Pitt —trató de bromear sorbiendo por la nariz—. Aunque en realidad a mí me parecía casi tan guapo como él. Era

estadounidense y tenía veintisiete años. Vivía, supuestamente, en Nueva Jersey.

Supuestamente. Cielos, en qué lío se había metido Olivia.

—¿Y te gustaba?

Bajó la mirada, avergonzada.

—Mucho. Me hacía sentir normal. No la hija de Ethan Blackwood, no la chica a la que todos veían como a una enchufada, no la niña vigilada. Solo Olivia.

Sentí una punzada de rabia contenida.

—¿Desde cuándo hablabais, Olivia?

—Desde hace unas semanas. Cada vez más. Me decía que yo era valiente, que admiraba cómo había pasado por todo lo de Leo, que tenía una fuerza impresionante. Yo… me lo creí. Perdona por airear así el tema de tu hijo… El tema de mi hermano —corrigió suspirando. Y me gustó mucho que se refiriese a Leo así. En cuanto a lo del tipo ese, me mordí la lengua para no maldecir.

—¿Quedaste con él?

Asintió otra vez, más despacio.

—Me dijo que venía a Washington por trabajo. Que le gustaría verme. Dudé, te lo juro. Pensé en papá, en que él nunca hubiese aprobado algo así. Pero estaba enfadada. Me sentía sola y dolida. Y acepté.

Cerré los ojos un instante.

—¿Esa noche?

—Sí. Quedamos cerca de mi apartamento. Parecía muy correcto, aunque también muy divertido. Me aseguró que no pretendía colarse del tirón en mi cama, no hasta que yo lo tuviese claro y le invitase. Bajé pensando que solo

hablaríamos un rato. Que daríamos un paseo y que luego valoraría si era un chico con el que volver a citarme.

La voz se le quebró.

—Y no fue así.

Le apreté el hombro en señal de apoyo. La sentía como mi niña, algo muy extraño, porque nunca tuve una. Y, sin embargo, era así.

—Cuéntame despacio, cariño. Sé que tú y yo no hemos comenzado con el mejor pie, pero te doy mi palabra de que puedes confiar en mí.

—Ahora lo sé. Verte aquí es la mejor prueba de ello. Pues bien, te sigo contando. Cuando llegué, Brad no estaba solo —continuó—. Todo pasó muy rápido. Me agarraron. Me taparon la boca. Él permanecía allí, mirándome. No hizo nada. Ni una sola cosa para impedirlo.

—¿Trabajaba para Novikov? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí. Después lo supe. Vladimir lo había puesto como cebo. Brad no era ruso. Se trataba del chico perfecto para que bajara la guardia. Para que confiara.

Las lágrimas empezaron a caerle sin control en dirección a sus mejillas.

—Me entregó como si fuera un paquete, Sara. Y lo peor de todo es que yo confiaba en él. Incluso me dijo que era ingeniero, que entendía muchos de los términos con los que me manejaba, y hasta se me fue la lengua sobre el tratamiento del laboratorio de papá más de una vez. Era un desconocido y quebranté la cláusula de confidencialidad. Creo que, si Vladimir ha tenido más información de la que debía, ha sido por mi culpa.

Sentí un nudo feroz en el pecho.

—Olivia, escúchame —le dije—. Nada de esto es culpa tuya. Te sentías vulnerable y con él todo parecía distinto.

—Sí lo es —replicó—. Si hubiera escuchado a papá… si no hubiera estado tan enfadada… si no hubiera querido demostrar que podía decidir por mí misma…

—No —la corté—. Confiar no es un delito. Enamorarte de una mentira no te hace culpable. Te hace humana. Y si cometiste un error yéndote un poco de la lengua, lo has pagado con creces.

Me miró con los ojos enrojecidos.

—¿Y si todo esto acaba mal por mi culpa?

Le tomé la cara con las manos.

—Esto acaba bien porque tu padre no va a parar hasta vernos a las dos sanas y salvas. Y porque yo estoy aquí contigo. Y porque Brad y Vladimir no han ganado nada todavía.

Un ruido lejano nos hizo callar. Algo metálico. Como un golpe seco en el exterior.

Olivia se tensó.

—¿Lo oyes?

Asentí.

—No te separes de mí —le dije—. Pase lo que pase.

Se abrazó a mí con fuerza.

—Gracias por venir —susurró—. Aunque no tendrías que estar aquí.

Apoyé la frente en la suya.

—He venido a por ti. Y no pienso irme sin ti.

En ese momento, el sonido de unas hélices empezó a filtrarse a lo lejos, creciendo poco a poco. No sabía lo que significaba, pero tuve claro algo:

aquella historia no había terminado. Y ninguna de las dos iba a rendirse.

A partir de ese momento, todo fue muy confuso.

El primer disparo sonó tan cerca que sentí el golpe en el pecho antes incluso de procesarlo. Olivia se estremeció pegada a mí, como si la bala hubiera cruzado la pared y le hubiera rozado la piel, cosa que no ocurrió, por suerte. Durante un segundo todo quedó en suspenso, una pausa absurda en la que la casa entera pareció aguantar la respiración. Después llegó la ráfaga: una sucesión de tiros rápidos, desordenados, que hicieron vibrar el suelo y llenaron el aire de un eco metálico.

Gritos en ruso. Órdenes atropelladas. Pasos corriendo por el pasillo.

Olivia levantó la cara, pálida como la pared y con los ojos desencajados.

—¿Qué está pasando? —susurró.

La abracé más fuerte, pegándola a mi cuerpo como si pudiera esconderla dentro de mí.

—Están entrando —le dije—. Tu padre y los demás. Están entrando. Te lo dije.

No sabía cómo explicarlo sin que sonase a promesa vacía, pero aquel caos no era fruto de la casualidad. Era un asalto. Se notaba en la manera en que los hombres de Vladimir dejaron de moverse con seguridad. El control se les estaba resbalando entre los dedos.

De repente, sonó otro impacto. Esta vez cerca de la puerta. Un sonido seco, seguido de un chasquido como de madera astillándose.

Olivia se tapó la boca con una mano, intentando no llorar.

—Mi padre… —dijo, apenas un hilo de voz.

—Está fuera —respondí—. Está fuera y no va a parar. Ya te lo dije.

La puerta se abrió de golpe. Dos tipos armados entraron apuntándonos sin dudar. Sus caras no mostraban emoción, solo prisa y rabia. Uno gritó algo en ruso que no entendí, y el otro nos señaló con el arma para que nos levantáramos.

Nos pusimos de pie a trompicones. Olivia se aferró a mi brazo, temblando. Intenté mantenerla cerca sin delatar el pánico que sentía. Nos empujaron hacia el pasillo.

El corredor ya no era el mismo. Había cristales por el suelo, una puerta arrancada de las bisagras, una mancha oscura que preferí no mirar demasiado, pues se parecía a sangre más de lo que estaba dispuesta a admitir. El olor a pólvora se me metió en la garganta, amargo y denso. Al fondo, por alguna parte, seguían sonando disparos. Ráfagas cortas. Pausas. Ráfagas más largas. Era un fuego cruzado en toda regla.

Y entonces le vi.

Vladimir Novikov apareció en un cruce de pasillos, caminando despacio, con una calma que daba auténtico miedo. Llevaba un arma en una mano y la otra la mantenía libre, como si incluso en mitad de una batalla privada pudiera permitirse gestos elegantes. No se inmutó al oír los tiros. Ni siquiera miró hacia el lugar del ataque.

Nos observó como quien evalúa un objeto que ya le pertenece.

—Blackwood —dijo en inglés, con ese acento ruso que sonaba como una amenaza en sí misma—. Siempre tan dramático. Siempre llegando tarde.

Quise contestarle, pero no me salió la voz del cuerpo. Olivia, en cambio, se quedó rígida, como si al fin comprendiera que aquello no era un secuestro cualquiera. Era Vladimir. Era alguien con poder real.

Novikov hizo un gesto con la barbilla. Los hombres nos obligaron a girar hacia una puerta lateral. No la habíamos cruzado antes. Al abrirla, el aire de fuera nos golpeó con un frío seco que contrastó con la asfixia del interior. Salimos a una terraza enorme donde un viento incontrolable nos recibió.

Y lo entendí al instante.

Aquello no era solo una terraza. Era un helipuerto camuflado.

El suelo estaba reforzado, con marcas casi invisibles, líneas que parecían decoración, pero que en realidad eran guías. Había jardineras grandes colocadas de forma estratégica, toldos retráctiles recogidos, piezas de mobiliario que podían apartarse en minutos para dejar un círculo limpio de aterrizaje. Desde una vista aérea o una cámara lejana, se vería como un espacio de descanso elegante, nada más. No como un helipuerto. No como una salida.

El ruido de las hélices empezó a crecer a lo lejos.

Olivia apretó mi mano con auténtica desesperación.

—No… no…

—Shh —le dije—. Quédate conmigo.

Uno de los hombres nos puso el cañón del arma en la espalda, obligándonos a avanzar hacia el centro de la plataforma.

—¿Dónde nos llevas? —le pregunté, y odié el temblor en mi voz.

Vladimir giró la cabeza hacia mí con una sonrisa mínima.

—Donde Ethan Blackwood os ha arrastrado por no obedecer —respondió —. Él cree que el mundo funciona con reglas. Yo hago las reglas.

Otro estallido de tiros sonó dentro de la casa. La batalla seguía. Me imaginé a Devin intentando rastrear, a Mark coordinando entradas, a Ethan moviéndose con furia. Y en ese mismo pensamiento sentí el vértigo de entender que Vladimir ya había previsto esto. Que siempre había tenido un plan de huida.

El helicóptero apareció como una sombra que se materializaba sobre nosotras. El rugido fue ensordecedor. El viento levantó polvo y hojas. Olivia se encogió, y yo la rodeé con los brazos, pegándola a mi pecho.

—Subid inmediatamente —nos ordenó Vladimir, sin levantar la voz.

Nos empujaron hacia la aeronave. Subimos a la fuerza, encogidas, con las manos visibles, con los oídos zumbando por el estruendo. Un hombre nos señaló un par de asientos al fondo. Vladimir subió detrás, acompañado por dos tipos armados hasta los dientes. En cuanto la puerta se cerró, el helicóptero se elevó con un tirón que me dejó el estómago en la garganta.

Miré por la ventanilla.

La casa se hizo pequeña demasiado rápido. Luces parpadeando. Sombras corriendo. Destellos que podían ser disparos o reflejos. Quise creer que los nuestros habían entrado lo suficiente como para ver que algo no cuadraba, como para intuir que nos estaban sacando de la casa vía aérea.

Olivia apretó mi muñeca.

—¿Y si no nos encuentran? —susurró, con los dientes castañeteándole.

Le acaricié el pelo, intentando que mi mano no temblara.

—Nos van a encontrar —le aseguré—. Tu padre no se rinde.

Vladimir soltó una risa baja.

—Qué bonito suena eso —murmuró—. La fe. La fe siempre hace que las caídas sean más divertidas.

Le miré con rabia, pero no dije nada. Era inútil. No podíamos provocarle. No allí, no en ese espacio cerrado, rodeadas de armas y sin posibilidad de defensa alguna.

El vuelo se me hizo irreal. No tenía referencia de tiempo. Solo el ruido constante del motor, el olor a metal, el aire vibrando. De vez en cuando veía luces dispersas abajo, carreteras, manchas oscuras que podían ser campos. Vladimir no dejó de observarnos, como si disfrutara de cada segundo de nuestra impotencia.

Aterrizamos en otro punto, mucho rato después. Bajamos rápido. Nos metieron en un vehículo sin matrícula visible. Cambiamos de coche otra vez poco después. Todo pensado para romper cualquier rastro.

Y entonces, de golpe, el olor. Un olor que, sin que fuese consciente de ello, me trasladó a mis veranos en el sur de España, concretamente en Cádiz.

Sal. Humedad. Mar.

El coche frenó. Nos sacaron con brusquedad. La noche era cerrada, pero había focos potentes iluminando una zona de muelle. Frente a nosotras se alzaba un barco enorme. No un yate elegante. No una embarcación moderna. Era una mole vieja, oxidada, con la pintura descascarillada y manchas oscuras en el casco. Parecía un monstruo cansado, pero aún capaz de tragarse a cualquiera. Aún capaz de tragarnos a nosotras.

Olivia se quedó clavada mirando esa cosa horrible que flotaba.

—Dios… —susurró.

Yo también me quedé sin aire. El barco imponía por tamaño y por lo que sugería: anonimato, desaparición, distancia. Si subíamos ahí, el mundo se haría más grande y nosotras más pequeñas.

Vladimir se acercó a nuestra espalda, y sentí su presencia como un frío pegado a la piel.

—Bienvenidas —dijo—. Ethan Blackwood creyó que podía desafiarme en tierra. Ahora veremos si también se atreve a hacerlo en agua.

—¿Dónde nos llevas? —preguntó Olivia, con un hilo de voz.

Vladimir inclinó la cabeza, como si apreciara el intento.

—A un lugar donde no os va a salvar su heroísmo —respondió—. Donde sus amigos no entran disparando. Donde sus contactos no sirven. Donde todo lo que ha hecho solo os ha arrastrado más lejos.

Nos empujaron hacia la pasarela. El metal crujió bajo nuestros pies. El mar golpeaba el casco con un sonido grave, constante, como un latido. Olivia me apretó la mano con desesperación. Noté que estaba helada.

—No me sueltes —le pedí.

—No puedo —respondió, casi suplicando—. No puedo, Sara.

—Todo va a salir bien —murmuré—. Mírame. Quédate conmigo.

Subimos. Un hombre nos empujó desde atrás. Otro nos apuntó desde delante. No había margen para detenernos. Tampoco para respirar ni para pensar en otra cosa que no fuera avanzar.

La cubierta olía a gasóleo y óxido. Había sombras moviéndose, gente esperando, voces en ruso. Una luz amarillenta parpadeaba en un lateral, como si el barco también estuviera cansado, como si hasta la electricidad se resistiera.

Vladimir caminó a nuestro lado, tranquilo, como un dueño paseando a sus mascotas.

—Recordad algo —dijo, y su voz sonó demasiado cerca—: todo esto es culpa de Ethan Blackwood. Él empezó la guerra.

Nos empujaron hacia una puerta metálica que daba al interior. El aire cambió al instante: húmedo, cerrado, con ese olor antiguo que tienen los sitios donde la gente desaparece y nunca vuelve a dar señales de vida.

Antes de cruzarla, miré atrás una última vez. Vi el muelle iluminado, el agua negra, el casco enorme del barco, el óxido como una herida abierta.

Y supe que el siguiente tramo no iba a ser solo un secuestro.

Iba a ser una caza.

Nos metieron dentro a empujones. La puerta se cerró con un golpe seco a nuestra espalda, y el sonido retumbó como una sentencia.

Capítulo 20

La puerta metálica se cerró detrás de nosotras con un golpe que me resonó en los dientes, como si me hubieran impactado en ellos con un puño. El aire dentro del barco era otra cosa: húmedo, espeso, con olor a gasóleo viejo y óxido, como si el metal hubiera sudado durante años sin que nadie lo limpiara. Nos empujaron por un pasillo estrecho iluminado por luces amarillentas que parpadeaban, y cada paso hacía sonar cadenas, bisagras y algo que se quejaba en la estructura del barco como si de un lamento se tratase.

Olivia no me soltaba. Le notaba la mano fría, demasiado fría, y ese temblor que también ella intentaba controlar sin conseguirlo.

—Sara… —murmuró—. ¿Qué va a pasar?

No tuve una respuesta que no fuera una mentira bonita, así que le apreté los dedos.

—Vamos a mantenernos juntas —le respondí—. Pase lo que pase.

Uno de los hombres nos dio un tirón brusco para separarnos un poco y, en el gesto, me quedó clarísimo que no iban a permitir nada por amor fraternal. Nos llevaron hasta una estancia baja, casi sin altura, con paredes de metal y un suelo que se me antojó pegajoso. Allí había una mesa, una silla, un gancho en la pared y un sonido constante de motor lejano que hacía vibrar todo. Como si el barco respirase, y cada respiración sonara amenazante.

Vladimir Novikov entró detrás, tranquilo. Debió pensar que se trataba de un despacho y no de un infierno flotante. Se acercó a Olivia con una calma que me dio ganas de saltarle encima.

—Tú, niña —dijo, señalándola—. Aprende algo: cuando la gente cree que tiene opciones, se vuelve peligrosa.

Olivia no contestó. Le vi apretar la mandíbula con esa mezcla de terror y orgullo que solo se tiene cuando ya te han roto varias veces y aun así sigues de pie.

Novikov se giró hacia mí.

—Y tú… —murmuró—. Eres más valiente de lo que esperaba. O más estúpida. Llevaba tiempo vigilando a Blackwood, ¿cómo no pensó que reconocería tu olor a zorra en cuanto me penetrase por la nariz?

Me quedé con ganas de estamparlo contra la pared. De buena gana lo hubiese intentado si con eso no estuviese firmando una posible sentencia de muerte.

Nos sacaron de la estancia y nos llevaron por otra escalera. Subimos hasta una zona de cubierta protegida por una estructura medio cerrada, como un pequeño puente improvisado. A través de una rendija vi el muelle, del que pretendían alejarnos, y eso me hizo sentir la mayor de las incertidumbres. Los focos quedaban atrás. El agua negra se abría delante como una boca dispuesta a tragarnos.

Vladimir caminó hacia el capitán. Era un hombre mayor, de cara curtida, manos enormes y ropa de trabajo. No parecía un oligarca ni un mafioso; parecía un lobo de mar que había visto demasiado y había decidido no sentir nada.

Novikov sacó un fajo de billetes. No un sobre. Un fajo ridículo, como de película. Se lo puso en la mano al capitán con un gesto lento, calculado, casi ceremonial. Con un gesto que disfrutó.

El capitán miró el dinero sin sorpresa, contándolo más con los ojos que con las manos.

Novikov se inclinó y le dijo algo en ruso. No oí las palabras exactas, pero el tono era suficiente. No era una petición. Era una orden con premio.

El capitán asintió una sola vez.

Y entonces el barco se movió.

No fue un arranque suave; fue como si un monstruo decidiera ponerse en marcha. El motor rugió, el suelo vibró, las cadenas tintinearon. Olivia tragó saliva y me miró como si estuviera cayéndose por dentro. Y el maldito mafioso de Vladimir se esfumó.

Nos llevaron de vuelta a los pasillos. Esta vez no fue solo empujones. Fue una preparación fría. Nos metieron en una habitación aún más baja, con dos anillas en el suelo. Nos obligaron a sentarnos y nos encadenaron, tratando de despojarnos de toda dignidad humana.

Oí el clic del metal cerrándose alrededor de mi tobillo. Luego el de Olivia. Sentí una punzada de rabia. No era solo miedo. Era humillación, control, un recordatorio constante de que, para ellos, no éramos personas. Éramos mercancía.

Cuando nos quedamos solas, el silencio se volvió más cruel que los gritos. Solo el motor y el agua golpeando el casco.

Olivia se me acercó lo que le permitían las cadenas. Se apoyó en mi hombro.

—Yo tengo la culpa —susurró, otra vez.

—No —le contesté, firme—. No empieces con eso aquí. No lo voy a permitir. Solo estos malditos cabrones la tienen.

Se quedó unos segundos sin hablar, respirando entrecortado.

—Es que… —dijo—. Si no hubiera… si no hubiera confiado en Brad…

Noté cómo se me tensaba el cuerpo.

—No lo conviertas en tu castigo —le dije—. Ese chico te utilizó. Y Vladimir diseñó la trampa. Nada de esto es culpa tuya.

Olivia soltó una risa pequeña, rota.

—Me siento tan idiota…

—Eras una chica enfadada —le recordé—. Y alguien te dijo exactamente lo que necesitabas oír para hacerte caer en sus redes. Eso no te hace idiota. Te hace humana. Tenías derecho a estar enfadada. Sé que tu padre, en su día, traicionó a tu madre conmigo. Pero te prometo que, para entonces, su relación ya estaba rota. Aunque se quedase con ella por humanidad al enterarse de su enfermedad, como le pediste.

Olivia me miró, con los ojos enormes, cansados.

—¿Crees que mi padre…?

—Va a venir —la interrumpí—. Ethan no se rinde. Y Devin y Mark tampoco.

No sabía si lo decía para ella o para mí.

Pasaron horas. O eso me pareció. El tiempo dentro de un barco así no se mide igual. A ratos me quedaba medio dormida, no porque pudiera descansar, sino porque el cuerpo hace eso cuando ya no puede sostener el terror a pulso. Cada vez que un paso sonaba al otro lado de la puerta, el corazón me volvía a arrancar, poniéndose en marcha.

En algún momento, el ruido del motor cambió. Noté una vibración distinta. Oí voces más cercanas. Después, una sacudida leve, como si el barco se acomodara.

—Estamos llegando —susurró Olivia.

No supe si lo dedujo o lo sintió, pero también lo noté. Nos levantaron a tirones, nos desengancharon del suelo y nos empujaron por los pasillos. Subimos, bajamos, cruzamos una compuerta. El aire cambió. Olía menos a

óxido y más a perfume caro… lo que fue tan surrealista que me heló la sangre. ¿Dónde diablos estábamos?

Salimos a un lugar que parecía un vestíbulo de hotel de lujo. Mármol. Luces cálidas. Columnas. Un silencio limpio. El contraste con el barco destartalado me dejó descolocada. Era como entrar en otro mundo.

Olivia se pegó a mí instintivamente.

—No nos separemos, por favor —susurró.

Intenté agarrarle la mano, pero un hombre nos golpeó el brazo para apartarnos.

—No —dijo en inglés, seco.

Nos separaron. Irremediablemente, lo hicieron.

—¡No! —grité—. ¡Ella se queda conmigo!

No me respondieron. Me sujetaron por los brazos y me arrastraron hacia un pasillo. Vi a Olivia mirar atrás, llorando sin sonido y se me rompió el alma. Me hizo un gesto con la mano, como si quisiera decirme que aguantara, que no me derrumbara. Ese gesto me mató, cuando lo cierto era que yo debía protegerla a ella.

Me metieron en una habitación enorme. Demasiado bonita. Demasiado perfecta. Había espejos, un baño con mármol, un armario abierto con ropa preparada. Un vestido que no era ropa: era una jodida trampa. Tacones altos. Una mesa con maquillaje, pinzas, perfumes.

Dos mujeres entraron. No parecían matonas. Parecían trabajadoras de un hotel. Eso lo hacía peor. Aquello sonaba fatal. Ya lo tenía bien claro: Vladimir nos había vendido.

Me miraron como si yo fuera una muñeca estropeada a la que tenían que arreglar rápido.

—No —dije, retrocediendo—. No pienso dejar que me pongáis las manos encima.

Una de ellas me señaló con la barbilla, y un hombre armado apareció detrás, dejando claro que mi opinión no estaba en el menú. Que mi opinión les importaba una misma mierda.

Me llevaron al baño. Me desnudaron con prisa. Me dieron una ducha como si lavaran un objeto. El agua estaba caliente, pero yo solo sentía frío; ese frío que procede del interior y que es el peor que un ser humano puede experimentar. Luego me secaron, me tocaron el pelo, me maquillaron con manos expertas. Me miré en el espejo y no me reconocí. La cara estaba "aceptable", la piel parecía viva, los labios tenían color, demasiado color… y por dentro yo solo era miedo y rabia.

Me pusieron el vestido. Era demasiado ajustado, demasiado escotado, demasiado pensado para gustar a gente que paga por no escuchar un "no".

—Esto es una locura —murmuré.

Nadie respondió. Aquellas mujeres parecían no tener vida, parecían verdaderas máquinas sin alma.

Cuando terminaron conmigo, me condujeron por un pasillo largo y silencioso. Oí música lejana, suave, como de club elegante. Me dio náuseas.

Me abrieron una puerta y, al otro lado, vi un espacio enorme. Techos altos, luz tenue, cortinas gruesas. En el centro había camas redondas, varias, como si aquello fuera un escenario. Había sofás, una barra con botellas, alfombras. Era obsceno en su lujo. Era peor de lo que podía pensar.

Y allí estaba Olivia.

Le habían hecho lo mismo. Maquillaje, pelo arreglado, un vestido que parecía robado de un escaparate de una sex shop. Me miró como si yo fuera un milagro y un desastre a la vez.

Corrió hacia mí en cuanto pudo, y yo la abracé con tanta fuerza que me dolieron los brazos.

—Sara… —susurró—. ¿Qué es esto?

No pude mentirle. No con ese lugar.

—Es… —tragué saliva—. Es lo que parece, cariño. Ahora vas a tener que ser fuerte, más que nunca.

Olivia empezó a temblar de un modo que imponía. Me apretó como si quisiera meterse dentro de mi piel.

—No… por favor… por favor…

Yo le sujeté la cara.

—Mírame —le pedí—. Pase lo que pase, no te suelto. Te juro que no te suelto, mi niña.

Oí un ruido de puertas. Voces masculinas. Risas bajas. Pasos. Varios.

Nos quedamos quietas, aterradas y abrazadas, en el centro del maldito sitio, como dos animales acorralados.

Entraron hombres. No uno. Varios. Bien vestidos. Perfume caro. Relojes brillantes. Miradas que no eran humanas. Miradas de compradores que revisan mercancía.

Uno se acercó, evaluándonos como si fuéramos un producto. Otro se rio abiertamente y en nuestra cara. Otro dijo algo en un idioma que no identifiqué, pero el tono me revolvió el estómago.

Olivia se escondió en mi cuello.

—No —murmuré, con la voz rota—. No.

Un hombre levantó una mano hacia nosotras.

Y entonces sonaron tiros.

Al principio no lo procesé. Fue un sonido seco, real, que no encajaba con la música suave ni con el lujo. Luego otro. Y otro. La música se cortó. Los hombres se giraron, confundidos, y algunos cayeron al suelo casi de inmediato.

Olivia soltó un grito ahogado.

Yo me quedé paralizada, con ella entre mis brazos, mientras el caos explotaba en aquella sala. Gritos, pasos, golpes, órdenes… Caos en toda su extensión.

La puerta se abrió de golpe.

Entraron hombres armados. No como los de Vladimir. No con esa violencia desordenada, sino con total coordinación. Con movimientos rápidos y exactos. Con voces que se entendían entre sí.

—¡Al suelo! —gritaron.

Los desgraciados que habían entrado con malas intenciones levantaron las manos o intentaron correr. No llegaron lejos. Ninguno de ellos pudo escapar.

Yo levanté la cabeza, incrédula.

Uno de los militares se acercó.

—Sara —dijo una voz conocida detrás.

Me giré.

Y allí estaba Ethan.

No impecable. No CEO. Ethan estaba roto y feroz a la vez. Los ojos rojos. La mandíbula apretada. La mirada clavada en nosotras como si el mundo entero se redujera a este segundo.

Olivia soltó un sollozo que era puro alivio y culpa.

—Papá…

Ethan llegó hasta nosotras y nos envolvió a las dos en un abrazo brutal, desesperado, como si necesitara comprobar que éramos reales.

—Ya está —murmuró, con la voz temblándole—. Ya está. Os tengo.

Yo me agarré a él y sentí que el aire volvía a entrarme en los pulmones.

Detrás, los militares seguían asegurando la sala. Órdenes, pasos, radios. Pero para mí solo existía ese abrazo, el peso de Olivia contra mí, el temblor de Ethan. Y la sensación de familia.

Y aún con el miedo todavía pegado a la piel, supe una cosa: Vladimir Novikov acababa de perder el control de su juego.

Y esa iba a ser su peor pesadilla.

Capítulo 21

Nos sacaron de aquella sala como si todavía no se fiaran de que todo hubiera terminado. Hombres armados, voces firmes, manos que nos indicaban por dónde caminar. Yo seguía abrazando a Olivia, aunque ya nadie nos apuntaba con un arma. El cuerpo tarda más en entender la libertad que la cabeza. Y nosotras íbamos a disfrutar de la nuestra.

Nos cubrieron con mantas térmicas al salir. El contraste entre el aire frío del exterior y el calor artificial del interior me devolvió, de golpe, al presente. A la realidad. A la certeza de que seguíamos vivas. Habíamos estado a punto de vivir la experiencia más impactante de nuestras vidas, por los pelos nos habíamos salvado. Pero estábamos vivas, repito, y con eso me quedaba.

Ethan, que tuvo que ausentarse para aclarar la situación, apareció de nuevo a los pocos minutos. Tenía la ropa manchada, la cara tensa, los ojos encendidos por la adrenalina liberada, que se confundía con el alivio. Cuando me vio, no dijo nada durante unos segundos. Solo se acercó y me rodeó con los brazos con fuerza, sin importarle quién mirara.

—Ya está —dijo por fin, con la voz rota—. Ya pasó, mis chicas.

Olivia estaba todavía pegada a mí. Ethan la miró y apoyó una mano en su hombro.

—Estás a salvo, hija —le dijo—. Las dos lo estáis.

Nos llevaron a una zona más tranquila, lejos del caos que aún se estaba controlando. Allí fue cuando todo empezó a encajar. Cuando la historia dejó

de ser solo miedo y empezó a ordenarse en hechos.

—¿Cómo nos encontrasteis? —le pregunté al fin—. Vladimir lo tenía todo pensado. El helicóptero, el barco… No dejó rastro.

Ethan asintió despacio.

—Eso creía él. Devin consiguió algo que no esperábamos.

Se sentó frente a nosotras, apoyando los codos en las rodillas.

—El helicóptero llevaba un sistema de navegación híbrido. Intentaban evitar cualquier rastreo convencional, pero Devin detectó una señal secundaria, una especie de rebote. No era un GPS al uso. Era algo más… sucio. Más propio de alguien que cree que nadie va a mirarle con lupa.

—¿Y lo seguisteis, papá? —preguntó Olivia, todavía con la voz temblorosa.

—Lo suficiente para saber hacia dónde se dirigían —le respondió—. Perdimos la señal un par de veces, pero ya teníamos un patrón. Cuando supimos que había un barco implicado, el margen se redujo. Y ahí ya no dependía solo de nosotros. Avisamos a las autoridades locales y federales. Coordinamos la entrada. No fue limpio, pero sí rápido.

Olivia bajó la mirada.

—Lo siento… —murmuró.

—No empieces —la corté, con suavidad—. No ahora.

Pero ella levantó la cara y miró directamente a su padre.

—Papá, yo…

Ethan se acercó y se agachó frente a ella, obligándola a mirarle. Yo ya le había advertido que su hija tenía algo que contarle.

—De eso hablaremos luego —le dijo—. Cuando estés caliente, tranquila y lejos de cualquier sitio que huela a metal y a miedo, pequeña.

Nos llevaron a unas instalaciones oficiales. Allí, por primera vez desde que todo había empezado, tuvimos un baño de verdad. Agua limpia. Espejos normales. Toallas blancas.

Me quité el maquillaje sin mirarme demasiado. El rímel corría negro por el lavabo. La base se iba como una máscara absurda y patética. Debajo estaba yo. Cansada. Ojerosa. Pero viva.

Olivia se lavaba la cara a mi lado con movimientos lentos, casi torpes.

—No quiero volver a verme así nunca más —dijo en voz baja.

—No vas a tener que hacerlo —le respondí.

Después vinieron las declaraciones.

Nos llevaron a una comisaría cercana, ya de madrugada. El edificio estaba en calma, como si el mundo no se hubiera desmoronado unas horas antes. Nos sentaron en salas separadas, pero Olivia pidió que yo estuviera cerca. Y se lo permitieron.

Escucharla declarar fue una de las cosas más duras que he vivido hasta la fecha.

Lo contó todo. Desde el principio. Brad. Las conversaciones. La sensación de sentirse vista. Elegida. Normal. Su voz temblaba, pero no se rompía. Era fuerte, se parecía a su padre.

Describió el encuentro, el momento exacto en que comprendió que había confiado en la persona equivocada. El secuestro. Vladimir. El miedo. Y todo lo que vino después.

Cuando terminó, se giró hacia su padre.

—Perdóname —dijo—. Por no escucharte. Por enfadarme contigo. Por haber dicho cosas horribles de ti sin querer pararme a descubrir la verdad. Sé

que quisiste a mi madre pero, cuando te enamoraste de Sara, ya no sentías pasión por ella. Y, aun así, no la abandonaste. No nos abandonaste a ninguna de las dos. Hipotecaste tu felicidad para cuidarnos.

Ethan cerró los ojos un instante. Luego negó despacio.

—Yo también te debo disculpas —respondió—. Por creer que proteger era controlar. Por no ver que estabas pidiendo espacio y no guerra. Todos nos equivocamos, Olivia. Yo el primero.

Ella se levantó y lo abrazó. No fue un abrazo elegante. Fue torpe, desesperado, real. Fue el abrazo de una hija que busca sus raíces en el torso de su padre.

A Vladimir lo detuvieron esa misma noche y fue trasladado hasta allí. Según nos contaron, cuando se vio acorralado no opuso resistencia. Al menos, no física. Lo vi pasar esposado por un pasillo, escoltado por agentes. Me miró un segundo. Solo uno. Y en su expresión no había arrepentimiento. Había cálculo. Pero ya no importaba. Esta vez no tenía una salida preparada. Esta vez el mafioso la había cagado.

Cuando todo terminó, cuando las firmas constaban en los documentos y las palabras dichas, nos llevaron al aeropuerto.

El jet privado esperaba en la pista, con las luces encendidas. Subimos en silencio. Cansados. Vacíos. Y, a pesar de todo, aliviados.

Olivia se sentó junto a la ventanilla. Su padre en medio de ambas.

Cuando el avión empezó a moverse, sentí algo que no había sentido en días: dirección.

Miré a Olivia. Ella me devolvió la mirada y, sin decir nada, me cogió la mano. Volvíamos a casa. Porque la de Ethan, en cierto modo, ya era la mía.

El vuelo de regreso fue silencioso, pero no incómodo. Se trataba de ese silencio que llega cuando el cuerpo ya no puede sostener más tensión y empieza a rendirse poco a poco. Olivia se quedó dormida nada más despegar, derrotada y apoyada contra el hombro de su padre, con la respiración irregular

y los dedos todavía aferrados a la manga de su chaqueta, como si temiera que desapareciera si lo soltaba. Lo había pasado muy mal, pero estaba segura de que se recuperaría.

Ethan no se movió en todo el trayecto. Ni siquiera cuando el avión atravesó una zona de turbulencias leves. Se limitó a rodearla con el brazo y a mirar al frente, con los ojos enrojecidos y la mandíbula apretada, como si seguir despierto fuera su manera de vigilar el mundo. Y, con el otro brazo, me rodeaba a mí.

Yo me quité los zapatos y me dejé abrazar. El cansancio me cayó encima como una losa. No era solo físico. Era ese agotamiento profundo que llega cuando el peligro ya ha pasado y el cuerpo, por fin, se permite sentirlo todo de golpe. Sin dejarse nada en el tintero.

Aterrizamos en Washington con el atardecer. El reflejo de luces doradas y grises entraba por las ventanillas y lo bañaba todo de una calma casi irreal. Nadie habló hasta que el avión se detuvo por completo.

—Vámonos a casa —nos pidió Ethan en voz baja—. A nuestra casa.

Olivia asintió sin discutir. No quiso volver a su apartamento. No quiso ni oír hablar de ello. Y nadie se lo reprochó. Aquella noche necesitaba paredes conocidas, recuerdos vividos, y la certeza de que su padre estaría al otro lado de cualquier puerta. Y también yo. Pues así me lo hizo saber.

El trayecto en coche fue corto y silencioso. Al llegar, Olivia apenas tuvo fuerzas para subir las escaleras. Ethan la acompañó hasta su antigua habitación, la de siempre, la que no había cambiado apenas en años. La dejó sentarse en la cama y se quedó de pie frente a ella, como si no supiera muy bien qué hacer ahora que ya no había una emergencia que gestionar.

—Me quedo unos días —le aseguró ella—. No quiero estar sola.

—No lo estarás —respondió él sin dudar—. Ni hoy ni nunca.

Yo los dejé hablar y me refugié en el baño de Ethan. Me desnudé despacio, como si cada prenda que caía al suelo se llevara un resto de lo vivido. El agua

caliente me golpeó la espalda y sentí que podía respirar sin que me doliera el pecho.

Cuando salí, envuelta en una toalla, él estaba sentado en la cama, con la cabeza apoyada entre las manos. Levantó la mirada en cuanto me vio.

—Estás aquí —dijo, como si todavía no terminara de creérselo.

Me acerqué sin decir nada y me senté a su lado. Él me rodeó con los brazos y apoyó la frente en mi cuello. Su respiración era pesada, cargada de todo lo que no había podido soltar antes.

—Gracias —murmuró—. No hay nada que pueda decir que esté a la altura de lo que hiciste.

Le acaricié el pelo, despacio.

—No hice nada heroico —respondí—. Hice lo que tenía que hacer. Devolverle a una chica fantástica la posibilidad de vivir, que es lo que ella hizo con Leo.

—No —negó—. Hiciste mucho más. Te pusiste en peligro por mi familia. Por mí.

Se apartó un poco para mirarme a los ojos.

—Pensé que te perdía —confesó—. Pensé que había sido egoísta dejándote acercarte tanto a todo esto. Pensé que me volvería loco si, una vez más, tenía que afrontar la vida sin ti. Y ahora estás aquí.

—Aquí estoy, sí —le confirmé—. Y no me arrepiento.

Nos metimos en la cama aún húmedos, sin sábanas bien colocadas, sin ningún tipo de ceremonia. Solo necesitábamos contacto. Piel contra piel. La prueba tangible de que seguíamos vivos.

Ethan me abrazó por la espalda y me besó el hombro con una suavidad que me desarmó.

—No sé cómo agradecerte esto —susurró.

—Quedándote a mi lado —le respondí—. Nada más.

Se rio muy bajito, casi sin aire.

—Eso sí sé hacerlo. Pero no te prometo que mis manos permanezcan quietas…

Nos quedamos escuchando la casa dormida, con la tranquilidad de que Olivia estaba dormida. No había amenazas, planes o estrategias. Solo intimidad.

Pensé en una cosa con absoluta claridad: habíamos vuelto.

Y esta vez, de verdad, estábamos a salvo.

Capítulo 22

Ya estábamos embelesados cuando sus labios encontraron los míos. No hubo palabras ni necesidad de ellas. Solo ese beso lento al principio, profundo, como si los dos estuviéramos comprobando que aquello era real, que después de tantos años, después de tanto miedo y de tanta pérdida, seguíamos ahí. Juntos.

Sus manos ya me recorrían y lo recordé con una claridad que me dejó sin aliento: él había sido el primer hombre con el que intimé de verdad cuando era poco más que una niña. No el primero en tocarme, no el primero en desearme, sino el primero en entrar en ese territorio donde el cuerpo y el alma dejan de ser cosas distintas. La primera vez que me tocó, años atrás, sentí cómo el mundo se abría dentro de mí, como si alguien hubiera descorrido un velo que yo ni siquiera sabía que existía. Fue él quien me enseñó que el deseo no era prisa, sino escucha; que el placer podía ser una conversación lenta, una promesa que se construye con los dedos, con la boca, con la paciencia.

Durante mucho tiempo guardé lo aprendido en un lugar profundo de mi cabeza. No por olvido, sino por supervivencia. Dormí aquellos recuerdos con cuidado, como se tapa una herida para que no sangre cada vez que la rozas. Me dije que era pasado, que ya no dolía, que ya no importaba. Y funcionó… hasta que volví a verle. Y aquella noche, la pasión se desató.

Porque sobre aquella cama, bajo el peso cálido de su cuerpo y la certeza de sus caricias, todo floreció de nuevo. No como una avalancha, sino como un regreso.

Cada gesto suyo despertaba algo que siempre había sido mío y que solo con él sabía pronunciar su nombre. No hablo de nostalgia; hablo de reconocimiento. Mi piel lo recordaba antes que mi cabeza. Y mientras me desnudaba con esa mezcla de reverencia y hambre que siempre fue tan suya, entendí que nada de aquello se había perdido. Solo estaba esperando el momento exacto para volver a vivir. Y el momento exacto no era otro que aquel.

Ethan me besaba con una intensidad distinta, más consciente, más cargada de historia. Su boca se movía despacio sobre la mía, abriéndose, cerrándose, como si quisiera memorizarme de nuevo. Yo le rodeé el cuello con los brazos y sentí cómo su cuerpo se ajustaba al mío sin dejar espacio para el aire.

Había esperado ese momento sin saberlo. Sentirle así, otra vez, envolviéndome por completo, devolviéndome a un lugar que siempre había sido hogar, por mucho que me lo hubiese negado a mí misma.

Sus manos comenzaron a recorrerme con una lentitud que me desarmó. Primero mi espalda, dibujando líneas suaves con las yemas de los dedos, como si necesitara asegurarse de reconocer cada centímetro. Luego bajaron despacio, provocándome un escalofrío que me atravesó entera. Cerré los ojos y dejé escapar un suspiro que no intenté contener.

Me besó el cuello, la clavícula, deteniéndose ahí con una paciencia casi cruel. Sentí su respiración caliente sobre mi piel y tuve que morderme el labio para no gemir. Había algo profundamente íntimo en la forma en que lo hacía, como si cada beso fuera una promesa silenciosa.

—Sara… —murmuró contra mi piel.

Ese simple sonido, mi nombre en su voz, me hizo arder. Arder de un modo que no recordaba.

Me besó despacio por el pecho, sin prisas, como si el tiempo no existiera fuera de aquella cama. Sus manos me acompañaban, quitando tela con cuidado, deshaciéndose de mí poco a poco, sin romper el ritmo, sin precipitarse. Sentí el aire fresco contra la piel recién descubierta y luego, inmediatamente, el calor de su boca sustituyéndolo.

Me estremecí. No solo por el contacto, sino por lo que significaba. Hacía años que nadie me tocaba así. Con conocimiento. Con historia. Con amor. Ethan me llevaba a terrenos por los otros no habrían osado ni transitar.

Ethan levantó la mirada un segundo, buscándome los ojos, como pidiendo permiso. Yo asentí apenas, sin palabras, y él continuó, recorriéndome con besos lentos, firmes, conscientes. Cada gesto suyo decía lo mismo: estoy aquí, no me voy, te veo.

Mis manos se deslizaron por su espalda, por sus hombros, notando la tensión que aún habitaba en su cuerpo. Le acaricié con la misma atención con la que él me tocaba a mí, devolviéndole cada caricia, cada roce. Él se estremeció bajo mis dedos y sonrió contra mi piel.

—No sabes cuánto te he echado de menos —susurró.

Lo atraje hacia mí y le besé con desesperación. Ya no había contención. Nuestros cuerpos se buscaban con una urgencia suave, profunda, hecha de deseo acumulado y emociones que por fin podían salir a la superficie.

Cuando noté que su cuerpo se deslizaba lentamente hacia abajo, no hubo anuncio previo. Solo esa forma suya de recorrerme con la boca como si estuviera leyendo algo que ya conocía de memoria. Cada beso era una pausa, una respiración compartida, un recordatorio de que el deseo también puede ser reverente. Sentí cómo me abría con paciencia, cómo me hacía consciente de cada centímetro de piel, de cada respuesta que mi cuerpo le devolvía sin pedirme permiso. Sentí cómo hacía por conquistar mi vulva, llegar hasta mi clítoris y hacerlo vibrar.

Cerré los ojos porque no podía sostener tanta sensación de golpe. Había algo profundamente íntimo en esa entrega silenciosa, en la manera en que me escuchaba sin palabras, atento a cada estremecimiento, a cada cambio en mi respiración. No era solo placer; era una conexión tan intensa que me atravesaba entera, como si mi cuerpo hablara un idioma que solo él entendía.

Cuando el orgasmo llegó, no fue violento ni abrupto. Fue una ola lenta, profunda, que me desmoronó desde dentro y me dejó suspendida en un lugar donde no existía el miedo ni el pasado. Solo su presencia, mi cuerpo rendido

y la certeza de que, en sus brazos, seguía siendo capaz de sentirlo todo sin reservas.

Se tumbó sobre mí con cuidado, sosteniéndose para no aplastarme, y me rodeó por completo. Sentí su peso, su calor, su presencia absoluta, y algo dentro de mí se aflojó después de una eternidad lejos de él. Como si mi cuerpo hubiera estado en guardia durante años y, de repente, reconociera que ya podía descansar.

Me deslicé hacia él sin pensarlo demasiado, guiada más por la necesidad de sentirlo que por cualquier idea concreta de cómo hacerle aquello. Su respiración cambió en cuanto notó mi cercanía, más profunda, más rota, y ese simple gesto me hizo consciente del poder silencioso que existe en entregarse al otro. Lo rodeé con mis manos primero, despacio, como si quisiera memorizarlo, y sentí su cuerpo reaccionar bajo mis dedos con una respuesta inmediata, viva.

También yo iba a practicarle sexo oral y no necesitaba mirarlo para saber qué estaba pasando; lo sentía en la tensión de sus músculos, en la forma en que su pecho subía y bajaba, en el leve temblor que intentaba controlar. Me moví con calma, atenta, dejándome guiar por sus reacciones, por los sonidos que no conseguía reprimir. Había algo profundamente íntimo en ser yo quien le llevara hasta ese límite, en saber que confiaba en mí lo suficiente como para abandonarse del todo.

Su miembro, palpitante y caliente, calentaba la palma de mi mano. Por mucho que el rugido que salía de su garganta amenazara con aliviarle antes de tiempo, me costó apartarme. Me incorporé despacio y lo abracé, notando cómo todavía le latía la emoción bajo la piel. Nos quedamos así, respirando juntos, sabiendo que aquel intercambio silencioso nos había unido de una forma que iba mucho más allá del deseo.

Casi como a modo de agradecimiento, me besó el borde de los labios. Besos pequeños que contrastaban con la intensidad de su mirada azul zafiro. Sus manos seguían explorándome, despacio, como si no quisiera perderse nada.

Yo arqueé ligeramente el cuerpo, buscándole, y él respondió con un beso más profundo, más decidido. Me miró con una naturalidad que me hizo sentir

hermosa, deseada, completa. No había juicio en su mirada. Solo admiración y deseo.

—Eres increíble —me soltó en voz baja.

Me cubrí la cara un segundo, abrumada, y él me apartó las manos con decisión.

—No te escondas —me pidió—. Déjame mirarte.

Y lo hice. Le dejé. Me dejé. Hacía mucho tiempo que no me entregaba a Ethan y la experiencia me estaba resultando fascinante.

Nos movimos juntos, encontrando un ritmo que era solo nuestro, sin precipitación, sin exigencias. Cada gesto estaba cargado de significado. No era solo piel contra piel; era memoria, era presente, era la promesa de algo que aún estaba por construirse. Y que ambos construiríamos.

Me aferré a él cuando el mundo se redujo a sensaciones, a respiraciones entrecortadas, a sus labios repitiendo mi nombre como si fuera un ancla.

Me aferré a él cuando su candente miembro me atravesó de una primera estocada que sería la primera de muchas, cada una de las cuales me insufló vida.

Y cuando finalmente nos quedamos quietos, exhaustos, satisfechos, Ethan me envolvió entre sus brazos sin soltarme ni un segundo.

Apoyé la cabeza en su pecho y escuché su corazón, fuerte, constante. Ese sonido me devolvió una paz que creía perdida.

Ethan me besó el pelo, despacio, y me acarició la espalda con movimientos lentos, protectores.

—Te quiero —me confesó, sin teatralidad, sin miedo.

Cerré los ojos, dejándome sentir esas palabras hasta lo más hondo.

—Yo también te quiero —le respondí—. Siempre te he querido, aunque durante años pretendiese transformar ese amor en odio.

Nos quedamos así, en silencio, con la respiración acompasándose poco a poco, con la certeza de que aquella noche no era solo deseo, sino un punto de partida. Un regreso. Un hogar compartido.

Y mientras me quedaba dormida entre sus brazos, supe que no había nada que temer.

Capítulo 23

El vuelo hacia Madrid para reencontrarnos con Leo tuvo algo de irreal, como si el mundo hubiera decidido darnos una tregua después de tanta tensión.

Olivia viajó con nosotros. No quiso separarse de ambos ni un segundo, y yo tampoco tenía intención de dejarla sola. Se sentó junto a Ethan, pegada a su brazo, y apoyó la cabeza en su hombro en cuanto despegamos, como si el simple hecho de sentirlo cerca fuera suficiente para calmar todo lo que llevaba dentro.

Ellos ya habían hablado largo y tendido sobre el tema de Brad y todo estaba aclarado. Ethan entendió sobradamente que su hija, que apenas había superado hacía unos años la adolescencia, era una jovencita avispada con todo el derecho del mundo a cometer sus propios errores.

Yo los observaba desde el asiento de al lado. Ethan mantenía la mirada perdida en algún punto invisible, pero su mano no dejaba de acariciarle el pelo a su hija con un gesto automático, protector. No charlaban mucho. No lo necesitaban ya en un momento en el que el cuerpo había entendido que el peligro quedó atrás.

Antes de emprender el vuelo, mis padres nos escribieron varios mensajes. Leo estaba nervioso, emocionado, contando los minutos para vernos. Decían que no paraba de preguntar cuándo llegaríamos, que había preparado un dibujo para Olivia y otro para su padre, y que no se separaba de la ventana desde hacía un día. Al leerlo, sentí cómo se me cerraba la garganta. Pensar en

ese niño esperando, con toda la inocencia intacta, después de lo que habíamos vivido, me producía una mezcla de sensaciones indescriptible.

—Leo está deseando veros —les recordé.

Olivia sonrió de una forma distinta. No la sonrisa tensa de los últimos días, sino una abierta, casi infantil.

—Tengo ganas de conocerlo de verdad —respondió—. De abrazarlo sin miedo.

—Eso va a pasar muy pronto —le aseguró Ethan.

Era su hermano y ella se mostraba expectante. Después de regalarle su médula, el mejor obsequio que podía hacerle era volar con su padre y conmigo para abrazar al chiquitín, cuya recuperación seguía su curso.

Cuando aterrizamos, el cansancio se mezcló con una energía extraña, como si el cuerpo supiera que venía algo bueno. El trayecto en taxi hasta casa de mis padres fue tranquilo. Olivia no dejaba de mirar por la ventanilla, observándolo todo con curiosidad, preguntando nombres de calles, comentando detalles pequeños. Era como si necesitara agarrarse a la normalidad para convencerse de que todo era real y que habíamos salido de ese pozo que nos pudo costar la vida.

Al llegar, ni siquiera habíamos terminado de bajar del taxi cuando la puerta se abrió de golpe.

—¡Mamá! ¡Papá!

Leo salió disparado, descalzo, con los calcetines torcidos y el pelo revuelto. No me dio tiempo ni a reaccionar. Cruzó el jardín corriendo y se lanzó directo hacia Ethan.

—¡Papá!

Ethan se agachó justo a tiempo para recibirlo. Leo se le colgó del cuello con una fuerza que no parecía propia de un niño tan pequeño. Su padre lo

abrazó como si quisiera fundirse con él, apretándolo contra su pecho, respirándolo, cerrando los ojos con una emoción que no intentó disimular.

—Ya estoy aquí —le dijo—. Ya estoy contigo, hijo. Te dije que vendría y he venido.

Yo me acerqué con Olivia, que se había quedado unos pasos atrás, observando la escena con los ojos brillantes. Leo levantó la cabeza, la vio y frunció el ceño con curiosidad.

—¿Y ella cómo es que ha venido? Pero si parecía muy enfadada en Washington.

Me agaché a su altura.

—Leo, cariño. Ya se le ha pasado y está deseando conocerte mejor.

Leo la miró durante un segundo, como procesando la información, y luego hizo lo más natural del mundo: se soltó de su padre y fue hacia ella.

—Hola —le dijo—. Qué bien que hayas venido. Te he hecho un dibujo.

Olivia se arrodilló delante de él sin pensarlo, a su misma altura.

—Hola, Leo. ¿Cómo estás? No sabes las ganas que tengo de verlo.

—¿De verdad? Pues estoy mucho mejor, gracias a ti, que te dejaste pinchar para que me pusiera bueno. Ahora doy unos saltos tremendos. Mi abuelo dice que parezco un canguro. Pero yo no soy australiano, soy español.

Él la observó un momento más y, sin pedir permiso, le rodeó el cuello con los brazos. Olivia se quedó rígida como un palo un segundo, sorprendida, y luego lo abrazó con una suavidad que me rompió por dentro. Era como si ese gesto sellara algo que llevaba tiempo esperando su lugar.

—Abuelos —gritó Leo hacia dentro—. ¡Ya han llegado todos!

Mis padres salieron al jardín, emocionados. Detrás de ellos apareció mi hermana Tania con Samuel, quien levantó una ceja al ver la escena.

—Así se hacen las cosas, Sara —dijo—. ¿Esto qué es? ¿Te vas dos días y vuelves con una familia nueva?

Me reí, aliviada por esa broma que nos devolvía a lo cotidiano.

—Bueno, pues para quienes no los conocéis —les expliqué—. Este es Ethan y ella es Olivia, la persona que hizo posible el milagro de Leo y mi madre la abrazó como lo hubiera hecho con su propia nieta.

Ethan, feliz, le tendió la mano a mi padre, aún con Leo agarrado a una pierna.

—Encantado, Ernesto.

—Igualmente, Ethan —le respondió—. Sois bienvenidos en esta familia, pasad.

—Lo somos —dijo Ethan, sonriendo de verdad por primera vez en días.

Entramos todos en casa. Mis padres habían preparado un almuerzo especial. La mesa del salón estaba llena de comida de la que olía a acogida: tortilla de patatas, croquetas caseras, jamón, ensalada, pan recién cortado. Ese olor familiar, tan de hogar, me hizo sentir que el mundo volvía a su eje.

Olivia se sentó junto a Leo sin que nadie tuviera que decírselo. Él no se separó de ella en ningún momento. Le entregó el dibujo que le había hecho, le enseñó sus juguetes, le explicó con todo detalle dónde dormía cuando se quedaba con los abuelos, cuál era su vaso favorito y por qué no le gustaban los guisantes. Olivia lo escuchaba como si cada palabra fuera importante.

—Parece que los habéis criado juntos —comentó Samuel, riéndose—. Vaya dos.

—Es que es mi hermano —respondió Olivia con naturalidad—. ¿No?

Leo asintió muy serio.

—Sí. Olivia es mi hermana mayor, Samuel. Así que un respeto —le pidió muy digno y súper orgulloso.

Ethan y yo intercambiamos una mirada silenciosa. No había nada que añadir. Ellos lo decían todo.

Durante la comida, las conversaciones fluyeron sin esfuerzo. Mis padres preguntaban con cuidado, sin entrar en detalles dolorosos, pero interesados en Olivia, en cómo se encontraba, en si necesitaba algo. Tania lo mismo, pero ella lo hacía gastándole bromas a su "sobri", como la llamaba. Y Samuel también le daba cháchara de la buena. Ella respondía con una sonrisa constante, agradecida, emocionada. Se notaba que aquel entorno le hacía bien.

En un momento dado, Leo se levantó de su silla y fue a sentarse directamente en el regazo de Olivia, como si lo hubiera hecho así toda la vida. Ella le rodeó con un brazo y siguió comiendo con la otra mano, adaptándose a la situación sin problema.

—Esto es oficialmente peligroso —bromeó Samuel—. Como los dejemos así, ya no habrá quien los separe.

—Es lo suyo —dijo mi madre—. Bastante han pasado ya.

Después del postre, Leo cayó rendido en el sofá, con la cabeza apoyada en el muslo de Olivia. Ella no se movió durante casi una hora, por no despertarle. Yo la observaba desde la puerta, con una emoción tranquila, profunda. Aquella imagen era la prueba de que algunas cosas encajan sin necesidad de explicaciones. Todo estaba yendo solo a su sitio.

A media tarde, nos fuimos para mi piso, donde nuevamente Leo le hizo un tour a Olivia. Cuando al fin cayó en la cama por la noche, Olivia se quedó un rato en la puerta, mirándole dormir.

—Gracias —me dijo en voz baja—. Por esto. Por traerme aquí.

—Este también es tu sitio —le respondí—. No lo olvides.

Ethan se acercó y le apoyó una mano en el hombro.

—Nuestro sitio es donde podamos estar juntos —dijo—. No hay prisa por irse a ningún lado.

Aquella noche, mientras la casa se iba apagando poco a poco, sentí que algo se había cerrado y, al mismo tiempo, algo nuevo acababa de empezar. No era únicamente el final de una pesadilla. Era el principio de una familia que, contra todo pronóstico, había encontrado su forma.

Capítulo 24

El sábado amaneció con ese frío de Madrid que no te agrede, sino que simplemente te despierta. Un frío limpio, con un cielo azul que parecía recién estrenado y una luz de invierno que propiciaba que todo se viera más bonito de lo que recordaba. Hasta el asfalto tenía un brillo amable, como si la ciudad, por una vez, estuviera de nuestro lado.

No habíamos pensado aún cómo organizaríamos nuestras vidas. Simplemente, nos limitábamos a disfrutar de unos días los unos en compañía de los otros. En el hospital tuvieron santa paciencia con mi situación tras la enfermedad de Leo, aunque lo cierto era que en breve debería asentar las bases de la que sería mi nueva vida. Un océano me separaba de Ethan y ya también de Olivia, y era evidente que esa distancia tendría que ser acortada. Todo llegaría.

Leo se levantó antes que nadie y se plantó en el pasillo con su energía de siempre, la que había recobrado gracias a su hermana, vestido y con una bufanda que le quedaba enorme.

—Hoy os voy a enseñar Madrid —anunció muy serio—. Porque yo soy de aquí.

Olivia se rio con esa risa que ya empezaba a salirle sin pedir permiso, y Ethan le miró con un gesto tierno, de esos que dicen “eres hijo mío y cómo lo agradezco”.

—¿Tú eres guía turístico? —le preguntó.

—Sí, papá —respondió Leo—. Pero no es gratis. Quiero un chocolate después.

—Trato hecho —le contestó Ethan, sin negociar. Con Leo nunca se negocia. Con él todo se firma.

Salimos a la calle abrigados hasta las orejas. Tania y Samuel se nos unieron para pasar el día. Nos reunimos con ellos en la calle. Verla a ella allí, colocándose los guantes mientras se quejaba del frío como si fuera un deporte olímpico, me dio una sensación de normalidad que me supo a victoria. Samuel, por descontado, iba repartiendo comentarios de los suyos como si fueran caramelos.

—Os aviso —dijo—: si Leo decide que el Retiro es suyo, lo mismo nos toca pagar alquiler. Este niño es un buen negociante.

—Es mío —confirmó Leo, sin pestañear.

—A quién habrá salido el retoño —le dije a Ethan.

—Bueno, igual lleva lo de negociar en el ADN —asintió.

Por cierto, que pasado el terror que nos tocó vivir, era cuestión de poco tiempo que el nuevo tratamiento estuviese a disposición de los muchos pacientes que se beneficiarían de él.

Fuimos hacia el Parque del Retiro con una calma que no sabía que necesitaba. El sol se colaba entre los edificios y, cuando cruzamos la entrada, tuve la impresión de que el parque nos estaba recibiendo como un refugio. Los árboles desnudos dibujaban sombras finas en el suelo y las hojas secas crujían bajo nuestros pasos con ese sonido que siempre me ha parecido precioso. Y que ese día me lo parecía mucho más.

Leo caminaba entre Olivia y Ethan, agarrando una mano de cada uno, como si llevarlos así fuera lo más lógico del mundo. Se les notaban las ganas de recuperar el tiempo perdido. Ninguno se separó ni un paso del resto. Los tres formaban una línea pequeña y sólida que me emocionó sin previo aviso.

—Aquí hay ardillas —le explicó Leo a Olivia—. Pero son rápidas. Tienes que mirar así.

Y puso cara de detective profesional.

Olivia se inclinó hacia él.

—¿Así?

—Sí, así. Con ojos de águila.

Yo le miré y me entraron ganas de reírme y llorar al mismo tiempo, así que hice lo que mejor se me da cuando la emoción amenaza con desbordarse: saqué el móvil y fingí que estaba haciendo una foto. Era una excusa, pero también era verdad. Quería guardar esa escena. Quería tenerla intacta. Quería recordar siempre aquellos días de un reencuentro que me estaba cargando las pilas.

En su compañía me sentía como nunca. Según la información que nos llegó por parte de nuestro equipo (Devin, Mark y Julia, quien ya estaba recuperada), Vladimir y sus secuaces se enfrentaban a cargos que los mantendrían fuera de las calles durante muchos años. Al único al que no detuvieron fue a Brad, si es que ese tipo se llamaba así, quien no estaba fichado y logró esquivar la acción de la justicia. Ojalá algún día también pagase por el daño que hizo.

Caminamos hacia el Estanque Grande. La luz sobre el agua era casi blanca, como si el sol hubiera decidido quedarse ahí un rato. Había gente remando en barcas, parejas paseando despacio, familias con niños corriendo, y todo tenía ese ambiente de sábado que te reconcilia con la vida.

—¿Podemos montar en barca? —preguntó Leo, ya saltando por dentro.

Ethan le miró. No podía negarle nada a su hijo, se notaba.

—¿Te mareas?

—No —dijo Leo—. Los marineros no se marean. Y yo soy uno de los buenos.

Samuel soltó una carcajada.

—Este niño tiene un currículum impresionante. No queráis saber a dónde llegará.

Terminamos alquilando una barca, porque Leo tenía esa mirada de "no voy a parar de dar la turra hasta lograrlo". Ethan se sentó frente a él y empezó a remar, feliz y al compás del chiquitín. Olivia se sentó a mi lado, apretando el borde de la barca con una mano, nerviosa.

—No pasa nada —le dije—. Esto es tranquilo.

—Ya —respondió—. Es que… me genera nervios pensar que hace nada estaba… y ahora estoy aquí, en una barca, en Madrid.

No terminó la frase. No hizo falta. Le apreté el brazo con suavidad.

—Esto también es real y, sobre todo, maravilloso —le dije—. Y te lo mereces.

Leo se asomó hacia el agua.

—Si veo un pez le pongo nombre —avisó.

—¿Y cómo se va a llamar? —le preguntó Olivia.

—Blackwood, así se va a llamar. Como yo, que me llamo Leo Blackwood.

Yo me atraganté con mi propia risa. Ethan me miró, entendiendo de inmediato, y se le escapó una sonrisa breve, de esas que parecen pequeñas pero significan muchísimo. Lo habíamos hablado, por supuesto. Ya estábamos formalizando los trámites para el reconocimiento de su paternidad y, aunque no hubiese tenido nada de particular que Leo conservase el apellido Montalbán de primero, él decidió optar porque fuese Blackwood, "igual que mi hermana", como argumentó.

—Vale —dijo Olivia, riéndose también—. Blackwood.

—Aunque también se puede llamar “Churro” —decidió Leo—. Porque luego vamos a comer churros.

Ethan le señaló con el remo.

—Tu capacidad de planificación me asusta.

—Gracias —respondió Leo, encantado de la vida. Le fascinaba ser el centro de atención.

Cuando salimos del Estanque, caminamos hacia el Palacio de Cristal. Ese edificio siempre me ha parecido una fantasía: un lugar que parece inventado, pero está ahí, en medio de Madrid, como si la ciudad también supiera ponerse romántica cuando le da la gana. El sol pegaba en los cristales y la estructura brillaba. Olivia se quedó quieta un segundo, mirando hacia arriba.

—Es precioso —dijo en voz baja.

—Madrid suele presumir —comentó Tania—. Y hace bien.

Leo entró casi corriendo, y su voz rebotó en el interior como si el palacio amplificara su entusiasmo.

—¡Hola! —gritó—. ¡Soy Leo!

Un par de personas se giraron sonriendo. Samuel se llevó una mano al pecho.

—Disculpen, ha llegado el propietario de todo esto.

Olivia se acercó a una de las cristaleras y miró el parque desde dentro. Tenía el gesto relajado. Ella era la primera sorprendida por ese viaje que tan bien nos estaban sentando a todos. Ethan se colocó a su lado sin invadirla, solo acompañándola.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Mucho —respondió ella—. Me da… paz.

Ethan asintió despacio, como si esa palabra le doliera y le curara a la vez. Estábamos atravesando un proceso de sanación que no tenía precio.

Seguimos paseando por senderos tranquilos, enseñándoles rincones, estatuas, caminos que yo misma había caminado mil veces, pero que ese día se veían nuevos. Les llevamos después hacia la Puerta de Alcalá, que siempre impone, siempre parece decir "bienvenida" incluso cuando no te conoce. Leo se plantó delante con los brazos abiertos.

—Foto —ordenó. Y, por si fuera poco, canturreó la archifamosa letra de *"mírala, mírala, mírala, mírala, la Puerta de Alcalá…"* que tantas veces le escuchó a mi madre, súper fan como era de Ana Belén.

Posamos todos, y en la foto Leo salió movido porque no sabía estar quieto ni por decisión médica. Olivia le rodeó por la cintura y Ethan se colocó al otro lado. Yo salí al lado de Tania, y Samuel puso su habitual cara de "voy a chupar cámara" que, por supuesto, le quedaba ideal.

Luego caminamos hacia Gran Vía, con sus luces, su gente y ese aire de película que tiene incluso de día. Ethan me llevaba todo el tiempo cogida por la cintura o de la mano, dedicándome cantidad de atenciones. Olivia miraba los edificios como quien intenta memorizar un lugar para no perderlo. Y Leo le iba dando las oportunas explicaciones, a su manera, claro.

—¿Y siempre hay tanta gente? —preguntó.

—Siempre —le respondió Tania—. Madrid no descansa. Solo cambia de ritmo.

Leo tiró de la mano de Ethan.

—Ahora el chocolate, papá —le recordó, por si alguien pensaba escaparse.

Ethan levantó las manos, rendido.

—A sus órdenes, mi capitán.

Nos metimos en una chocolatería y el olor a cacao caliente nos abrazó nada más entrar. Leo se subió a la silla de rodillas, impaciente, y Olivia se

sentó a su lado como si llevara cuidando de él desde su nacimiento. Cuando llegaron los churros, Leo le ofreció el primero.

—Toma —dijo—. Porque eres mi hermana.

Olivia se quedó un segundo en silencio, con el churro en la mano, y luego le besó la frente.

—Gracias, chiquitín.

Ethan les observó sin decir nada, pero le vi tragar saliva. Y yo entendí que, en ese instante, Madrid no era un destino. Era una promesa cumplida: la de estar aquí, vivos, juntos, comiendo churros como si el mundo no fuera capaz de rompernos otra vez. Como si le hubiésemos ganado la partida de por vida.

Y, mientras Leo reía con la boca manchada de chocolate, supe que aquel fin de semana iba a ser bonito de verdad.

Capítulo 25

El domingo amaneció distinto. No porque hiciera más frío (que lo hacía y mucho), sino porque la lluvia había decidido instalarse en las calles de la capital sin darles la más mínima tregua. No nos asaltó una tormenta ruidosa, sino una lluvia constante, envolvente, de esas que apagan la ciudad y te invitan a permanecer en casa. Me desperté con ese sonido suave contra las ventanas y con la certeza inmediata de que aquel día no iba a pedirnos nada más que escenas hogareñas.

Me giré en la cama y vi a Ethan despierto, apoyado sobre un codo, observándome con esa expresión tranquila que solo le aparecía cuando por fin sentía que no tenía que proteger a nadie en ese preciso instante.

—Hoy no se sale —murmuró.

—Hoy no —confirmé—. Hoy el mundo se queda fuera.

La que habíamos pasado juntos fue otra noche de pasión total, como todas las que vivíamos desde nuestra reconciliación. El sexo, para qué negarlo, era una parte importante de nuestra relación, aunque había dos “partes” más que nos tenían como locos: Leo y Olivia.

Leo amaneció en su dormitorio y atravesado, como si la cama se le hubiera quedado pequeña para tanto cuerpo y tanta confianza como derrochaba. Olivia dormía en la habitación de invitados. Tenía la certeza de ello porque me levanté a mirarla dos veces durante la noche, solo para asegurarme de que estaba bien. Dormía hecha un ovillo, abrazando una almohada, con el ceño relajado. Dormía como alguien que, por fin, no tiene que huir del miedo.

Nos levantamos despacio, sin hacer ruido. La casa estaba en silencio, pero no era un silencio vacío, sino lleno de planes caseros. Puse café mientras Ethan se encargaba de preparar algo caliente para desayunar. Nada elaborado. Nada especial. Justo lo que necesitábamos.

Leo apareció el primero, arrastrando las zapatillas.

—¿Llueve? —preguntó, frotándose los ojos.

—Llueve y mucho, cariño —le dije.

Sonrió.

—Entonces hoy es día de quedarse en casita.

Olivia apareció unos minutos después, con una sudadera mía que le quedaba grande y el pelo recogido de cualquier manera. Se quedó quieta en el umbral de la cocina, observándolo todo, como si todavía estuviera aprendiendo cómo encajar en esa escena sin romperla.

—Buenos días —dijo, en voz baja.

—Buenos días —respondimos los tres al unísono.

Desayunamos juntos, sin prisas. El café humeaba, el pan estaba caliente y la lluvia seguía marcando el ritmo afuera. Leo hablaba sin parar, saltando de un tema a otro con la energía intacta de quien acaba de recuperarla. Olivia lo escuchaba con una atención casi reverente, como si cada palabra suya fuera algo que necesitara memorizar.

—¿Nos quedamos todo el día en casa? —preguntó él.

—Todo el día —le aseguró su padre.

—¿Y podemos ver pelis y jugar y comer cosas ricas?

—Podemos —le respondí como si fuese el mejor plan del mundo. Para mí, de hecho, lo era.

Olivia sonrió de verdad por primera vez esa mañana. Su recuperación era un hecho y, poco a poco, iría recuperando la confianza perdida.

El día avanzó despacio, como si el tiempo hubiera decidido hacernos un favor. La lluvia no cesaba, pero tampoco apretaba. Decidió permanecer en una presencia constante, protectora. Leo se puso a dibujar en el suelo del salón y Olivia se sentó a su lado sin que nadie tuviera que pedírselo. Él le enseñaba sus dibujos con orgullo y ella reaccionaba de lo más cómica, como si se tratase de verdaderas obras de arte.

—¿Te gusta este? —le preguntó, señalando un garabato lleno de colores.

—Es precioso —respondió ella—. ¿Me lo regalas?

Leo asintió muy serio.

—Pero lo tienes que guardar bien. Y enmarcarlo cuando llegues a Washington.

Ethan y yo nos miramos desde el sofá. No dijimos nada. Había mucho que organizar al respecto. Ya lo haríamos.

A media mañana decidimos preparar el almuerzo juntos. Nada sofisticado. Comida de casera de la que reconcilia. Olivia insistió en ayudar y Leo se subió a una silla para “vigilar”.

—Yo mando —anunció para sorpresa de nadie.

—Claro que sí —le siguió su padre el rollo—. Tú eres el jefe.

La cocina se llenó de olores familiares, de risas y de pequeñas discusiones absurdas sobre quién había puesto demasiada sal o quién había manchado la encimera. Olivia se movía con cuidado, pero con una naturalidad creciente, como si aquel espacio empezara a sentirse suyo. Y eso me hacía sentir muy bien.

—Me gusta esta casa, Sara —me confesó en un momento dado.

—A mí también —le respondí—. Porque ahora está completa.

El almuerzo fue largo, cálido y desordenado. Comimos despacio, repitiendo platos, charlando de nada importante y de todo a la vez. Leo no se separó de Olivia, como ya comenzaba a ser habitual. Se sentó a su lado, apoyó la cabeza en su brazo y se dedicó a comer así, como si fuera la única forma que existiese.

—Parece que os habéis criado juntos —bromeé.

Leo levantó la cabeza.

—Es que ahora sí. Aunque Olivia ya es mayor. Pero yo la cogeré.

Después de recoger, el cansancio dulce del postre nos llevó al salón. Puse una película larga, de esas que no importa si te pierdes la mitad porque lo importante es estar todos juntos delante de la pantalla. Apagamos algunas luces y sacamos mantas.

Leo se tumbó entre Olivia y yo. Ethan se sentó a mi otro lado. Éramos un bloque extraño y perfecto que encajaba sensacional.

La película avanzaba, pero yo apenas la seguía. Me dediqué a observar cómo Olivia iba soltando tensión poco a poco, cómo su cuerpo dejaba de mostrar rigidez, cómo su respiración se acompasaba con la de su hermano. Leo se quedó dormido antes de que acabara la primera hora, con la cabeza apoyada en su pecho. Ella no se movió. Ni siquiera cuando el brazo empezó a dormírsele.

—No pesa —susurró—. Déjale, Sara, que no me molesta.

Lo dejamos porque era su deseo y la presencia de su hermano parecía reconfortarla mucho.

La tarde pasó entre café y chocolate caliente, juegos de mesa y risas que llenaban la casa. Leo ganó casi todas las partidas y celebró cada victoria como si fuera histórica. Olivia se reía con él, sin miedo, sin reservas, con una alegría que le salía del pecho.

—Trampas —protestó él en una ocasión.

—Aprende a perder —le respondió ella, guiñándole un ojo.

—Ya aprenderé de mayor —refunfuñó el pequeñajo, cruzando los brazos delante del pecho.

La lluvia empezó a amainar cuando ya caía la tarde, pero nadie propuso salir. No había ganas. El exterior había cumplido su función: regalarnos un día para nosotros, en familia.

Cuando empezó a oscurecer, Leo se quedó medio dormido en el sofá. Olivia le apartó el pelo de la frente con una delicadeza que me apretó algo por dentro.

—¿Te importa si duerme aquí un rato, Sara? —me preguntó.

—Es su casa —le dije—. Y la tuya también. No tienes que preguntarme esas cosas, cariño. No es necesario, acomódate.

Ethan se acercó y nos rodeó a las dos con un brazo. Olivia apoyó la cabeza en su hombro sin pensarlo demasiado. Yo me ahuequé en su pecho. Éramos cuatro, pero parecíamos uno solo.

—Gracias —murmuró Olivia, casi sin voz.

—A ti por venir, mi niña —le respondí.

Negó despacio.

—A ti por dejar que viniera.

La noche llegó sin estruendo. Preparé algo ligero para cenar. Leo se despertó lo justo para comer un poco y volvió a dormirse después. Olivia lo llevó a su habitación en brazos y lo arropó con una dedicación que hablaba de algo profundo, recién estrenado y ya irrompible.

Cuando volvió al salón, parecía más tranquila.

—No quiero que nos marchemos todavía, papá —nos confesó.

—No tenemos que hacerlo —le aseguró su padre.

Nos quedamos un rato más en silencio, escuchando la casa. El sonido lejano de algún coche, el tic tac suave del reloj, la calma.

Cuando finalmente apagamos las luces, supe algo con absoluta claridad: aquel domingo había sido un punto de inflexión. No por grandioso, sino por sencillo. Un día entero viviendo como si siempre hubiera sido así.

Y mientras me metía en la cama, con Ethan a mi lado y la certeza de que Olivia y Leo dormían bajo el mismo techo, entendí que la familia no siempre se construye desde el principio.

A veces, simplemente, se reconoce con el tiempo.

Capítulo 26

La conversación llegó sin anunciarse, como llegan siempre las importantes. No fue tras un momento en el que nos vinimos arriba ni después de una noche agitada. Llegó una tarde tranquila, con Leo dibujando en el suelo del salón y Olivia sentada a su lado, ayudándole a colorear sin salirse de las líneas. Yo los observaba desde el sofá mientras Ethan estaba de pie junto a la ventana, mirando Madrid como si ya empezara a despedirse de ella.

—Sara —dijo al fin, girándose—. ¿Podemos hablar un momento?

No hizo falta que añadiera nada más. Era el momento de la verdad. Asentí y nos levantamos despacio, procurando no romper la burbuja en la que los chicos parecían haberse instalado. Cerramos la puerta del dormitorio y, durante unos segundos, ninguno habló. Ethan se apoyó en la cómoda, con las manos colocadas detrás, como si necesitara anclarse a algo.

—He estado pensando mucho —empezó—. Muchísimo. Y quiero que me escuches sin miedo.

Me senté en la cama, cruzando las piernas, preparada para lo que tuviera que contarme. Él se acercó y se sentó frente a mí.

—No podemos vivir juntos todavía —dijo, directo.

El corazón me dio un vuelco, aunque no de sorpresa. Era una posibilidad que había flotado en el aire desde que llegamos a Madrid. Era demasiado pronto.

—Lo sé —respondí—. Yo también lo he pensado.

Suspiró, aliviado.

—No es un "no", Sara. Es un "no todavía". Y necesito pedirte algo porque no quiero que pienses que trato de escaquearme de nada de esto.

Le miré a los ojos.

—Pídelo.

—Dame unos meses. Pocos. Los necesarios para dejarlo todo bien atado en Washington. No quiero improvisar una vida contigo. Quiero construirla bien, con unos cimientos sólidos.

Asentí despacio.

—¿Y mientras?

—Mientras necesito regresar allí con Olivia. —Hizo una pausa breve—. Nos veremos. Vendré. Vendrás tú. No va a ser una despedida larga ni dramática. Pero necesito cerrar esa etapa sin prisas, sin dejar cabos sueltos. Los laboratorios lo han sido todo para mí y, además, muchas familias dependen de ellos. Sé que lo entiendes.

Me apoyé con las manos en la cama.

—Yo pensaba… —empecé—. Pensaba que me ibas a pedir que nos fuéramos contigo. A Washington.

Sonrió, negando con la cabeza.

—No. Jamás. Leo tiene su colegio aquí, donde están sus raíces, junto con sus amigos. Tú tienes tu trabajo, tus padres, Tania, Samuel… tu vida. No voy a pedirte que arranques todo eso. No por mí.

Se inclinó un poco hacia delante.

—Voy a ser yo quien haga ese esfuerzo por ti, preciosa —me confesó depositando un beso en mi sorprendida boca.

La frase se quedó flotando entre nosotros.

—¿Cómo? —le pregunté en voz baja.

—Me voy a trasladar a Madrid definitivamente. Lo he meditado mucho. No temas. No es el fruto de ningún impulso. Se trata de una decisión muy madurada.

Sentí cómo se me cerraba la garganta.

—Ethan… Tus laboratorios, tu equipo, tu trabajo…

—Puedo montar una filial aquí —me interrumpió—. No es una locura, Sara. Ya lo he pensado. Madrid es un lugar estratégico, tengo contactos, inversión, margen. No pierdo nada. Y gano todo.

Me llevé una mano al pecho.

—Es una decisión enorme. Es la mayor de las decisiones…

—Lo sé. Y no la tomo a la ligera. Pero tampoco es un sacrificio. Es una elección. Quiero vivir contigo. Aquí. Donde tú estás. En tu tierra y sin necesidad de que renuncies a nada de lo que te hace feliz. No por mí.

Durante unos segundos no pude hablar. Él me cogió las manos.

—Leo no tiene por qué cambiar de vida. Tú no tienes que apartarte de nada. Yo sí puedo adaptarme. Y quiero hacerlo.

—¿Y Olivia? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

Sonrió con orgullo.

—Ya he hablado con ella. Mucho. Olivia ha decidido quedarse en Washington.

Tragué saliva.

—¿Está segura? —intervine porque se me hacía difícil.

—Del todo. Dice que allí están las raíces de su madre. Que en Washington es donde se siente fuerte. Y que quiere prepararse para dirigir el laboratorio de allí cuando llegue el momento.

Le vi emocionarse. No es fácil tomar una decisión así. No cuando dejas detrás a una hija, por mucho que ya sea una adulta.

—Me dijo que no quiere vivir a medio gas. Que quiere construir algo suyo. Y que nos quiere, que nos ha perdonado de corazón y que adora a Leo, pero que no necesita vivir bajo el mismo techo para hacerlo.

—Es muy valiente —susurré.

—Lo es. —Sonrió—. Y generosa.

Se quedó callado un segundo antes de añadir:

—De hecho… ha sido idea suya lo siguiente.

Le miré, intrigada. Me estaba dejando sin habla. Lo tenían todo bien hilvanado entre ambos.

—Me ha dicho que, antes de que ella y yo nos marchemos ahora, se va a quedar unos días más Leo.

—¿Cómo?

—Que se queda con él. Que quiere pasar tiempo juntos. —Hizo una pausa —. Y que nosotros nos vayamos un fin de semana. Solos. Afirma que nos lo merecemos.

El corazón me dio un pequeño salto.

—¿Un fin de semana?

—Sí. Ella cree que nos hace falta. Que no todo puede ser familia, decisiones y responsabilidades. Que también tenemos que ser tú y yo. Que si estamos comenzando algo importante, necesitamos hacerlo también desde la perspectiva de la pareja y de la intimidad.

No pude evitar sonreír.

—¿Y te ha dicho a dónde pretende enviarnos? —le pregunté impactada y alegre a la vez.

—No. Me ha dicho que te pregunte a ti.

Le miré, divertida y emocionada, con el corazón pegándome brincos.

—¿Puedo elegir yo?

—Por supuesto.

Me recosté un poco hacia atrás, pensándolo apenas un segundo.

—Londres.

Ethan arqueó una ceja.

—¿Londres? ¿Es el lugar por el que te inclinas?

—Sí. —Sonreí—. Me apetece Londres contigo. Perdernos, caminar sin rumbo, no explicarle nada a nadie. Ser solo nosotros dos. Después de todo lo que hemos pasado, creo que es cierto que nos lo merecemos.

Me miró con esa intensidad suya que siempre me cortaba la respiración.

—Entonces Londres será nuestro destino.

Se inclinó y apoyó su frente en la mía.

—Sara… gracias por confiar.

—Gracias a ti por quedarte a nuestro lado —respondí—. Aunque sea con un poco de espera.

—La espera es fácil cuando sabes a dónde vas. No perderemos el rumbo. No esta vez.

Nos abrazamos en silencio. No había tristeza. Había calma. Y una certeza firme, sólida y adulta de que ya nos habíamos convertido en familia.

Al otro lado de la puerta, Leo reía a carcajadas por algo que Olivia le había dicho. Y ese sonido terminó de confirmar que nuestra decisión era la correcta.

No lo estábamos haciendo todo rápido. Lo estábamos haciendo bien.

El viaje a Londres empezó incluso antes de despegar. Lo hizo en el taxi camino al aeropuerto, con Ethan sosteniéndome la mano como si aún necesitara comprobar que aquello era real. No hablábamos demasiado. Había algo profundamente liberador en saber que, por primera vez desde hacía meses, no teníamos que cuidar de nadie más que de nosotros mismos.

Cuando subimos al avión sentí esa ligereza que solo aparece cuando te permites parar y disfrutar de la vida. Miré por la ventanilla mientras Madrid se quedaba atrás y pensé en Leo, en Olivia, en la tranquilidad con la que ambos se habían despedido. Olivia había sido clara: “Id. Disfrutad. Yo me quedo con él”. Y lo había dicho sin rastro de sacrificio, como quien hace un regalo sabiendo que también se beneficia de él. Realmente, puedo afirmar sin temor a equivocarme que estaba loca con su hermano.

Aterrizamos en Londres envueltos en una luz gris suave, de esas que no apagan la ciudad, sino que la vuelven elegante. El aire olía a lluvia reciente y a invierno contenido. Ethan respiró hondo nada más salir del aeropuerto.

—Me gusta este sitio —dijo—. Tiene algo.

Él lo conocía muy bien. Durante unos meses de su vida vivió allí, cuando era un joven estudiante.

—Tiene historia —respondí—. Y ritmo propio.

Nos alojamos en un hotel pequeño, cerca del Támesis, sin pretensiones excesivas pero con ventanas grandes y una cama que parecía hecha para olvidar el mundo. Dejamos las maletas y salimos casi de inmediato, sin Google Maps y sin planes estrictos. Londres no pedía ser organizada; pedía ser caminada, vivida y disfrutada.

Cruzamos puentes, nos perdimos en calles que parecían sacadas de otra época, entramos en cafeterías diminutas donde el café sabía distinto y las conversaciones ajenas se mezclaban con el sonido de las tazas. Ethan caminaba a mi lado con esa atención tranquila y atenta que mostraba cuando estaba realmente presente. No miraba el móvil. No iba pendiente del reloj. Iba conmigo.

—Aquí nadie nos conoce —apuntó en un momento dado.

—Eso es lo mejor —respondí.

Esa primera tarde la pasamos simplemente paseando. Vimos el Big Ben desde lejos, sin prisas, como si no necesitáramos confirmarlo con una foto, pues no era momento para redes sociales ni para inmortalizar a toda costa. Caminamos junto al río mientras las luces empezaban a reflejarse en el agua. Me paré un momento, apoyada en la barandilla, y sentí su cuerpo colocarse detrás del mío, envolviéndome sin invadirme.

—Gracias por aceptar este regalo improvisado —susurró, cerca de mi oído.

—Gracias por hacérmelo —le respondí—. Necesitaba esto más de lo que creía.

Cenamos en un restaurante pequeño, de esos donde la carta no es larga y la comida parece hecha para quedarse en la memoria y no en el plato. Compartimos los principales, brindamos con vino tinto y nos miramos más de lo que hablábamos. Había una intimidad nueva, distinta a la que habíamos construido en Madrid. Allí éramos padres, familia, decisiones. En Londres éramos solo dos personas que se querían. Una pareja con millones de planes todavía encerrados en sus cabezas, listo para dejarlos fluir.

Esa noche, en la habitación, no hubo urgencia. Nos desnudamos despacio, como si el viaje hubiera cambiado el tempo de nuestros cuerpos. Ethan me

besó con una calma distinta, más profunda. Y cuando nos acostamos juntos, sentí algo que no había sentido en mucho tiempo: descanso. No físico, sino emocional.

Dormí como hacía semanas que no dormía, pues lo cierto es que estábamos reventados.

El segundo día amaneció con una lluvia fina, persistente, de esas que Londres lleva como una firma propia. Nos colocamos los abrigos y salimos a desayunar. Pan caliente, mantequilla, café fuerte. Ethan me miraba mientras yo charlaba por los codos, con esa sonrisa leve que siempre me hacía sentir escuchada.

—¿Qué te apetece hoy? —me preguntó.

—Perderme —respondí—. Sin más.

Y eso hicimos. Caminamos por barrios que no figuraban en ninguna guía, entramos en librerías antiguas donde el olor a papel viejo se mezclaba con el polvo y el silencio. Me detuve en una de ellas, pasando los dedos por los lomos de los libros, y sentí su mano en mi espalda.

—Podríamos perdernos aquí —dijo, medio en broma.

—No te hagas el interesante —le respondí—. Bastante lío tenemos ya.

Rio, apoyando la frente en la mía.

—Madrid sigue siendo casa —dijo—. Pero Londres es un bonito paréntesis.

Visitamos un museo casi por casualidad. Nos refugiamos de la lluvia y terminamos pasando horas dentro, comentando cuadros, inventando historias para las personas retratadas. Su sentido del humor era de lo más ingenioso y me hacía reír sin apenas pretenderlo. Me di cuenta de lo bien que encajábamos en ese tipo de planes sencillos, de lo fácil que era estar con él cuando el mundo no exigía nada. Ciertamente, nos había llegado el momento de no tener que pensar en mil cosas a la vez.

A la hora de comer entramos en un pub antiguo. Madera oscura, mesas gastadas, risas suaves y sensación de confort total. Compartimos una mesa pequeña y pedimos comida caliente. Afuera seguía lloviendo, pero dentro todo era acogedor. Ethan me habló de sus planes, de cómo imaginaba el laboratorio en Madrid, de los miedos que también tenía. Le escuché con atención, sin interrumpirle.

—No quiero hacerlo mal —confesó—. No tardaré demasiado en hacerlo, pero deseo instalarme en Madrid con la sensación de no dejar colgado a nadie.

—Lo estás haciendo bien —le dije—. No por perfecto, sino por honesto.

Me miró con esa seriedad suya que siempre precedía a algo importante.

—Lo hago porque os quiero —dijo—. A los dos. Os amo. Os amo con auténtica locura, Sara. Ojalá hubiera podido estar con vosotros siempre. Ojalá no me hubiera perdido nada.

—Lo importante es que no te lo pierdas a partir de ahora —afirmé.

Esa tarde la lluvia nos acompañó como una presencia constante. Compramos un paraguas en una tienda de barrio y seguimos caminando, riéndonos cada vez que el viento lo giraba del revés. Me sentí ligera, viva, enamorada.

La última noche decidimos no salir. Compramos algo sencillo para cenar y nos quedamos en la habitación, mirando por la ventana cómo Londres seguía su ritmo y nosotros vibrábamos con él.

—Volveremos —dijo.

—Sí —respondí—. Pero no con prisas.

—Nada de lo nuestro va a ser con prisas. Todo sucederá a su debido tiempo.

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por las farolas de la calle colándose a través de las cortinas. Me acababa de duchar y me había

puesto un vestido sencillo, de esos que abrazan el cuerpo sin apretarlo, porque había algo que me encendía más que la ropa puesta: la idea de estar a solas con Ethan una vez más. Él me miró con su atractiva sonrisa de medio lado como si viera algo en mí que nadie más había sabido encontrar.

La música empezó a sonar desde el altavoz, baja, íntima, y cuando escuché esa bachata pensé en cómo de pronto el mundo había comenzado a girar diferente para nosotros. Me fascinaba su letra.

—*Amo cuando tu silueta forma parte del mismo sol que ya me tapa…* —susurré, reconociendo la letra de **"Tu Silueta (Bachata Version)"**—. ¿La recuerdas?

Ethan cerró los ojos un segundo, y luego sonrió.

—Claro que la recuerdo —me contestó porque ya la habíamos escuchado juntos en Madrid—. Y creo que sé lo que quieres hacer.

No añadió nada más con palabras, sino con gestos. Se acercó un poco, como si quisiera acortar cualquier distancia que quedara entre nosotros. Extendió una mano lenta, mirándome con una intensidad suave, como quien invita sin forzar.

—Baila conmigo —le propuse.

Él levantó la ceja con una mezcla de sorpresa dulce y entusiasmo silencioso.

—Eso nunca lo rechazaría, preciosa —respondió.

Nos situamos en medio del dormitorio. Nada planeado, nada perfecto, solo nosotros dos y la música latiendo baja. Me puse frente a él, con las manos colocadas sobre sus hombros. Su mirada era cálida y cercana, como si estuviéramos a punto de decirnos algo con los ojos.

Empezamos a movernos lentamente, al compás de la bachata. Sus manos eran firmes en mi espalda, y la suya izquierda se entrelazaba con la mía. La habitación se sintió instantáneamente más pequeña, más íntima, como si todo lo demás desapareciera. Es que juro que pareció desaparecer.

Cerré los ojos un segundo y dejé que la música guiara mis movimientos. Noté cómo Ethan seguía cada giro, cada pausa, como si ya supiera de memoria esa coreografía silenciosa que no es más que un lenguaje de cercanía desarrollado entre enamorados. No había prisa: solo tacto, respiraciones suaves y ese ritmo que invitaba a acercarse cada vez más.

Sus dedos bajaron por mi espalda despacio, y una corriente me recorrió de arriba abajo. No era solo la música. Era él. Era la forma en que su mirada seguía cada curva, cada gesto. Mis manos se apoyaron en su pecho, sintiendo el calor de su piel aún por debajo de la camisa. El latido de su corazón marcaba un compás paralelo al de la canción.

—Estás deslumbrante —susurró, sin más.

Y sus palabras cayeron en mí como una ola cálida.

No fue un impulso repentino, sino un movimiento natural, casi inevitable: una mano de Ethan bajó por mi cintura, lenta, casi reverente, encontrando esa línea donde mi cuerpo parecía pedir más. La otra, delicada, recorrió mi espalda con un entendimiento profundo, como si ahí se guardara una historia que solo nosotros dos compartíamos. Y que no teníamos la más mínima pretensión de compartir con nadie más.

La bachata siguió sonando, y yo sentí cómo nuestros cuerpos se sincronizaban más y más. No era urgencia. Era presencia. Estar ahí, en ese baile, era un acto de entrega sutil: cada roce de piel era un reconocimiento de lo que habíamos construido juntos.

Ethan me atrajo un poco más hacia él. Me miró sin prisa, con esa paciencia cálida que siempre había tenido con mis dudas, mis miedos, mis silencios. Su pulgar acarició mi costado, despacio, como si estuviera descubriendo una melodía nueva.

—Sara… —murmuró, sin terminar la frase.

Y no fue necesario. Sus labios encontraron los míos, primero con suavidad, luego con un peso más profundo. Yo respondí sin pensar, dejándome llevar por esa sensación de novedad que siempre aparecía cuando estábamos solo nosotros dos, sin urgencias ni expectativas externas.

Nos besamos con una calma que parecía hecha de luz: esa luz suave que entraba por la ventana, esa que no lastima ni aclara demasiado, sino que acaricia. Sus manos me desnudaron de miradas ajenas, de preocupaciones, de toda esa historia difusa que quedó en el pasado y, sobre todo, lejos, muy lejos de aquel dormitorio.

La bachata seguía sonando, y yo sentía cómo cada nota empujaba, con delicadeza, ese momento hacia algo más íntimo, más cercano. Fingí torpemente que no estaba completamente rendida al abrazo. Deslicé una mano por su cuello, bajando por su espalda con suavidad, mientras él me seguía besando con un deseo que no apuraba. Era un ritmo antiguo y nuevo al mismo tiempo: un baile que no se ve desde fuera, pero que se siente con cada latido del corazón.

Nuestros cuerpos se movían con esa cadencia propia de quienes ya se conocen, pero sigues descubriendo. Yo me dejé guiar, confiando en ese tacto que no exige, que acompaña. Sentí la tela de su camisa bajo mis dedos, el calor de su piel debajo. Su respiración se mezcló con la mía.

Y entonces, lentamente, comenzamos a despojarnos de los últimos restos del mundo que quedaba entre nosotros mientras mi corazón marcaba un ritmo que no era tormenta ni calma: era algo más profundo, parte de un lenguaje propio.

No fue explícito. Fue elegante. Fue una conversación que no necesitaba palabras. Fue tacto y escucha, y ese lugar donde las manos dicen “te quiero” sin prisa y sin teatralidad.

Cuando la música se apagó, quedamos allí, abrazados, con el eco de la bachata todavía vibrando en el aire. Sentí la calidez de su piel contra la mía. Miré su cara, suave, cerca, y supe que esa estancia no era solo un dormitorio. Era el mejor refugio para nuestra ardiente historia.

Él posó una mano sobre mi mejilla y me besó de nuevo, despacio, como si sellara algo que ya no era secreto para ninguno de los dos.

—Esto… contigo —susurró—. Siempre ha sido mío.

Sonreí en la penumbra, apoyada contra su pecho, sintiendo cómo el mundo podía esperar fuera. Sus brazos eran un abrazo silencioso que no pedía nada más que quedarse ahí un poco más.

Y, mientras la noche avanzaba, esa intimidad se fue acrecentando hasta llegar a la máxima de las fusiones entre ambos cuerpos.

El último día paseamos sin rumbo fijo, sabiendo que la escapada se acababa, pero sin rastro de tristeza. Había una serenidad nueva entre nosotros. Sabíamos a dónde íbamos, aunque aún quedaran meses por delante.

Cuando subimos al avión de vuelta, apoyé la cabeza en su hombro.

—Gracias por este fin de semana —le dije—. Me lo guardo.

—Guárdalo —respondió—. Vendrán más. Muchos más. Palabra.

Y mientras el avión despegaba, pensé que Londres no había sido solo un viaje. Había sido un recordatorio de quiénes éramos cuando el ruido desaparecía. De lo que queríamos construir sin perdernos por el camino.

Volví a Madrid distinta. Más tranquila. Más segura. Y profundamente enamorada.

Capítulo 27

Se trataba de la última tarde de Ethan y Olivia en Madrid. Habíamos vuelto el día anterior de Londres y Leo quiso ir al parque. Su hermana, siempre pendiente de él, se ofreció a acompañarlo.

El sonido del disparo no fue como en las películas. No fue limpio ni lejano.

Fue seco. Corto. Un ruido fuera de lugar que no debería existir en una tarde tranquila de barrio residencial.

Ethan estaba cerrando la cremallera de la maleta cuando se quedó completamente inmóvil.

—¿Has oído eso? —me preguntó, con la voz más baja de lo normal.

Yo tardé un segundo más en reaccionar. Mi cerebro intentó encajarlo en otra cosa: un petardo, una obra, cualquier explicación que no fuera la obvia.

Pero el silencio posterior lo confirmó todo.

Un grito. Y luego, caos.

Ethan levantó la cabeza de golpe, pálido.

—Viene del parque.

No esperó respuesta. Salió disparado de casa como si alguien hubiera pulsado un resorte dentro de él. Yo corrí detrás, sin tiempo para coger el abrigo, con el corazón ya desbocado.

El parque estaba a apenas dos calles, pero se me hizo eterno. Mientras corríamos, escuché voces, llantos, un murmullo desordenado que crecía a cada paso. Ethan iba por delante, demasiado rápido, demasiado decidido. Sabía exactamente lo que pensaba. Yo pensaba lo mismo.

Olivia. Leo. Nuestras vidas.

—¡Olivia! —gritó antes incluso de llegar.

La escena se abrió ante nosotros de golpe, sin preparación posible. Nadie te prepara nunca para algo así.

Olivia estaba en el suelo.

Tumbada de lado, con el cuerpo rígido, los ojos abiertos. Leo estaba encima de ella, abrazándola con desesperación, llorando a gritos, repitiendo una y otra vez la misma expresión.

—¡Mi hermana! ¡Mi hermana! ¡Mi hermana!

Una mujer mayor, con las manos temblando, daba vueltas a su alrededor, fuera de sí.

—¡Había un hombre! —gritaba—. ¡Había un hombre con una pistola! ¡Ha querido dispararle al niño! ¡Y ella se ha metido por medio! ¡Ella se ha metido por medio! Se ha ido cuando me he acercado, el muy cobarde…

Sentí que me desvanecía, sin comprender nada. Pero no era momento para eso.

Ethan llegó el primero. Se arrodilló de golpe junto a ellos, sin pensar, sin medir.

—Leo —dijo, con una voz que no le había oído nunca—. Leo, mírame.

El niño no reaccionaba. Seguía agarrado a Olivia como si soltarla significara perderla para siempre.

—Leo —repitió, esta vez más firme—. Cariño, ven conmigo.

Yo llegué entonces, con el corazón en la garganta, y me arrodillé al otro lado.

—Leo, cielo… ven con mamá —le supliqué.

El niño levantó la cara, empapada en lágrimas, con los ojos completamente desbordados.

—¡Le ha hecho daño! —sollozó—. ¡Le ha hecho daño por mí!

Ethan lo cogió con cuidado, separándolo de Olivia, y lo abrazó contra su pecho. Leo se aferró a su padre como si fuera lo único seguro que quedase en el mundo.

—No mires —le dijo Ethan, tapándole la cara—. No mires, cariño.

Y entonces la vio.

Yo la vi.

Olivia estaba en shock, pero respiraba. Su hombro sangraba. No como para desangrarse, pero lo suficiente como para conmocionarnos. La manga de su abrigo estaba rota, oscura, empapada. Ella respiraba rápido, superficialmente, con los dientes apretados.

—Olivia… —susurró Ethan, con la voz rota.

Ella parpadeó al reconocerlo.

—Papá… —dijo, apenas un hilo—. No le ha dado… al niño no le ha dado…

—Lo sé, lo sé —le respondió él de inmediato—. Estás bien. Estás conmigo. No te va a pasar nada.

Yo me acerqué con cuidado, conteniendo el temblor de las manos.

—Olivia, mírame —le pedí—. ¿Te duele mucho?

Asintió despacio.

—Quema… —murmuró—. Pero… estoy despierta. No me voy a dormir.

Ethan respiró por primera vez desde que había llegado.

—Es el hombro —dijo, evaluando—. No ha sido en el pecho. No ha sido en el cuello. Te vas a poner bien, mi vida.

La misma mujer que nos contó se acercó con el móvil en la mano.

—He llamado a emergencias —dijo—. Vienen de camino. La policía también.

Alrededor empezaba a formarse un corro de gente. Voces nerviosas. Miradas atónitas. Alguien preguntaba por el hombre. Nadie sabía dónde estaba.

Yo me quité la bufanda sin pensar y la presioné contra la herida con cuidado.

—He de apretar —le dije a Olivia—. Solo un poco.

Ella no añadió nada, apretando los labios para no quejarse.

—Perdón… —susurró.

Ethan levantó la cabeza de golpe.

—No —dijo, con una firmeza absoluta—. No pidas perdón jamás por esto.

Leo, aún en brazos de su padre, volvió a llorar.

—Yo no quería… —decía—. Yo no quería que a la hermana le pasara nada malo…

—No digas eso —le corté, acercándome a él—. No has hecho nada mal. Nada.

Olivia giró la cabeza como pudo para mirarlo.

—Eh… —dijo, esforzándose por sonreír—. Oye… estoy bien, ¿vale? No llores así…

Leo estiró una mano temblorosa hacia ella.

—Te has puesto delante —sollozó—. Te has puesto delante de mí…

—Claro —respondió ella, sin dudar—. Para eso están las hermanas mayores.

Ese fue el momento en que Ethan se rompió.

No lloró de forma escandalosa. Simplemente apoyó la frente en la cabeza de su hijo durante un segundo, respirando hondo, intentando no desmoronarse allí mismo.

Las sirenas empezaron a escucharse a lo lejos.

—Ya vienen —dijo alguien.

Yo miré alrededor, intentando mantener la calma, pero temblaba por dentro. Pensar en lo cerca que había estado todo de irse al infierno me mareaba. No entendía quién demonios había atacado de una forma tan despiadada a nuestros hijos.

—Olivia —le dije—. ¿Puedes mover los dedos?

Los movió. Lentamente, pero los movió.

—Bien —respondí, con una exhalación que no sabía que estaba conteniendo.

La ambulancia llegó primero. Luego la policía. Todo se volvió ruidoso, organizado, profesional. Camillas, preguntas, mantas térmicas… Lo normal en estos casos.

—Me quedo contigo —le dijo su padre—. No me voy a mover.

Ella apretó sus dedos.

—Lo sé, papá.

Leo se aferró a mí, completamente agotado de llorar.

—No se va a morir, ¿verdad? Tú eres médica, dímelo —me preguntó, con la voz rota.

Me agaché a su altura y lo abracé con todo lo que tenía.

—No —le respondí—. Tu hermana es muy valiente. Y muy fuerte.

Mientras observaba la dantesca escena, sentí el peso real de lo ocurrido. No era solo un disparo. No era solo una herida. Era la certeza de que alguien había intentado rompernos, una vez más.

Y de que Olivia, sin pensarlo, había elegido proteger a su hermano con su propio cuerpo. En poco tiempo, le había salvado la vida dos veces.

Y supe, con una claridad que me atravesó entera, que nada volvería a ser igual después de aquello.

Leo lloraba con un llanto roto, de esos que salen desde un lugar que no sabe explicarse. Una vez y otra, iba apretándolo contra mi pecho mientras mi mente no acertaba a comprender lo sucedido.

—Tranquilo, cariño —insistí, aunque mi voz temblaba—. Tu hermana está viva. Todo va a ir bien.

No sabía si era verdad, pero necesitaba que él lo creyera.

Los sanitarios actuaban con esa eficacia que solo tienen quienes están acostumbrados a llegar cuando todo estalla. En segundos estaban junto a Olivia, cortándole la ropa, presionando la herida, hablándole con calma.

—¿Me oyes? —le preguntó uno de ellos—. ¿Cómo te llamas?

—Olivia, Olivia Blackwood —respondió ella, con un hilo de voz, pero orgullosa.

Ethan inclinó la cabeza hacia ella, desesperado por mantenerse firme.

—Estoy aquí, hija. No te duermas.

Olivia parpadeó despacio y giró la cabeza apenas un poco hacia él.

—Papá… —susurró.

—Aquí estoy.

Ella tragó saliva. Sus ojos buscaron los suyos con una lucidez que me heló la sangre.

—Papá, tengo que contarte algo. Ha sido Brad.

Ethan se quedó completamente quieto.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo ella, sin dudar—. Me miró a la cara.

Leo se soltó de mí de golpe y dio un paso adelante, temblando entero.

—Papá… —dijo, con la voz deshecha—. Ese hombre… dijo… dijo "esto es por lo de Vladimir". Dijo que os las haría pagar.

El mundo se reordenó de golpe. Todas las piezas encajaron con una claridad brutal.

Brad. Vladimir. Madrid. Ese maldito seguía moviendo sus hilos desde la cárcel. De algún modo, debió contactar con Brad, quien no fue detenido y le hizo un jugoso "encargo": matar a Leo delante de los ojos de su aterrada hermana.

Ethan levantó la mirada hacia mí. No hizo falta decir nada. Los dos entendimos lo mismo: aquello no había terminado. Nunca había terminado.

—Tenemos que movernos ya —dijo uno de los sanitarios—. El proyectil ha entrado limpio por el hombro. No parece haber tocado órganos vitales, pero necesita quirófano.

—Voy con ella —dijo Ethan sin pensarlo.

—Solo un acompañante.

—Yo —repitió él.

Me acerqué a Leo y me agaché frente a él, obligándole a mirarme.

—Cariño, vas a venir conmigo ahora mismo a casa de los abuelos —le expliqué—. Yo voy a ir al hospital en cuanto te deje allí, ¿vale?

—No quiero que Olivia se quede sola —lloró desconsolado.

—No se va a quedar sola —le prometí—. Papá está con ella. Y yo voy detrás.

Me abrazó con fuerza, como si pudiera romperme, y luego se giró hacia la camilla.

—¡Te quiero! —le gritó a su hermana.

Olivia alzó la mano libre y le dedicó una sonrisa débil.

—Yo más, pequeñajo.

La ambulancia se cerró y arrancó con urgencia. Ethan iba dentro, inclinado sobre ella, sin soltarle la mano ni un segundo.

Yo subí a Leo al coche con manos que apenas me obedecían y conduje hasta casa de mis padres como si el asfalto pudiera desaparecer bajo las ruedas. No recuerdo haber hablado. Solo recuerdo el silencio pesado, roto por algún sollozo aislado de Leo desde el asiento trasero.

Mis padres entendieron todo sin necesidad de explicaciones largas. Leo se quedó con ellos, abrazado a mi madre, mientras yo volvía a salir casi

corriendo.

Cuando llegué al hospital, Ethan estaba ya en urgencias, con la chaqueta manchada de sangre seca y los ojos enrojecidos. Se levantó en cuanto me vio.

—Está estable —me tranquilizó—. La están preparando para entrar a quirófano.

—¿Y la policía?

—Avisados. Han tomado declaración a la mujer del parque. Hay descripción. Y cámaras. Esta vez, ese cabrón va a tomar de su propia medicina.

Respiré hondo.

—Fue el tal Brad entonces…

Ethan asintió despacio.

—Sí, no hay ninguna duda.

Nos sentamos juntos en una de las sillas de plástico. El hospital tenía ese olor a vida suspendida que tan bien yo conocía.

—Esto era lo último que le quedaba a Vladimir —dije—. Una venganza tardía. Cobarde.

—Quería acabar con Leo —respondió Ethan, con la voz rota—. Y Olivia se interpuso.

—Es su hada madrina —le sonreí con tristeza y preocupación, pero también con infinita gratitud.

Pasaron las horas como pasan siempre en los hospitales: lentas, imprecisas, crueles. Hasta que, por fin, un médico se acercó.

—La intervención ha ido bien —nos informó—. La bala no ha comprometido estructuras importantes. Tendrá que pasar unos días ingresada,

pero está fuera de peligro. Es una chica muy fuerte.

Ethan cerró los ojos y se llevó una mano a la cara. Yo le agarré del brazo.

—Gracias —le dijo al médico, con una emoción contenida que casi dolía.

—Pueden verla en un rato. Pasen si quieren.

Cuando nos dejaron pasar, Olivia estaba despierta, más pálida, con el brazo inmovilizado, pero consciente. Sonrió al vernos.

—Vaya manera de despedirme de Madrid —bromeó, con voz ronca.

Ethan se acercó despacio y le besó la frente.

—Gracias y gracias por protegerle —le dijo, con un hilo de voz.

—Es lo menos que podía hacer —respondió ella—. Leo es muy pequeño todavía y un ser inocente que no tiene por qué pagar por los errores de los adultos.

Le apreté la mano sana.

—Nos has salvado la vida, a todos. Y no es la primera vez.

Ella negó despacio.

—Lo haría una y mil veces, Sara.

La policía llegó poco después. Olivia repitió la historia con una claridad que impresionaba. La descripción coincidía. El nombre también. Brad había sido localizado en el aeropuerto, intentando salir de Madrid con documentación falsa. Le detuvieron antes de que embarcara. Nos encargaríamos de que se le cayera el pelo.

Cuando nos dieron la noticia, Ethan apoyó la frente en el borde de la cama de su hija.

—Se acabó, por fin se acabó —susurró.

No respondí, pero le di la razón con los ojos. Y aunque hubieran intentado jugárnosla una vez más, Olivia estaba viva. Leo estaba a salvo. Y esta vez, de verdad, no íbamos a mirar hacia otro lado.

Epílogo

Habían pasado cinco años, y si alguien me hubiese dicho entonces, en aquel Madrid que olía a miedo y a sonido de sirena de ambulancia, que la vida iba a terminar sonriéndonos de verdad, le habría pedido que me lo repitiera más despacio. No por falta de fe, sino porque durante un tiempo nos acostumbramos a vivir con el cuerpo en alerta, como si la calma fuese algo prestado que nos terminarían por reclamar a Ethan y a mí.

Pero no.

A los pocos meses de aquel disparo y del juicio de Brad y de Vladimir, cuando por fin les cayeron los años de cárcel que llevaban tiempo mereciéndose, empezamos a construir sin mirar por encima del hombro.

Olivia continuó con su decisión con una firmeza que aún me conmueve: se quedó en Washington. No fue una renuncia, más bien se trató de una declaración de identidad. Con sus pocos años, se puso al frente del laboratorio de su padre allí, derrochando un talento y una disciplina que la convirtió, muy pronto, en alguien a quien todo el mundo dejó de tachar como “la enchufada de turno”.

Seguía viniendo a Madrid, claro. A veces por trabajo, a veces por puro antojo, y muchas por esa costumbre nueva y preciosa de no dejar pasar demasiado tiempo sin abrazar a sus seres queridos. La echábamos de menos, pero nunca la vivimos como una ausencia. Olivia estaba donde quería estar, y eso era exactamente lo que yo deseaba para ella. Menuda mujer en la que se había convertido, no podíamos mostrarle más que orgullo.

Ethan, en cambio, cumplió lo que me prometió aquel día en el dormitorio. Abrió una filial en Madrid, la montó con cabeza, con sus contactos, con una energía que parecía inagotable cuando se trataba de proteger lo nuestro. Verle moverse por la ciudad como si siempre hubiera pertenecido a ella fue… extraño al principio. Luego se volvió natural. Como si, de alguna manera, Madrid también le hubiese adoptado a él. Por mucho que no le diera importancia, fue un sacrificio que valoré al máximo.

Yo seguí con mi carrera de ginecóloga. Cambié turnos, asumí nuevas responsabilidades y, con el tiempo, empecé a sentir que mi vida profesional y mi vida personal dejaban de pelearse por el espacio, que la anhelada conciliación me daba la mano. Y valoraba mucho el hecho de tener algo que antes ni soñaba: una familia, en toda la extensión de la palabra, con varios componentes, todos los cuales me hacían inmensamente feliz.

Para completar esa felicidad, nos mudamos. Compramos una casa más grande, preciosa, luminosa, de esas que parecen pensadas para coleccionar momentos imborrables. Un salón enorme para cenas interminables, una cocina que siempre olía a algo rico y un jardín pequeño que, contra todo pronóstico, terminamos usando más de lo que creí. La casa se nos quedó perfecta para lo que éramos: una familia grande. Ya estoy desvelando eso que intento contaros, pues en esa casa llegaron ellos; llegaron los mellizos.

Los mellizos sí… Un niño y una niña que aparecieron para rematar la historia con esa falta de sutileza que tiene la vida cuando decide ponerse generosa. Les llamamos Hugo y Vera, unos nombres que fueron los más votados por todos. Desde que nacieron, la casa se llenó de un tipo de cansancio que no se parece a ningún otro: el de no dormir, pero sonreír igual. El de mirarlos respirar y pensar que, de algún modo, lo habíamos conseguido.

Así que sí: éramos padres de cuatro hijos. Con matices, con distancias y con aviones de por medio, pero padres al fin y al cabo.

Leo, por su parte, tenía quince años y una salud magnífica, como si aquel cuerpo que una vez nos dio tantos sustos hubiera decidido compensarnos. Era alto, descarado, guapo como su padre y con un talento para ligar que me dejaba ojiplática. Se creía simpatiquísimo, y es que realmente lo era. Ethan

intentaba ponerse serio con él a veces, pero se le notaba el orgullo en la comisura de la boca.

En ocasiones, cuando la casa se quedaba en silencio por unos segundos (breves y asombrosos), miraba alrededor y me entraba una gratitud tan grande que no me cabía en el pecho. No porque todo fuese inmejorable, sino porque era nuestro. Porque estábamos vivos. Porque nos elegíamos cada día. Y porque, al final, la vida no solo nos sonrió, sino que más bien nos abrazó.

Aquel día amaneció luminoso, de esos de verano en el sur que no piden permiso para ser bonitos. Zahara de los Atunes estaba envuelta en una luz dorada que parecía hecha a medida para Olivia. Mientras abría los ojos, escuchaba el murmullo del mar a lo lejos y pensé que, si existían los finales perfectos, se parecían mucho a aquello.

Como ya indiqué antes, cinco años habían pasado desde aquel disparo que casi nos rompe para siempre. Cinco años en los que la vida, por una vez, decidió tratarnos como nos merecíamos.

Olivia se casaba.

Me desperté temprano, incapaz de seguir durmiendo. Desde la ventana veía cómo comenzaban a colocar las últimas sillas sobre la arena, el arco blanco cubierto de flores suaves y telas que se movían con la brisa. Todo era sencillo, elegante, sin artificios. Exactamente como Olivia.

Aunque nosotros seguíamos viviendo en Madrid, nos encantaba veranear allí. Así fue como Olivia conoció ese paraíso natural y lo hizo suyo. Por eso lo escogió para celebrar un día inolvidable.

Cuando entré en la habitación donde se estaba preparando, la encontré sentada frente al espejo, aún sin el vestido, con el pelo recogido a medias y una sonrisa tranquila. No había nervios. Solo ilusión. Se giró al verme y se levantó despacio.

—Buenos días, Sara —me dijo, con esa voz suya que siempre parecía tener algo de risa dentro.

—Buenos días, novia preciosa —le respondí, y sentí cómo se me cerraba un poco la garganta. Se trataba de mi hija mayor, así lo sentía.

El vestido era una auténtica maravilla. Blanco, ligero, con una caída perfecta que se ajustaba a su cuerpo sin oprimirlo. La espalda quedaba casi al descubierto, con una línea delicada que recorría su piel de forma elegante y sensual a la vez. No era un vestido recargado ni pretendía serlo. Era Olivia: segura, luminosa, libre y con un toque ibicenco. Cuando se lo colocaron y se miró al espejo, supe que estaba viendo a una mujer en plenitud.

—Estás preciosa, mi niña —murmuré, sin poder añadir nada más.

Ella sonrió, emocionada, y me abrazó con fuerza.

—Gracias por estar ahí siempre, Sara —susurró.

—No podría estar en ningún otro sitio.

Aquel día me recordó mucho a ese otro, tremendamente entrañable, en el que también su padre y yo unimos nuestras vidas, unos años atrás. En un arrebato de lo más divertido, y a raíz de una broma de Samuel, Ethan y yo nos casamos en Hawái.

Me asomé a la ventana. Fuera todo estaba ya preparado. La familia iba llegando poco a poco. Mis padres se movían entre la gente con una sonrisa constante, felices, orgullosos, ejerciendo ese papel de abuelos universales que habían adoptado con Olivia desde hacía años. Los padres de Ethan, mis suegros, también estaban radiantes, emocionados, compartiendo abrazos con todo el mundo.

Tania apareció espectacular, como siempre. Elegante, segura, con ese aire suyo de mujer que pisa escenarios por medio mundo y sigue siendo la misma de siempre. No llevaba pareja, ni falta que le hacía. Estaba feliz, brillante, comentando lo bonita que se veía la playa, lo mágico que era todo.

Samuel, fiel a sí mismo, llegó con gafas de sol, sonrisa amplia y un comentario irónico preparado para cada momento.

—Prometo no ligar en la ceremonia —anunció—. Solo en el baile, bien pegadito.

Ethan esperaba junto al arco, de padrino. Cuando lo vi, con el traje claro y esa serenidad que siempre le acompañaba, sentí un orgullo difícil de explicar. Estaba guapísimo, elegante sin esfuerzo, con los ojos azul zafiro brillándole de una forma especial. Se notaba emocionado, pero firme, entero, feliz de acompañar a su hija en aquel momento.

Cuando la música empezó a sonar, todo se detuvo.

Olivia apareció caminando despacio sobre la arena, con el vestido meciéndose con cada paso y el sol reflejándose en su piel. El silencio fue absoluto durante unos segundos. Estaba deslumbrante. No solo por cómo iba vestida, sino por cómo caminaba, por la seguridad con la que avanzaba hacia la persona que había elegido. Se casaba con James, un chico de su edad al que conoció un año antes, con un futuro prometedor. Desde que nos lo presentó supimos que Cupido estaba detrás de aquel romance.

Ethan la miró como solo un padre puede mirar a su hija ese día. Con orgullo, con emoción contenida, con amor absoluto. Le ofreció el brazo y juntos caminaron hasta el altar. Yo los observaba con los ojos húmedos, sintiendo que aquel instante era inigualable.

Durante unos segundos todo el mundo pareció contener el aliento. Hasta que, claro, Leo decidió que aquel momento necesitaba su aportación personal.

—¡Guapa! —gritó, alto y claro, con una convicción que no admitía réplica.

Hubo una décima de segundo de sorpresa y, después, una carcajada general que rompió la solemnidad sin estropearla en absoluto. Olivia se llevó una mano al pecho y se rio, girando un poco la cabeza para buscarlo con la mirada. Leo le guiñó un ojo, orgulloso de sí mismo, como si hubiera cumplido una misión esencial y dibujó un corazón con sus dedos. Tenía ese desparpajo que no se aprende, se nace con él.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, los mellizos empezaron a aplaudir con entusiasmo desordenado, contagiados por el ambiente y por la risa de su

hermano mayor. Y, sin previo aviso, soltaron las manos de quienes los sujetaban y salieron corriendo por la arena.

—¡Olivia! —gritaban, felices.

Ella se agachó justo a tiempo para recibirlos, abrazarlos fuerte y llenarlos de besos, riéndose entre lágrimas. Fue un instante espontáneo, imperfecto y absolutamente precioso. De esos que no se ensayan y que, precisamente por eso, se recuerdan por muchos años que pasen.

La ceremonia fue sencilla, íntima, preciosa. Palabras honestas, miradas largas, sonrisas que no se podían fingir. Cuando pronunciaron el "sí, quiero", el aplauso fue espontáneo, cálido y lleno de alegría.

El beso llegó con el mar de fondo y el viento jugando con el vestido de Olivia. Fue natural, sin teatralidad, como todo lo que ella hacía.

Después vino la celebración. Mesas sobre la arena, música suave, copas que chocaban una y otra vez. Olivia no dejaba de reír. Estaba radiante. James la miraba como si no existiera nadie más en el mundo.

Sus hermanos bailaron con ella. Tania brindó emocionada. Samuel improvisó un pequeño discurso lleno de humor y cariño. Las risas se mezclaban con la música y con el sonido del mar.

Al caer la tarde, cuando el cielo empezó a teñirse de tonos dorados y rosados, observé la escena con una calma profunda. Olivia bailaba descalza, con el vestido ligeramente levantado y el pelo suelto, feliz. Ethan hablaba con los invitados, relajado, con una sonrisa que no se le borraba.

Me acerqué a él y apoyé la cabeza en su hombro.

—Es un día precioso —susurré en su oído.

—Igual que tú —me respondió.

Aquella boda no fue solo una celebración. Fue una afirmación de vida, de amor y de familia. Un día insuperable en una playa del sur, con la certeza de

que algunas historias, cuando se cuentan bien, merecen terminar así: con luz, con calma y con alegres risas de fondo.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado mi novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon.
Puedes encontrarme en mis redes sociales.

Con mucho cariño,

Manu.

Redes sociales:

Facebook:
Manu Ponce

Instagram:
@manu.ponce.escritor

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:
http://relinks.me/ManuPonce2
